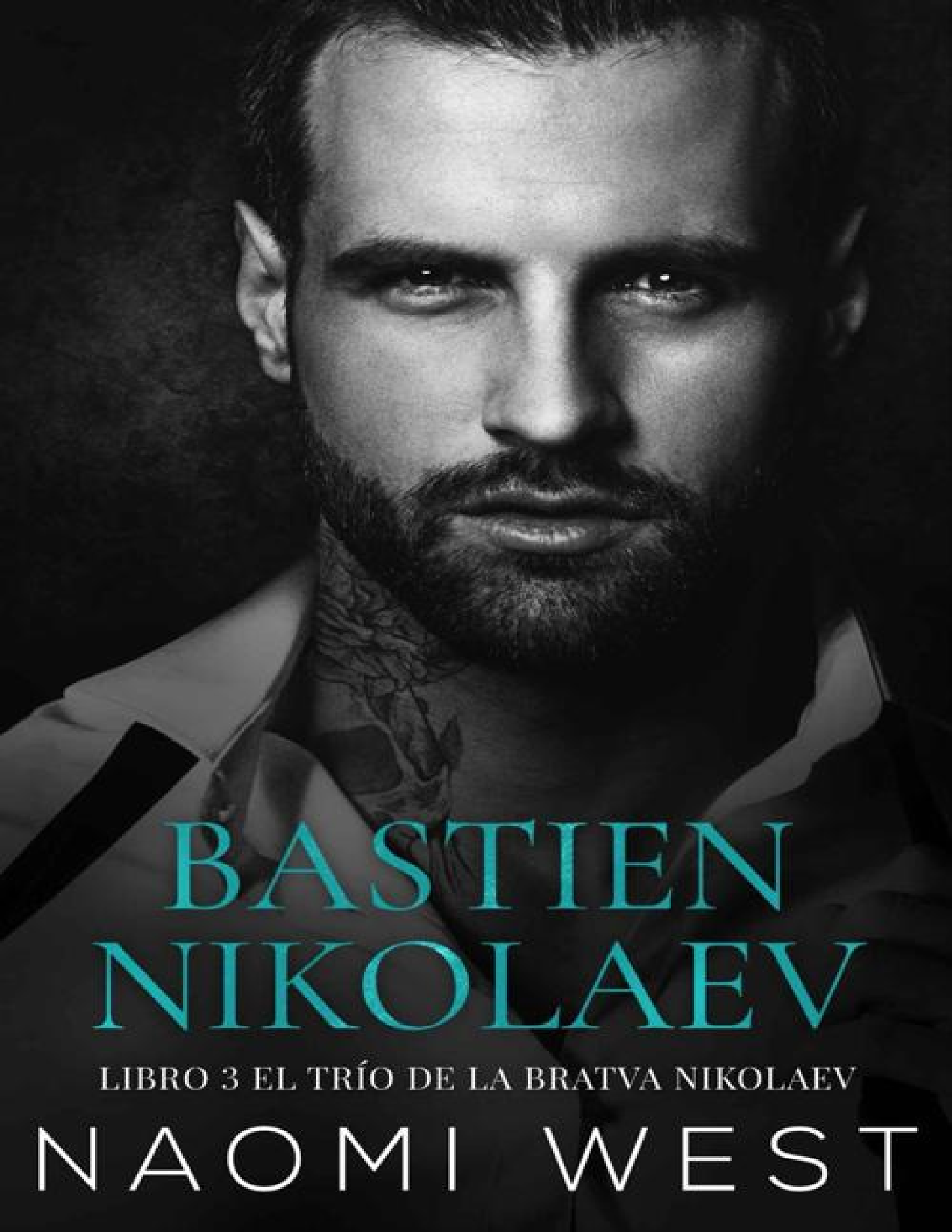


BASTIEN NIKOLAEV

LIBRO 3 EL TRÍO DE LA BRATVA NIKOLAEV

NAOMI WEST

BASTIEN NIKOLAEV

LA BRATVA NIKOLAEV
LIBRO 3

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Bastien Nikolaev

1. Melissa
2. Bastien
3. Bastien
4. Melissa
5. Bastien
6. Bastien
7. Melissa
8. Bastien
9. Melissa
10. Bastien
11. Melissa
12. Bastien
13. Melissa
14. Bastien
15. Melissa
16. Bastien
17. Melissa
18. Bastien
19. Bastien
20. Melissa
21. Melissa
22. Melissa
23. Bastien
24. Melissa
25. Bastien

Copyright © 2024 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

BASTIEN NIKOLAEV

La Bratva llegó por la noche y prendió fuego al lugar.

Pensé que era mi oportunidad de escapar finalmente de este horrible club, propiedad de la mafia.

Dios mío, qué equivocada estaba.

Porque el hombre que llamó a la puerta no era un caballero de brillante armadura que vino para liberar a esta damisela en apuros de su pesadilla.

Más bien el maldito polo opuesto.

Bastien Nikolaev, el nuevo don de la Bratva Nikolaev de Miami, está de mal humor, melancólico y con mala actitud.

Y ahora ha decidido que le pertenezco.

La llamaría la peor noche de mi vida, pero estaría mintiendo.

Las peores noches todavía están por llegar.

BASTIEN NIKOLAEV es el Libro 3 en la trilogía de la Bratva Nikolaev. La historia de los hermanos Nikolaev comienza en el Libro 1, DMITRY NIKOLAEV, y el Libro 2, GAVRIIL NIKOLAEV.

MELISSA

El cartel luminoso sobre la puerta dice *El Palacio*. Eso nunca deja de hacerme reír.

Si esto es un palacio, es el más horrible que la humanidad jamás haya soñado. Y, aunque es una noche nueva, la mierda es exactamente la misma de siempre.

Salgo del baño y hago una pausa para convencerme de seguir los movimientos. Incluso aunque no haya muchas opciones.

Pero no puedo evitar notarlo. Toda igual, como una bandera roja a todo volumen, adornada con el lema: *¿Qué diablos sigues haciendo aquí?*

O sea, venga, aquí está todo, los últimos diez años de mi vida. Las mismas paredes espejadas, retroiluminadas en rojo, en las que cuidadosamente evito ver mi reflejo. El mismo piso con paneles negros y azules que tuve que trapear al final del día durante toda una década.

Tampoco es solo lo que veo que es igual. Es lo que pruebo, huelo, oigo, siento.

Es el humo abrumador del cigarro con un toque de crema corporal de guayaba que José insiste en que todas las chicas aquí usen.

Es la repetición interminable de las espantosas canciones del Top 40 que José describe con cariño como “tiradoras de dinero”, en el sentido de que convencen a los clientes a desprenderse de su dinero un poco más fácilmente de lo habitual.

Hago otra exploración a medias de la habitación, aunque ya sé lo que encontraré. Lo has adivinado… más de lo mismo.

Ojos embotados de lujuria. Manos que deambulan, pellizcan y agarran cosas que no deberían.

Mi cara, en cambio, nunca cambia. Me quedo con *“Todo asco, todo el tiempo”*.

—Una chica bonita no debería verse tan desagradable —comenta el Tío Luis mientras se acerca. Sus lagañosos ojos negros brillan mientras aprieta mi mejilla con una mano. Su otra mano le da una palmadita cariñosa a mi trasero.

Me deslizo lejos de su toque, de regreso al club, con la mejor interpretación de una sonrisa que puedo ofrecer. —Y un pez gordo como tú no debería perder el tiempo aquí, Tío.

Tío, una mierda. Pero lo digo de todos modos. Todos conocemos la farsa.

Si fuera por mí, hace tiempo que les habría dicho a estos pendejos cubanos que se fueran a la mierda. Dejaría este estúpido club, Miami, todo el puto estado. Demonios, si me lo ofrecieran, probablemente dejaría el planeta.

Pero no puedo elegir a dónde ir.

Porque estos hombres me poseen.

Estoy tan decidida a poner distancia entre el manoseo del Tío Luis y yo que casi choco directamente contra Roberto.

—Vaya, vaya, vaya, ¿no es justo a quien quería ver? —canta, sonriendo con sus nuevas y brillantes carillas. Hace poco perdió sus viejos dientes en una pelea en un bar.

Evito su mirada. Ese rostro suyo bronceado y cuadrado podría ser atractivo… si no supiera de lo que es capaz.

—Melissa —dice, con la mano en mi espalda baja—, te presento a Javier.

Dirijo mi atención al hombrecito calvo y rechoncho al lado de Roberto. —Señorita —dice, extendiendo una palma sudorosa. Un perfecto caballero… excepto por el hecho de que está completamente boquiabierto ante mis tetas.

Por otra parte, tengo puesto un diminuto sujetador y falda de lentejuelas rojo brillante, como me ordenaron. Así que supongo que tiene el efecto deseado.

Tan pronto como tomo su mano de mala gana, él sorbe un beso húmedo en la parte superior de mis nudillos, con suficiente lengua como para que me pregunte si los confundió con el primer plato.

No te asustes, me recuerdo. *Comportarte*.

Pero no puedo evitar apartar los dedos con una sonrisa tensa, que no convence a nadie.

—Cuidado —bromeo al hombre, tratando de suavizar las cosas—. Necesito estos.

—¿Para qué? —Roberto se burla con los ojos chatos—. No te ayudan a bailar… y ciertamente no te ayudan a cantar.

Que te jodan, pienso. *Me ayudarán a sacarte el dedo medio, eso es seguro.*

—¿Quizás también quieras tomar mis piernas? —pregunto inocentemente con una sonrisa de "*vete a la mierda*".

—¡Ay, cielos, no! —protesta Javier. Su mirada se desliza hasta mis piernas—. Esa sería una terrible, terrible pérdida.

Me estremezco. Las miradas lascivas del hombre me ponen la piel de gallina. Es como uno de esos dibujos animados exagerados, con los ojos desorbitados, la lengua colgando hasta el suelo y un gran globo de diálogo sobre su cabeza que dice *¡Awoooooga!*

—Melissa estará allí mañana, ¿sabes? —le dice Roberto a Javier, señalando el escenario principal, donde Antonia está "bailando" a medias.

Debe haber aumentado su dosis nocturna de Vicodin, considerando lo lento que se mueven sus caderas. Apenas tocó el poste en los últimos diez minutos. He visto estatuas más vivas que ella.

Por otra parte, la única que realmente tiene talento con el poste es mi mejor amiga, Kayla. Podría ir a las Olimpiadas del Striptease con lo que la he visto hacer allí. Es un trabajo duro, pero le paga bien.

—Tendré que volver, entonces —rezuma Javier. Deja que sus ojos se desvíen hacia Antonia por solo una mirada simbólica antes de regresar a mí como una mosca indeseable a la que no puedo aplastar—. Debe ser algo digno de ver.

—No lo sé —digo con mi sonrisa más agradable.

Luego me doy vuelta y me dirijo hacia el bar. Realmente no debería, pero Dios sabe que no pasaré esta noche si no estoy al menos un poquito borracha.

—¿Lo de siempre? —Manuel, el barman, pregunta con un asentimiento.

—Y hazlo fuerte —confirmo—. Si el Sex on the beach no me ayuda a pasar esta noche, nada lo hará.

Él sonríe con muda conmiseración. Manuel sabe que no debe decir una sola sílaba contra nuestros queridos empleadores. Aparentemente, tiene más autocontrol que yo.

Acaba de deslizar la colorida bebida hacia mí cuando más manos se deslizan alrededor de mi cuerpo. Dios, estoy tan harta de los hombres y de todas las cosas que creen que pueden tocar.

—Hola, bonita.

—Hola. —me libero, con el corazón acelerado.

Reconozco al hombre… Raúl, uno de los invitados de José. —Ese no fue un gran saludo —responde con el ceño fruncido.

Tiene forma de papa y presume de lo que podría ser el bigote más fino del mundo, compuesto por un total de cuatro pelos grasientos, pero Raúl de alguna manera igual se ve a sí mismo como un regalo de Dios para las mujeres. Si es así, Dios debe odiar a la especie femenina.

—Raúl —digo con mi mejor voz—, tú conoces las reglas.

Hago un gesto hacia el letrero en las paredes de espejo, el que José tuvo que colocar después de que Antonia prácticamente fue abusada sexualmente en el baño: ***NO TOCAR A LAS BAILARINAS.***

Raúl, sin embargo, ni siquiera mira en esa dirección.

En cambio, da un paso más cerca y sigue sonriendo, si es que se le puede llamar así. —Así como tú sabes que no se aplican a mí. No hace falta que te recuerde que José me considera uno de sus amigos *más cercanos*.

Mi corazón cae. *No de nuevo.*

Por suerte para mí, Raúl viaja mucho por sus negocios turbios, así que no tengo que tratar con él tan a menudo. Desafortunadamente para mí, las últimas veces que pasó por aquí, fue superando

cada vez más los límites del comportamiento aceptable.

—Raúl…

—Te crees la polla, ¿eh? —se burla, avanzando aún más—. La puta de los cubanos, su muñequita marioneta que baila y limpia con un chasquido de dedos. Tienes suerte de que incluso te mire de pasada.

Ahora estamos casi pecho con pecho… o al menos lo estaríamos si no diera un paso atrás hasta que el bar se clava en mis caderas.

Dios, es tan grande y musculoso, como una bolsa de basura llena de chuletones que me inmoviliza. *Di algo, Mel, di cualquier cosa…*

—Raúl —dice el Tío Pedro, acercándose a mí—. ¿Estás haciendo pasar un mal rato a nuestra Melissa?

Exhalo con alivio. Puede que Pedro sea un tipo duro cuando se trata de qué tan limpio espera que estén los pisos al final de la noche y de que el estúpido espejo del baño no tenga ni una sola mancha, pero tampoco tolera las tonterías de nuestra clientela.

Raúl me mira largo y tendido. —Parece olvidar quién es.

—No —siseo, con los puños cerrados—. En absoluto.

Pero tiene algo de razón, aunque no lo sepa. La verdad es que no sé quién fui jamás, ni quién podría tener la oportunidad de ser. Cuando tenía doce años me quitaron eso. Diez años después, está quedando claro que probablemente nunca lo sabré.

—Lo dudo —dice ahora el Tío Pedro—. Ella solo es leal. Y creo que ambos sabemos que a José no le gustaría que te tomaras libertades con sus chicas. Sienta un mal precedente.

Raúl se queda allí durante mucho, mucho tiempo, mirándome como un perro al que nunca antes azotaron, hasta que maldice en voz baja y se marcha furioso.

Doy un suspiro de alivio. *Gracias a Dios.*

—Gracias —le digo a Pedro con una sonrisa temblorosa—. Debí haberle dicho…

—No lo menciones —dice Pedro. Sus cejas de oruga saltan a lo alto de su frente—. Cuando toma unas cuantas copas, Raúl puede ser un pendejo de Clase A.

—¡Te respaldamos, Mel! —dice otro miembro viejo del equipo cubano desde las exuberantes sillas de cuero rojo en las que están apiñados. Los demás alzan el pulgar en apoyo.

Algo vacila en mí. Los “cuatro viejos”, como yo los llamo, son lo mejor que hay en lo que respecta a los cubanos. Claro, son racistas, ruidosos y generalmente borrachos, y cuando han bebido demasiado, hacen algunos comentarios vergonzosos sobre tomar Viagra y hacerme pasar un buen rato. Pero, en su mayor parte, simplemente hablan inofensivamente, dan buenas propinas y recuerdan los buenos tiempos.

En comparación con los otros patanes borrachos que frecuentan este lugar, son unos malditos ángeles.

—Tío Pedro —digo—. Sobre eso… Raúl está empeorando últimamente.

—Menos mal que hablé con él entonces —asiente con fuerza y considera que eso es el final.

—Sí, gracias por eso —me muerdo el labio nerviosamente, pero no puedo parar ahora. He querido hacer esto y lo he retenido durante demasiado tiempo—. Es solo que… me preocupa. Que pueda llegar a mí cuando tú o alguien más no esté cerca.

—No seas tonta, Mel. Raúl insiste, pero no le faltaría el respeto a José de esa manera.

—Podría hacerlo y luego mentir —señalo—. Mi palabra contra la suya, nadie me creería…

Pero Pedro ya sacude con firmeza su calva y se da la vuelta. —De ninguna manera —a unos pasos de distancia, hace una pausa para decir—: Será mejor que vuelvas al trabajo.

Me quedo ahí unos segundos, totalmente desinflada.

Idiota. Eres una gran tonta idiota.

Sí, uno de los viejos puede intervenir o no para salvarme cuando uno de nuestros invitados lleva las cosas demasiado lejos, pero, al final del día, solo soy mercancía. Ellos me poseen y me protegerán… pero solo hasta cierto punto.

Nadie me cuidará excepto yo misma.

Respiro profundamente otra vez y trato de contener las lágrimas de frustración. *Puedes con esto.* Tienes *que poder con esto.* No *dejes que te rompan.*

Cuando estoy relativamente tranquila, me giro. De vuelta en el bar, mi bebida me espera.

Me la bebo toda de un trago.

Luego me quedo allí, esperando recuperar el valor, contándome la pequeña historia que me he contado durante los últimos diez años: *Mantén la cabeza baja y sigue mirando.*

Un día van a resbalar.

Un día pensarán que estoy domesticada.

Un día bajarán la guardia y luego…

Y luego ¿qué? ¿Huir y esperar que no me encuentren?

¿Teñirme el pelo, someterme a una cirugía que me deje irreconocible y luego, finalmente, finalmente, *finalmente*, tener algo parecido a una vida que al menos sea mía, sin importar cuán mierda sea?

Empleos con salario mínimo, apartamentos de mierda, sin amigos con los que hablar… todo eso está bien, todo manejable, siempre y cuando sea en mis propios términos. Siempre y cuando esté libre.

Es probable que nada de eso suceda pronto.

Miro hacia el club, luego giro sobre mis talones y vuelvo a la trastienda. No tiene sentido quedarme al aire libre y hacerme sentir aún más mierda. Sí, me tomaré mi descanso temprano y

sí, probablemente alguien tendrá algo que decir al respecto, pero a la mierda y a la mierda.

Lo necesito.

La trastienda es básicamente del tamaño de dos armarios polvorientos y huele igual. Afortunadamente, está vacía. Me siento en una silla medio rota, inclino la cabeza y empiezo a cantar para mis adentros. Es como un chupete, cantar. Me saca de esta pesadilla y me pone en un lugar suave, seguro y cálido.

Me bastan unas cuantas líneas para darme cuenta de qué estoy cantando exactamente.

Ah, sí. Estoy cantando *esa* canción. Por supuesto.

No recuerdo su nombre ni me importa, más que nada porque pertenece a esa época que desearía no recordar. *El Tiempo Anterior*, como la llamo en mi cabeza.

No me gusta cantarla… me trae demasiados recuerdos. Pero también es lo único que me calma cuando mi corazón late con fuerza y mi piel se eriza así. Así que no tengo muchas opciones.

La canción que solía cantarme Mamá. Todavía puedo escuchar su voz resonando en mi mente.

Te regalo mi cintura.…

Y mis labios para cuando quieras besar.…

La canción me aleja de aquí, de esta pequeña habitación almizclada, de este espantoso infierno, y me trae de regreso *allí.*

A lo profundo del cálido vientre de paredes amarillas de nuestra casa, al centro de los azules y rojos de los muebles que nosotras mismas pintamos a mano. A sentarme en el sofá al despertar del aroma arraigado de los plátanos asados que Mamá preparaba todas las semanas, solo porque Papá y yo los amábamos mucho. Ella y él eran parte de la casa tanto como ella de ellos: vestían los mismos colores brillantes, tenían la misma aura cálida, el mismo olor rico.

En mi memoria, los primeros doce años de mi vida fueron eso en bucle. Seguridad. Hogar.

Entonces, llegó la noche que lo cambió todo…

—Hola.

Me pongo blanca ante el visitante inesperado y cierro la boca. —Hola. Lo siento, solo estaba…

—Cantando, lo sé —dice Antonia rotundamente. No porque esté molesta ni nada por el estilo. Probablemente sean solo esas pastillas.

Incluso con el Vicodin relajando sus rasgos hasta convertirlos en una máscara perezosa e indiferente, sigue siendo hermosa. Piel profundamente bronceada, cabello negro azabache, ojos almendrados. La nariz fuerte de alguna manera solo mejora su belleza. Aunque usa aceite de guayaba una vez por turno, según lo prescrito por José, siempre huele al aceite de coco que prefiere aplicar en su cabello. Su único acto de desafío. Todas los tenemos. El suyo es relativamente dócil.

Los míos, en cambio, son fantasías de violencia.

En todos los demás aspectos, ella es una estrella. Baila cuando dicen que baile, mira para otro lado cuando los invitados favoritos la tocan.

Incluso toma esas pastillas desde que recuerdo que está aquí. Hace cinco años, si mis cálculos son correctos.

También me han ofrecido algunas de esas pequeñas inofensivas azul claro, aunque nunca las probé. Antonia es un anuncio ambulante de lo mucho que hacen que no te importe un carajo, de lo bien que borran el dolor.

Pero ese es precisamente el problema… no *quiero* que no me importe un carajo.

No quiero un truco, una salida fácil de todo esto. No a menos que sea real.

No. Prefiero mi dolor, mi sufrimiento, mis recuerdos, muchas gracias. Son todo lo que me queda. De mis padres, de mi vida anterior, de mí misma. Si dejo que me lo quiten, ¿qué quedará? Si dejo de esperar un día en el que pueda escapar, ¿qué si alguna vez tengo la oportunidad…?

¿A quién quieres engañar? Van diez años y los cubanos no han cometido un error. Ni una sola vez.

—¿Mala noche? —dice Antonia con esa misma falta de emoción.

—Quizá sea solo porque Kayla no está aquí —digo.

Espero que lo deje así. Antonia y yo no nos llevamos ni bien ni mal. Es difícil ser cualquier cosa, cuando su base emocional permanece estancada en un cero obstinado día tras día.

—Ustedes dos son muy unidas —dice con indiferencia, abriendo un frasco de aceite de coco. Mientras saca un puñado de la sustancia blanca translúcida y comienza a frotarla en su cabello, continúa—: Deberías tener cuidado, ¿sabes?

—Lo sé —digo—. Fue solo que Raúl…

—Lo sé.

Cuando miro, veo un destello de algo que desaparece en el marrón oscuro de sus iris. Una emoción. Una chispa de vida. Fue tan rápido, tan sutil, que no estoy segura de haber visto nada en absoluto.

Por otra parte, tal vez las pastillas no funcionen tan bien como pensaba.

—Solo tienes que tomártelo con calma —continúa mientras pasa las manos untadas de aceite por su cabello una y otra vez. Es casi meditativo de ver—. Confía en mí.

—Tienes razón —le digo—. Estás absolutamente en lo correcto.

—Entonces, ¿por qué no tomar las pastillas?

—Quiero vivir la vida en mis propios términos —respondo simplemente.

Ella se encoge de hombros. —Haz lo que quieras.

Viéndola buscar en su bolso un puñado de Vicodin, se me ocurre. —Eres adicta, ¿no?

Ella parece molesta. —¿Qué importa?

Dejo su pregunta en el aire, porque tiene razón. ¿*Qué* importa? ¿Qué importa nada?

Diez años.

Diez. Años.

Las dos palabras son como un clavo en mi talón. Llevo atrapada aquí *diez años*. Y estaré atrapada aquí diez más, y diez más, y diez más después. Hasta que sea demasiado vieja para ser buena bailarina y simplemente me mantengan cerca para limpiar después de sus trabajos más complicados, como la anciana jorobada y sin nombre con ojos avergonzados que veo a veces.

—Vuelvo a salir.

Alzo la vista y veo a Antonia salir sin esperar un adiós. Nunca se toma más de cinco minutos para su descanso. La bailarina modelo perfecta. La pequeña mascota perfecta.

Yo también me estoy medio levantado cuando un sonido desgarrador me detiene en seco.

Un grito.

Luego un estrépito, como si el cielo se partiera en dos.

Puto Jesucristo. Suena como si cada silla que tenemos allá fuera estuviera siendo arrojada, y hay un sonido *pop-pop-pop*, que conozco muy bien.

Balas.

Hay alguien aquí, y ese alguien vino a matar.

Me sumerjo debajo de la mesa de maquillaje mientras los disparos se duplican, se triplican. No sé cuánto tiempo me quedo ahí abajo, atrapada en un terror mudo. Demasiado asustada para moverme. Demasiado asustada para pensar.

Si me quedo congelada así, sin apenas respirar, quizá, solo quizá, no se den cuenta y pueda escapar…

Miro hacia afuera. A través de la rendija de la puerta, puedo ver el pasillo que conduce al mundo exterior. La señal roja de SALIDA brilla en la oscuridad, como un faro.

Podría hacerlo.

No lo hagas.

Podría correr.

No te atrevas.

Esto es todo.

Esto es la muerte.

Estoy de pie y empiezo a correr. Me congelo. Porque un nuevo sonido perfora el caos.

Pasos.

Y aquí estoy, atrapada en la tierra de nadie entre mi escondite y mi única oportunidad de escapar de esta pesadilla que es mi vida.

Como siempre, es demasiado poco y demasiado tarde. La puerta se abre de golpe. Me tapo la boca con la mano, pero no a tiempo para evitar que se escape un grito.

No es que pueda evitarlo. El hombre enorme y corpulento que aparece en la puerta es tan bonito como la muerte, e igual de letal.

Y su arma apunta directo hacia mí.

BASTIEN

MÁS TEMPRANO ESA TARDE

—Malditos —sisea Lukyan.

Recostado en el sillón acribillado a balazos que apesta a sangre ajena, pongo los pies sobre un cadáver cubano boca abajo. Ya recorrí el primer piso y vi lo que le hicieron a nuestra gente.

La Bratva tuvo algunos buenos tiro. Mataron a algunos *pridurki* cubanos. Pero no los suficientes. Y sufrimos algunas pérdidas propias.

El cadáver se mueve bajo mis pies. Hm. Quizás no sea un cadáver, después de todo.

Le doy una patada y el bulto ensangrentado gime. Entonces, bien podría empezar el interrogatorio con este lamentable cabrón.

—Dime qué pasó —le gruño.

Lukyan y Evgeniy avanzan hacia nosotros. Lukyan prepara su patada, pero lo detengo con un rápido movimiento de cabeza.

Otra patada probablemente acabaría con este tío. De todos modos, no es que vaya a durar mucho más.

—Nosotros… vinimos —gorgotea el hombre casi muerto—. Muchos de nosotros. Veinte, al menos… Gran operación. Órdenes de José. Los mató. No… lo esperaban.

Se disuelve en risas o toses, no puedo distinguir. O quizá esté gimiendo. O simplemente muriendo.

—¿Por qué? —digo.

Hace un movimiento que, en otras circunstancias, podría considerarse un encogimiento de hombros. —Terminar. *Lo siento y adiós*, dijo José. *Termínalo y hazlo*… —más ruidos ininteligibles—… Mientras están caídos…

Asiento con la cabeza. Capto lo suficiente como para entender el punto.

Es una buena estrategia. Por lo que me han dicho, José puede ser imprudente cuando se trata de peleas en bares, pero, cuando se trata de guerras como esta, sus instintos son acertados. Eso hace que mi trabajo aquí en Miami sea mucho más un dolor de cabeza.

—¿Qué planea a continuación? —pregunto.

Silencio, seguido de un gorgoteo que podría significar cualquier cosa.

Aunque dudo que sea algo que quiera escuchar. De todos modos, solo un tonto revelaría los planes de su líder cuando está a minutos de morir.

—Puedo acabar con esto, ¿sabes? —me limito a decir—. El dolor. Puedo acabarlo rápido.

Esto parece despertar un poco al pobre bastardo. Con el rostro ensangrentado y ennegrecido todavía presionado contra el ornamentado suelo de baldosas, se las arregla para rodar hacia un lado y mirarme con un ojo entreabierto. —…Borrarte del planeta…

Exhala un suspiro largo y entrecortado. Luego, el ojo se le pone vidrioso.

Muerto.

Joder.

—Este puto *zasranec* —murmura Lukyan, acercándose para patear al hombre.

Esta vez, no lo detengo. Ya no tiene sentido.

Lukyan le da una patada más por si acaso. Luego, se aleja furioso, empuñando su arma y dando vueltas con la cabeza en busca de algún otro cabrón cubano con quien descargar su ira. Preferiblemente uno vivo, estoy seguro.

En cuanto a mí, me recuesto en la silla. Esperaré a que mi primo se desahogue antes de decidir qué hacer al respecto.

—Pagarán por esto —anuncia. Su robusto pecho está hinchado con furioso orgullo, y sus gélidos ojos azules se entrecierran hasta convertirse en rendijas. Le tengo lástima al próximo cubano que se cruce en el camino de Lukyan.

—Lo harán —concuerdo.

No necesito mirar a mi alrededor para saber lo que está viendo: destrucción, completa y absoluta. Un puto cementerio.

Uno bonito, sin embargo. Al menos, solía serlo.

Trozos manchados de sangre de ricos tapices y cortinas de color oro rosa cuelgan sobre las paredes y ventanas de lo que alguna vez fue un restaurante, ondeando con la brisa de los cristales rotos. No queda ni una sola mesa de pie.

Un moribundo gime. Miro a mi alrededor, a los cuerpos esparcidos por el suelo. Tiene que haber unas treinta personas muertas aquí, como mínimo.

Frente a mí, Evgeniy está apoyado en lo que queda de una barandilla, y parece casi celoso de los muertos. Los que ya no tienen que preocuparse por esto, tener que recoger los pedazos.

¿Nosotros? Estamos muy lejos del final de este baño de sangre.

Mis manos acarician mi arma. Todavía estoy inquieto. Me lleva mucho tiempo calmarme

después de una pelea.

—Estábamos tan cerca —murmura Lukyan con tristeza.

Tiene razón. Los últimos días, él y Evgeniy me habían mostrado los alrededores, me habían presentado a muchos de los principales jugadores rusos en Miami. Demonios, cené en este puto restaurante hace unas noches. Puedo ver la mesa en la que me senté en el rincón más alejado. Está inclinada de lado y rodeada por un puñado de cadáveres que todavía sangran por media docena de agujeros de bala cada uno.

Cuando recibimos la llamada, corrimos hasta aquí, pero la pregunta seguía siendo si llegaríamos a tiempo para luchar.

Pero ya sabía la respuesta. Incluso mientras corría hacia el edificio humeante, lo sabía. Porque lo escuché: absoluto silencio de muerte.

Miami es ruidosa a todas horas. Se oyen cosas incluso con las ventanas cerradas. El ruido, el bullicio, las discotecas y las fiestas y el estrépito del Atlántico.

Pero aquí, ¿en una calle normalmente transitada?

Ni un puto pío.

El único sonido era el golpe de nuestros zapatos contra el pavimento. Incluso los vagabundos locos supieron que no debían quedarse.

Un paso a través de las puertas doradas y una mirada alrededor en la penumbra de los candelabros medio destrozados lo confirmaron… ya era demasiado tarde.

Hasta hoy, El Oso de Oro servía como un bar de mala muerte para un verdadero quién es quién de los poderosos jugadores y aliados rusos. Todavía lo hace… más o menos. Pero ahora, todos ellos están plagados de agujeros y sangran a borbotones. Ya no es tan animado ni poderoso.

Por lo que puedo ver, nadie escapó.

—Dios, ¿cómo es que todo empeoró tanto en una semana? —suspira Evgeniy, tanto al aire como a nosotros.

No se equivoca. Cuando mis primos me llamaron hace unas semanas, el amigo de la infancia de mi padre, Maksim Limonov, acababa de ser masacrado en su propia casa con un mensaje brutal: un puro cubano en la boca, que no dejaba dudas sobre quién lo hizo.

¿Y ahora esto? ¿Matar a nuestra gente? ¿Destruir nuestro club?

Los cubanos transmiten el mensaje más profundamente. Creen que Miami es suya.

Estoy aquí para mostrarles lo jodidamente equivocados que están.

—Quizá sea una señal —es Evgeniy quien habla de nuevo. Su ronca voz de bajo y su forma corpulenta, como siempre, contrastan con un tono de voz suave—. Tal vez las cosas ya están demasiado…

—Cállate —espeta Lukyan.

Todavía camina de un lado a otro, jugando inquieto con el arma en sus manos. Gruñendo, gira y descarga algunas balas en una pared. Luego da media vuelta.

—No invitamos a Bastien aquí para que nos ayudara a huir como perras —lo corta.

Ese es Lukyan. Brusco y al grano. Claramente, no haber llegado a tiempo lo está matando. Por lo menos, en un sentido figurado. En un sentido literal, podría haberle salvado la vida.

Porque no tengo ninguna duda de lo que habría hecho mi primo si hubiéramos llegado al meollo del asunto: saltar directamente a la refriega, sembrándole la muerte a los cubanos a costa de arriesgarse él mismo.

Recuerdo cuando lo conocí por primera vez. Yo era un niño… tenía ocho años y él siete. Mi padre nos llevó a mis hermanos Dmitry y Gavriil y a mí de viaje a Miami. Incluso entonces, Lukyan tenía los ojos brillantes y era imprudente. Una noche nos sacó a hurtadillas de la casa de su familia y nos mostró cómo saltar por los tejados. Cuando los guardias de seguridad de los edificios comenzaron a perseguirnos, él simplemente se rio y corrió más rápido.

¿Evgeniy, por otro lado? ¿El niño pequeño y tranquilo al que nada le gustaba más que alimentar a su conejo y holgazanear en cualquier masa de agua que encontrara? Me sorprendió encontrarlo todavía en el negocio Bratva cuando llegué aquí.

Pero sospecho que el hombre esconde reservas de violencia debajo de ese exterior amable. Sus ojos muestran destellos de ello en momentos extraños.

—Háblame de José Correa —digo en voz baja.

—José Correa es un chivato. Una puta mierda —escupe Lukyan de inmediato.

—Dime algo realmente *útil* sobre José Correa —corrijo poniendo los ojos en blanco.

—Nuestros padres eran amigos —explica Evgeniy—. Trabajaron juntos. Sus propios padres eran enemigos y a veces sus hombres tenían estas pequeñas peleas, pero intentaban hacer las paces, tanto como fue posible con tanta historia.

Lukyan se aclara la garganta y sigue. —Una vez que el viejo Iván murió hace unos meses, José no tardó mucho en deshacer todo. Afirmó que nuestro padre había estado jodiendo las ganancias del suyo. Empezó a matar a tiros a rusos que se ocupaban de sus propios malditos asuntos. Es un asesinato, simple y llanamente. Papá vio hacia dónde se dirigía… por eso se acercó a ti. Pero ya era demasiado tarde. No pensó que José llegaría tan lejos como para matarlo.

—Subestimó al hijo de puta —dice Evgeniy en voz baja.

—Un error que no tenemos intención de repetir —añade Lukyan—. José está desquiciado, pero sabe lo que hace.

—¿Y? —digo.

—A ver, ¿qué más? —se acaricia la barbilla y reflexiona—. Dicen que el hombre va a boxear cada dos días. Se rumorea que mató a su hermano por enamorarse de la misma chica que él. Le gusta supervisar casi todo para lo que tiene tiempo. Pequeño cabrón micro gerente. Solía ser un ratón de biblioteca gordo hasta que su padre lo metió en el ring. Por lo que he oído, a nadie

realmente le gustaba, excepto a su padre.

—¿Tenemos a alguien adentro? —pregunto.

Lukyan niega con la cabeza. —José hace fusilar a todo el mundo, incluso por sospechas pequeñas. Es un hijo de puta paranoico. Sin miedo al gatillo, eso es absolutamente seguro. Pero, si cree que puede echarnos de nuestra maldita ciudad…

—Luk —insiste Evgeniy—. Tal vez deberíamos considerar…

—Ni siquiera lo pienses —gruñe Lukyan—. Ni siquiera digas las palabras en voz alta.

Evgeniy suspira. —No estoy diciendo que huyamos. Solo señalo que Dmitry y Gavriil han solidificado sus imperios en Nueva York y Boston. Quizás sería una buena idea…

—No —dice Lukyan, ahora repentinamente cansado. Se deja caer en una silla medio rota, que protesta por su peso—. Nos vamos ahora y nos estaremos yendo de Miami para siempre. Lo perderemos todo. No habrá ningún regreso después de eso.

Lukyan tiene razón, por supuesto, pero dejo que mis primos peleen un poco más. Nunca he sido de los que desperdician palabras. Y a Evgeniy todavía le queda más por sacar a la luz.

—No tenemos que huir —repite—. Podríamos negociar la paz. Los cubanos saben que somos serios y capaces. Si tan solo…

La risa larga y aguda de Lukyan lo silencia. —No lo entiendes, ¿verdad, *sobrat*? Los cubanos acaban de eliminar a nuestro padre, nuestro líder. Ahora han venido a una de nuestras bases principales. Si intentamos negociar la paz ahora, ¿sabes qué mensaje envía? *Debilidad*.

Escupe la última palabra como si le supiera mal en la lengua. Yo sé cómo se siente. Si hay algo que los hombres Bratva desprecian en este mundo es la debilidad.

Sin embargo, Evgeniy es más cauteloso que su hermano. Mientras que Lukyan no lo pensaría dos veces antes de lanzarse precipitadamente a un tiroteo, Evgeniy elige sus batallas.

Hay un momento y un lugar para la diplomacia y un momento y un lugar para la violencia. Todavía estoy decidiendo cuál es más apropiado en este momento.

Pero necesito decidirme pronto. Sin mí, los hermanos Limonov corren el riesgo de destrozarse el cuello el uno al otro. Son demasiado diferentes, demasiado diametralmente opuestos. Necesitan que alguien los guíe.

Alguien como yo.

—Envía el mensaje de que estamos listos para morir —continúa Lukyan en voz baja—. Puedes estar absolutamente seguros de que esa es una oportunidad que los cubanos no desaprovecharán. Ya escuchaste lo que dije sobre José. Demonios, tú mismo lo sabes. No solo quiere un poco más de Miami. Él lo quiere *todo*. Quiere tomar nuestro imperio, matar a nuestros hombres, gastar nuestro dinero, follar a nuestras mujeres —mira fijamente a Evgeniy—. ¿Quieres dejarle hacer eso? ¿Quieres dejar que haga de nuestra ciudad su perra?

Con cada palabra, la cabeza de Evgeniy se hunde más, hasta que al fin murmura—: No.

Esto debería ser suficiente.

Pero no lo es. Porque esta discusión se ha ido gestando durante años. Desde el día en que nacieron, si tuviera que adivinar.

—No, dime, *hermano mayor* —se burla Lukyan con crueldad—. ¿Deberíamos simplemente despedirnos de todo esto? ¿Dejar que se lleven a nuestra familia a casa? ¿Dar al resto de nuestros hombres por muertos? ¿Abandonar todo por lo que trabajó nuestro padre, hacer que el trabajo de su vida carezca de sentido? ¿Es eso lo que deberíamos hacer?

—Eso no es lo que yo…

—Cállate la puta boca —dice Lukyan con frialdad. Se acerca a Evgeniy—. Nunca has respetado el trabajo de Papá. El trabajo de toda la vida de cada hombre de la Bratva.

—Solo porque no entiendo tu…

—¿Qué hay que entender? —exige Lukyan—. Desde que estamos en Miami, los cubanos han tratado de robarnos todo lo que hemos tenido. Y, durante tanto tiempo, se valieron prácticamente de todos los medios posibles. Asesinato, violación, incendio provocado, robo. Nuestro padre pasó su vida construyendo un amortiguador que ni siquiera esos malditos cubanos viscosos podían romper. Para salvarnos. Para protegernos. Para proteger la Bratva.

Evgeniy levanta obstinadamente la barbilla. —El hecho de que así fueran las cosas no significa que así tengan que ser. No tenemos que pasar toda nuestra vida luchando solo porque así nos han enseñado.

—¿Así que la muerte de nuestro padre no significa nada para ti? ¿No te importa vengarlo?

—Eso no es lo que yo…

—Él intentó ser amable con los cubanos —resume Lukyan para Evgeniy, aunque ambos se saben la historia de memoria a estas alturas—. Pagó el precio máximo. No era débil ni tonto. Confió en ellos y eso le costó la vida.

—Entonces ¿qué? —la voz de Evgeniy está llena de burla—. Nunca confíes en nadie. ¿Es esa la respuesta? ¿Sigue luchando toda tu vida, con la cabeza siempre vuelta sobre el hombro?

—Si eso es lo que hace falta —dice Lukyan en voz baja. Él se aleja, con los brazos cruzados—. De todos modos, no se trata de no confiar nunca en nadie. Se trata de no confiar en tus enemigos.

Evgeniy se queda callado. Ya sea porque no tiene argumentos o porque está completamente cansado de discutir.

Después de que haya pasado aproximadamente un minuto, pregunto—: ¿Ya terminaron?

Lukyan y Evgeniy se miran de reojo. Evgeniy asiente primero. Luego Lukyan.

—Tienes razón —le digo a Lukyan—. No podemos irnos ahora. Recién empezamos.

Lukyan sonríe y se vuelve hacia Evgeniy. —Supongo que estás perdiendo en la votación, hermanito.

—Pero también te equivocas —agrego antes de que pueda volverse demasiado engreído. Lukyan

me mira alarmado—. Porque entrar corriendo y romper cosas no es la solución. Ninguna cantidad de sangre cubana compensará la pérdida de tu padre. Solo honrar su legado logrará eso.

Ambos me miran con incertidumbre. Me pongo de pie y encuentro sus miradas.

—¿Dónde podemos atacar a los cubanos, dañarlos? —pregunto.

Lukyan responde de inmediato. —La Plaza.

—No seas idiota —espeta Evgeniy—. Es básicamente impenetrable. ¿Una isla rodeada de ametralladoras? Tendrías que ser un suicida para atacarlo.

—Tendrías que ser un cobarde para no hacerlo.

—Cállate y déjame pensar —dice Evgeniy. Se queda en silencio por un momento, y luego dice —: ¿Qué tal La Bamba?

Lukyan pone los ojos en blanco. —La Bamba es un "casino" miserable de dos salas donde terminan todos los cubanos arruinados para gastar los últimos restos de sus pensiones en prostitutas baratas y tragamonedas amañadas. Bien podríamos tener una masacre de moscas.

Evgeniy ha empezado a pasearse por el circuito de la habitación, murmurando en voz baja para sí mismo. A mitad de camino, se detiene y gira sobre sus talones para mirarnos de nuevo.

—El Palacio —dice, triunfal. Sus ojos bailan con el fuego de esa violencia profundamente arraigada. Tiene sangre Bratva en sus venas… creo que solo hace falta agitarla un poco.

—El Palacio —murmura Lukyan en voz baja, como saboreando la posibilidad—. Sí, eso podría funcionar. El Palacio. Ahí es donde van después de sus partidas de póquer nocturnas, para desahogarse. Grandes apostadores, mierda del círculo íntimo —se gira para mirarme—. ¿Eso cumple con tus criterios, Bastien?

Asiento. —Atacaremos esta noche y lo haremos con fuerza. Preparen a sus hombres.

Evgeniy parece alarmado. —Espera: ¿te refieres a *esta noche*, como, esta noche?

Dejo que mi mirada hable por sí sola, sin palabras.

Lukyan empieza a reírse. —¡Joder, sí! Ahora, *esto* es a lo que me inscribí. ¡Esto es a lo que me inscribí! Uno de los legendarios hermanos Nikolaev encabezando la carga. Joder, sí.

Saca su teléfono y comienza a enviar mensajes de texto.

—Tú —le digo a Evgeniy, señalando los cuerpos esparcidos a nuestro alrededor—, descubre quiénes eran estos civiles. Ponte en contacto con sus familias y asegúrate de que los cuiden. La Bratva no deja atrás a ningún hombre, mujer o niño.

La extraña mirada hueca en los ojos de Evgeniy parece disminuir a medida que se pone de pie. Maniobrar en las sombras es lo que mejor sabe hacer. Este trabajo es adecuado para él, y me quita algo importante de encima. Así puedo concentrarme en lo que importa: atacar a los cubanos donde más duele.

En medio de las mesas esparcidas, los platos rotos y los cadáveres en el restaurante de abajo, los hombres de Bratva que trajimos con nosotros se ponen firmes. Están demasiado lejos para haber

escuchado mucho de lo que dijimos, pero la vibra es inconfundible. El aire está eléctrico con movimiento, decisión, acción.

Con peligro.

Con muerte.

Esta noche será una noche para recordar.

BASTIEN

Dirijo mi atención por la ventana y observo cómo avanza nuestra camioneta de a poco por la carretera abarrotada de tráfico. Los coches están parachoques contra parachoques, tan cerca que uno podría salir y caminar sobre sus techos. De hecho, esa ruta probablemente nos llevaría a El Palacio más rápidamente.

A lo largo del camino, las palmeras se mecen con el viento. Edificios de hormigón se alinean en las aceras hasta donde alcanza la vista. Arriba hay una luna invisible en parte.

La noche es sofocante. Por otra parte, todas las noches en Miami son sofocantes.

Evgeniy se retuerce las manos en el regazo cuando empieza a hablar. —Sobre antes… no debí haber… lo que dije allí, no quise decir… —farfulla, incómodo.

—¿Cuántos años? —pregunto en voz baja.

Se gira para mirarme, con la frente arrugada por la confusión. —Cuántos años ¿qué?

—¿Cuántos años tenías cuando quisiste salir por primera vez?

Él me mira dos veces. —No lo quise. No…

Luego ve en mis ojos que ya está expuesto y deja la mentira. Tiene suerte de que Lukyan esté en el otro coche ahora mismo.

—Doce —susurra, con la cabeza baja—. Papá dijo que era solo una fase. Era tan buen tirador que pensó… de hecho, todos pensaron… Joder, no sé lo que digo. De todos modos, no importa. Hay que hacer lo que hay que hacer. Honrar la Bratva. Es mi familia. Mi vida.

—Quizás sea hora de tomar un descanso —sugiero.

—¿Qué? ¡No! —él se resiste de inmediato. Su ceño casi se convierte en algo diferente antes de que lo capte—. Acaban de matar a mi padre. No puedo renunciar ahora. Los hombres necesitan… —sacude la cabeza—. Papá estaría muy avergonzado. Y Lukyan se pondría furioso.

Me encojo de hombros y dejo que el tema se desvanezca. No soy el terapeuta de mi primo, ni un hombro sobre el que llorar. Estoy aquí por una razón y solo una: corregir el error. Masacrar a los cubanos, vengarse, recuperar el control.

Cualquier otra cosa es simplemente una distracción.

—Háblame de El Palacio —digo en cambio.

Evgeniy traga, como si se alegrara de que dejáramos atrás la incómoda conversación y nos centráramos en la estrategia práctica.

—Será temporada abierta tan pronto como derribemos las puertas. Cada persona en esa mierda es cubana o es propiedad de un cubano —saca una foto en su teléfono—. Así es.

Lo asimilo con una mueca. El lugar es repulsivo. Paredes de espejos iluminadas en rojo, por el amor de Dios. Hay que confiar en los cubanos para hacer que incluso un club de striptease de lujo parezca basura de Tijuana.

Pero también hay una razón táctica para mi disgusto. Significa que apuntar no será fácil. Es difícil tener convicción apretando el gatillo cuando el movimiento al que apuntas podría ser simplemente tu propio puto reflejo.

Todo lo demás parece bastante sencillo. Por ahora. Sin embargo, no descartaría que José tenga más trucos bajo la manga.

Evgeniy suelta una risa nerviosa. —Este golpe debe ser justo lo necesario. Poner fin a esto.

No parece convencido.

Bien. No debería estarlo.

Llevamos el tiempo suficiente en el juego para saberlo mejor. Un buen golpe no acabará con una potencia fuerte como los cubanos. Son un elemento fijo aquí desde hace décadas. Se necesitará mucho más que eso, sin importar cuántos *pridurki* cubanos de alto nivel eliminemos.

Pero es un comienzo. El primer golpe de que vendrán.

No elegí un ataque inmediato a un lugar repleto de cubanos para hacer menos. Esto será rápido, despiadado y eficaz.

Así es como me gusta trabajar.

Durante el año pasado, trabajé con mis hermanos en Nueva York y Boston. Hombres hábiles, cuya habilidad transformó puntos de apoyo en imperios.

Pero hombres con sus propios métodos. Métodos que no necesariamente habría elegido.

Ahora, aquí abajo, yo tomo las decisiones.

Y esta noche, decido reunir tantos cubanos muertos como pueda, tan rápido como pueda.

En ese momento, suena mi teléfono. Atiendo sin mirar. Solo unas pocas personas en el mundo tienen este número. Y solo una de ellas llama sin avisar.

—Bastien —dice Madre. Su tono ya es de regaño.

Frunzo el ceño. —Este no es un buen momento.

—Quizás si hubieras atendido mis llamadas estos últimos días, no tendría que volver a llamar —afirma.

—¿Qué quieres?

—¿Así le hablas a la mujer que te dio la vida?

Exhalo. —Solo tengo unos minutos. Si quieres algo, dilo.

—Eso será suficiente —dice escuetamente.

—Muy bien —digo—. ¿Qué es?

—Escuché que hubo algo de acción. Quería asegurarme de que estás bien.

—Como sin duda podrás oír, estoy bien —digo con paciencia.

Madre hace un ruido de desdén. —Por favor, Bastien. Prométeme que estás ileso.

—Llegamos demasiado tarde para ayudar —explico—. La única acción que vio mi arma fue entrar en mi bolsillo trasero, todavía completamente cargada.

—¿Estás seguro? —dice con recelo.

—¿No deberías estar vigilando a Gavriil? —pregunto fríamente—. Se está volviendo loco con la planificación del bebé y esos cursos prenatales que Shannon hace tomar a Hannah.

—Esos cursos prenatales fueron mi idea —dice Madre tajantemente—. Y no cambies de tema. Eres obstinadamente callado. ¿Recuerdas que cuando tenías diecinueve años prácticamente moriste de neumonía justo delante de mis narices porque te negabas a tomar medicamentos y lo descartaste como un fuerte resfriado?

—Madre…

—Así que es perfectamente razonable que me asegure de que realmente estás bien.

—Y te digo que estoy bien.

—Quizá vaya de visita, ¿sabes? —dice en un tono amistoso, que ambos sabemos que es más una amenaza—. Me encanta Miami en esta época del año.

—No lo recomendaría.

—¿Y por qué no?

—Todavía es volátil aquí abajo. Ya escuchaste sobre ese ataque. Fue en uno de nuestros restaurantes. Eso, justo después del tío Maski… ya no hay muchos lugares que sean seguros.

—Hm. ¿Y las mujeres de tu vida?

—Son muy parecidas a las de Boston y Nueva York —termino en tono uniforme—. Irrelevantes.

Puedo oírla resoplar con incredulidad. Aunque no miento. No he tenido mucho tiempo para merodear por Miami en busca de un polvo fácil. Tengo cosas más importantes que hacer.

—Claro, ahora mismo estás ocupado —dice—, pero una vez que las cosas se arreglen…

—No lo hagas —espeto. Mis dientes rechinan. Sé a dónde lleva esto. Demasiado bien.

—¿Es demasiado para una madre querer que todos sus hijos estén bien y asentados con buenas chicas? —exige. Casi puedo ver sus ojos oscuros brillando con superioridad moral.

—Ahora mismo, sí.

—Bastien Borya Nikolaev.

—Madre —toda mi paciencia se agotó hace unos minutos—. El propio tío Maksi me llamó aquí. Él está muerto. Tengo que ayudar a mis primos y a nuestros hombres aquí. Esa es mi única prioridad. Así es como funciona este negocio.

—No me sermonees sobre cómo funciona este negocio, *moy syn*. He estado en esto desde que eras solo un brillo en los ojos de tu padre —hace una pausa y luego agrega—: Te encargas de los negocios, ¿luego qué? ¿Qué sigue?

Ni siquiera me molesto en dar una respuesta. Hay demasiado en juego en este golpe como para dejar que algo más entre en mi cerebro. Ciertamente, no una maldita mujer.

—El "después" todavía no está asegurado —gruño. Luego cuelgo.

A mi lado, Evgeniy hace un mal trabajo al fingir que no me mira reflexivamente.

—Todos tenemos tonterías familiares —digo brevemente, para ahorrarle el problema.

—Entiendo —dice—. Mi mamá aún intenta juntarme con alguien las pocas veces que la veo. Ha descartado a Lukyan como una causa perdida, pero, como yo soy "tan agradable…".

Lo miro. No digo lo que estoy pensando. Lo que he oído. Lo que sé que ha hecho.

—Es verdad, ¿sabes? —dice, leyendo de algún modo el silencio—. Lo que oíste.

—¿Cómo sabes lo que he oído?

Se ríe sombríamente, aunque con una nota triste. —Tienes que haberlo hecho. Todo el mundo lo sabe y todavía se menciona de vez en cuando. Es como la preparación de un chiste de mal gusto.

—Una chica cubana —digo con gravedad—. ¿Qué estabas pensando?

Él asiente. —Debes pensar que soy un idiota —suspira—. Incluso más de lo que ya haces.

No digo nada, solo espero que me explique.

—Al principio, no lo sabíamos —dice en voz baja, mirando sus zapatos lustrados—. Fue solo un ligue en algún bar de mala muerte. Ni siquiera intercambiamos nombres, todo pasó muy rápido —se ríe amargamente—. No hace falta decirlo: fui un idiota. Quise alejarla de la verdad para poder seguir siendo el gran hombre sencillo que ella veía. A partir de ahí las cosas fueron creciendo, nos volvimos más serios, hasta que la verdad nos abofeteó tan fuerte que aún me zumba la cabeza. Debí haber comprendido por mí mismo de que era demasiado bueno para ser verdad.

Se ríe tristemente otra vez. —Fue Lukyan quien descubrió quién era. Una chica cubana. Su papi era un pez gordo, en lo alto de la cadena alimentaria. No el propio José, claro, solo un primo, pero la diferencia realmente no importaba. Mi hermano afirmaba que ella era una espía; ella juraba que no era verdad. Nunca me preguntó sobre mi negocio, nunca hizo nada sospechoso,

pero yo no sabía qué creer. Para cuando saqué la cabeza de mi trasero, ya era demasiado tarde. Ella se había rendido.

—Una verdadera historia de Romeo y Julieta —digo.

—Supongo que las cosas podrían haber terminado peor —dice Evgeniy, encogiendo pensativamente sus grandes hombros—. Podría estar muerto. Pero, después de eso, ya no tuve energía para ese tipo de cosas. Relaciones, pasar por la farsa, fingir ser alguien que no soy, hasta la inevitable decepción. ¿Cómo podría ella no decepcionarse, cuando yo ya estoy tan jodidamente decepcionado conmigo mismo?

Se queda en silencio y se palmea el bolsillo para comprobar que su arma sigue allí.

—Disculpa. No debería haber hablado así. No sé qué me pasó.

Pero yo sí sé: soy yo.

Las personas calladas que escuchan son una rareza, me dijo una vez Padre. La experiencia lo demuestra. Así como ahora. Evgeniy habló y siguió hablando porque, hasta ahora, nadie había escuchado.

No realmente.

—¿Qué tal tú? —pregunta—. ¿Es por eso que resistes? ¿Alguna gran historia de amor que salió mal?

—Algo así —digo en voz baja.

Quiere decir más, pero lo deja. Buen momento, porque justo entonces nos detenemos a una cuadra de nuestro destino.

Hora del espectáculo.

—Ya escucharon a Lukyan —les digo a nuestros hombres vestidos de negro, que salen de nuestras camionetas con armas listas—. Mantengan la formación, disparen rápido y ataquen con fuerza. No necesitamos supervivientes, sino enviar un mensaje. Uno muy sangriento, joder.

Lukyan asiente, con los ojos brillantes. El resto de los hombres hace lo mismo.

Luego, avanzamos.

Yo subo primero. Mis hombres se quedan en las sombras, a unos pasos detrás, según las instrucciones. El portero es un tipo grande y fornido. Parece un luchador profesional. Se desliza al suelo como una pluma cuando mi bala encuentra el centro de su frente.

Sonrío sombríamente mientras paso por encima de su cuerpo boca abajo y hago un gesto a mis hombres detrás de mí para que continúen el avance. Atravesamos las puertas de espejos.

Más adelante, todavía reinan las conversaciones a todo volumen y la música picante. Aún no se han dado cuenta de quién está aquí. No se han dado cuenta de lo que está por suceder.

Sin embargo, ahora en la entrada no hay nadie, excepto…

Movimiento. A la izquierda. Una mano, un arma, luego *BAM*, disparo, y mi bala convierte esa

mano en una nube de niebla roja.

El hombre atado a ella aúlla de agonía. Mi bala siguiente lo calla para siempre.

Dos cubanos menos. Todavía queda una habitación llena.

Mis hombres se acercan a mí y se filtran por la sala con precisión táctica y practicada. Toda conversación se interrumpe, pero la música sigue sonando tan fuerte como siempre.

Bien. Me gusta tener banda sonora para un baño de sangre.

En cuanto a los propios cubanos, algunos están luchando, otros disparando, y algunos todavía nos miran boquiabiertos, sin saber nada. Empezamos a dispararles a todos.

Estalla el caos. Gritos. Choques. Rugidos. Pero el lugar está plagado de escondites y, después de un ataque inicial, nos encontramos en un tiroteo de ida y vuelta.

Lentamente, atravesamos las defensas y avanzamos hacia la sala principal. Es la de la foto que me mostró Evgeniy: paredes con espejos iluminados en rojo, suelos de baldosas azules y negras.

Siento más movimiento y me agacho, justo cuando una bala dirigida a mi cabeza silba sobre mí. Le disparo al tirador. El viejo cae como un saco de patatas.

Disparo dondequiera que veo movimiento, dondequiera que la oscuridad parezca demasiado amplia o demasiado densa. A mi lado, mis hombres mantienen la línea según lo ordenado.

Por donde van mis balas, cae un cuerpo. No hablan de esto. La retorcida dicha de este tipo de trabajo es como una droga para mí. La claridad. El enfoque.

Destrozar a nuestro enemigo, bala… por bala… por bala. Cadáver tras cadáver tras cadáver.

Limpiar la suciedad.

Es en mi tío Maksi en quien pienso mientras les disparo a todos: viejos y jóvenes, corredores o tiradores, gritones y callados. Todo lo cubano muere.

Maksi merecía algo mejor de lo que recibió.

Un chico joven con una cara delgada y burlona me apunta con un arma al pecho. Me río cuando la mía dispara primero.

El tío Maksi, que lloró cuando habló en el funeral de Padre. Que conoció y amó al hombre que me crió como si fueran hermanos de sangre.

El tío Maksi, que era lo único que nos quedaba de Padre.

Esto es para el tío Maksi, cabrones.

Esto es para Padre.

Esto es para cualquiera que se atreva a desafiar a la Bratva.

En algún momento dejo de ver movimiento, dejo de escuchar balas. Lukyan y sus hombres han avanzado desde la puerta lateral y parece que despejamos la habitación. Los únicos cubanos que quedan son los que mueren en el suelo.

Lukyan se acerca furioso y me da un codazo con el ceño fruncido, mirando a uno de los muertos. —Conozco a estos hombres. Todos de bajo rango. Puta escoria de estanque.

—¿Seguro?

Él mira a su alrededor, y frunce el ceño cada vez más. —Sí, estoy seguro. Joder.

Me doy vuelta, deseando disparar algo más. El puto objetivo de esto era atacar a los cubanos donde más les doliera. Matar a algunos *don nadie* de bajo rango no servirá de nada.

Joder, tiene razón.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Evgeniy mientras se acerca para unirse a nosotros. Hace un gesto hacia el club.

Hago una pausa, asimilo todo. Los cuerpos. La picante cumbia que sigue sonando a todo volumen. Las salpicaduras de sangre combinadas con el rojo de las paredes de espejo.

Un gran maldito desperdicio.

Si nos vamos ahora, todo esto será en vano. En unos días, los cubanos, como pequeñas hormigas trabajadoras, regresarán y reconstruirán. Tendrán este lugar en funcionamiento en un mes, como máximo.

Quizá no fue el golpe grande y devastador que pretendía, pero que me condenen si dejo este agujero de mierda para que los cubanos lo devuelvan a la vida.

—Quémenlo —ordeno.

Lukyan sonríe. Evgeniy palidece.

—Pero una cosa antes —digo, dirigiéndome hacia atrás.

Quizá este viaje fue un desperdicio, pero si puedo encontrar algo en una oficina, algún tipo de información…

En la parte de atrás, encuentro dos puertas. Una da a un baño al que un cubano fue a morir, desplomado en el lavabo, como si enjuagarse bajo el grifo pudiera ayudar a arreglar el trozo faltante de su cara.

La otra puerta da a una especie de armario de gran tamaño. Paredes y suelos de cemento, dos sillas de plástico de mierda. Una mesa con superficie raspada, y…

Me congelo.

También la chica que está dentro.

Parece tener veintitantos años, cabello rubio arena, ojos verdes, labios fruncidos… y la mirada que fija en mí brilla con desafío.

—Haz lo peor que puedas —sisea con voz ronca, antes de que pueda decir algo—. No voy a suplicar.

La miro. Está asustada, por supuesto. Tendría que estar loca para no estarlo. Y sin embargo lo

oculta bien.

Sería impresionante, si me importaran esas cosas. Mirar a la muerte a los ojos no es para débiles de corazón.

Y ella sería atractiva si me importaran otras cosas similares. Tentadora. Deliciosa.

Pero no me importa en ninguno de los dos aspectos. Vine aquí con un trabajo que hacer. Así que esto… por sorprendente que sea… no cambia eso.

Saco mi arma y le apunto a la cara. —Desafortunadamente —le digo—, no puedo dejar testigos.

MELISSA

Es él.

Un metro ochenta y cinco y altísimo. Camisa negra de manga larga sobre un torso increíblemente musculoso. Cabello oscuro y corto, ojos marrones de chico bonito y labios carnosos, con una expresión brutal que parece demasiado cruel para un hombre tan hermoso.

El maldito Bastien Nikolaev.

Jefe ejecutor de la familia Nikolaev.

Sin embargo, ninguna de esas observaciones cambia el hecho de que estoy a punto de morir.

Está escrito en las duras líneas de su rostro esculpido. Una cara que ha visto y hecho cosas mucho, mucho peores que matar a una puta cubana en la parte trasera de un club.

A pesar de lo inútil que es, abro la boca para hacer mi discurso: *Llévame, soy esclava, los cubanos mataron a mi familia cuando tenía doce años y me tomaron como un retorcido premio.*

Pero luego veo lo que busca su otra mano, y mis labios se cierran. Prácticamente me desplomo de alivio.

Esposas.

Gracias a Dios.

—Date la vuelta —gruñe, llamando mi atención.

—Pídelo amablemente primero.

Mis hombros saltan ante el sarcasmo en mi voz. ¿Tengo un deseo de muerte? Los tíos como Bastien Nikolaev no son precisamente famosos por su sentido del humor.

—Cuidado —gruñe. Avanza hacia mí. Cierra las esposas en torno a mis muñecas con su aliento cálido contra mi cuello.

—¿O qué?

La inconfundible boquilla de una pistola se clava en mi espalda baja. —¿Quieres que te lo explique? —espeta.

—Ya me han apuntado con un arma cargada a la cabeza, disculpa —espeto antes de poder detenerme—. Tendrás que hacerlo mejor que eso.

Bastien camina frente a mí, mirándome. Quizá para confirmar que sí, soy tan psicópata como parezco.

Y, sin embargo, tal vez sea una ilusión, pero ¿brilla un atisbo de sonrisa en la comisura de su boca?

—Adelante —incita—. Continúa. Ve cómo te gusta una mordaza entre esos bonitos labios.

Un extraño escalofrío que no puedo decidir si es aterrorizado o inapropiadamente excitado me desgarra. *¿Por lo menos el Chico Asesino piensa que tengo labios bonitos?*

Dejo caer la barbilla sobre mi pecho y empiezo a tararear para mí misma. La misma canción que cantaba justo antes de que este ángel de la muerte irrumpiera aquí por Dios sabe qué tipo de razón.

Te regalo mi cintura… Y mis labios para cuando quieras besar…

¿Por qué canto? ¿Por qué bromeo? Excelentes preguntas. La única respuesta que se me ocurre es que tal vez el terror finalmente me haya destrozado. Tal vez toda una vida de hombres malvados haciéndole cosas malas a mi cuerpo finalmente me haya alcanzado.

—Tu voz es hermosa —murmura Bastien, sorprendido. Su ceño se profundiza cuando se da cuenta de que habló en voz alta—. Pero cállate. Última advertencia.

Levanto los ojos hacia él. —¿Cuál es la diferencia?

—Necesito concentrarme.

—¿En? —uso mi hombro para señalar nuestro entorno vacío—. Soy yo la esposada, no tú.

Su mirada se inclina hacia mí y, aunque reconozco lo que arde en ella, no reconozco lo que sucede dentro mío.

Cuando él no responde, continúo—: Realmente, no soy fuerte. O rápida. Más bien la definición de no amenaza. Si alguien debería estar concentrado soy yo, que no sé qué harás conmigo. O lo que hiciste aquí.

Hago una pausa, y noto lo inquietantemente silencioso que está el club. —¿Mataste a todos?

Bastien arquea una ceja. Todavía tiene esa expresión a medio camino entre una sonrisa divertida y un ceño condenatorio.

—No me importa, realmente —digo—. O sea, sí me importa, pero no de la forma que piensas. De todos modos, si vas a matarme, ¿no puedes solo decírmelo? Al menos me debes eso.

Otro ceño peculiar. Sí, seamos realistas: el Sr. Ruso Melancólico no me debe una mierda.

Pero no puedo callarme. Por miedo, atracción o estupidez… quién diablos sabe a estas alturas… sigo parloteando como una imbécil que quiere tragarse una bala.

—Como quieras —digo—. Podemos quedarnos aquí hablando todo el día hasta que llegue la

policía. Eso me suena muy bien.

La mirada de Bastien es plana y no revela nada.

—¿Qué? —digo—. ¡Por el amor de Dios, di algo!

—¿Siempre tientas al destino de esta manera? —murmura.

—No —admito—. Debes haberme atrapado en un buen día. Eres afortunado.

Una sonrisa levanta el lado derecho de su boca. —Pronto veremos quién es el afortunado.

Agarrándome por las esposas, me arrastra tras él. Como si necesitara más recordatorios de que soy la prisionera aquí.

Me arrastra de regreso por el pasillo. La única bombilla se apagó, así que estamos sumidos en la oscuridad.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto. Evito mirar hacia afuera, hacia el corazón de El Palacio. Diré, haré u obedeceré cualquier cosa si eso significa que no tengo que presenciar ese baño de sangre.

Una parte de mí siempre imaginó que algo así sucedería. Un caballero de brillante armadura atacando, matando a todos mis enemigos y liberándome a mí, la princesa del castillo.

Pero no soy una princesa, y Bastien desde luego que no es un caballero de brillante armadura. Lo único que tiene en común mi fantasía con esta sombría realidad es que todos los que alguna vez me lastimaron están muertos.

Todos los que alguna vez me lastimaron *hasta ahora*, claro. Queda por ver si Bastien se sumará a esa lista.

Todavía no responde a mi pregunta. —¿Puedo obtener algo más que el silencio, por favor?

—Deberías alegrarte de que eso sea todo lo que obtienes —gruñe y tira de mis esposas.

Puedo escuchar a otros por ahí. Sus hombres, sin duda. Sus compañeros matadores. Bromeando, acechando, ahí fuera en el club en medio de la matanza.

—Tienes una definición realmente inclusiva de suerte —digo secamente.

—Y tú pareces no valorar mucho tu vida.

¿Es una locura que una parte de mí encuentre esto divertido? De un modo retorcido, triste y quizá a punto de morir y mi vida antes era muy monótona. Supongo que por eso lo llaman humor negro. Todo el mundo se vuelve más divertido cuando no queda nada por perder.

—¿Cómo es tu nombre? —dice, casi como una ocurrencia tardía.

Él está a mi lado, sin mirarme. ¿Eso también lo hace más fácil para él?

—Yo sé el tuyo —dejo escapar—. Bastien Nikolaev.

Se gira para mirarme, levantando mi barbilla para que mire directamente a sus ojos deslumbrantes. —Entonces, sabes que soy un tipo de hombre impaciente.

—Prueba “asesino despiadado” y estarás más cerca de la verdad —me burlo. Intento apartar mi barbilla de su acalorado toque, pero él me mantiene allí durante unos segundos como para recordarme quién manda.

Cuando finalmente dejo de luchar, deja caer su mano. —¿Y tú eres una especie de ángel? ¿Trabajando aquí, haciendo lo que haces?

—Ser bailarina está muy lejos de ser asesina.

Él se encoge de hombros. —Todos hacemos lo que hay que hacer.

—No puedes estar hablando en serio.

—¿No has pecado, pequeña? —susurra.

—No he cometido ningún asesinato, eso es absolutamente seguro.

Un escalofrío me recorre. *Mentirosa*, una voz tranquila y viciosa silba en mi cabeza. *Asquerosa maldita mentirosa.*

Él frunce el ceño, todavía esperando. Me estremezco y reprimo el recuerdo de pesadilla que amenaza con hervir dentro mío.

—De todos modos —continúo—, eso supondría que soy bailarina por elección. No es el caso.

Ante eso, lanza una mirada curiosa en mi dirección. Lo miro. No necesito su compasión.

No es que vea nada remotamente parecido a la simpatía en sus ojos. Tienen una estudiada monotonía que estoy segura de que chicas más comprensivas que yo no han podido penetrar. Una especie de brillo oscuro que dice claramente: *Vete a la mierda.*

—Entonces, deberías estar feliz —señala con la cabeza el exterior que todavía no me atrevo a mirar—. Te liberaste de ellos.

—Feliz no es la palabra que usaría —susurro.

Él no dice nada y no intento explicarle. ¿Cómo puedo? Solo si hubiera estado atrapado aquí lo entendería, e incluso entonces tal vez no lo haría.

Quizá los cubanos no lo habrían quebrantado si estuviera en mi lugar. Tal vez habría muerto, orgulloso y libre y odiando a cada uno de ellos.

¿Cómo puedo explicar que, pase lo que pase, después de todo lo que me hicieron los cubanos, lo único que supe conservar es la voluntad de vivir?

Y, para poder hacerlo, no pude odiar a todos los cubanos, a pesar de que todos estaban involucrados en todo… mi esclavitud, lo que les pasó a mis padres, lo que me hicieron a mí.

Odié a Raúl y a José y a los hombres que me manoseaban y actuaban como si yo fuera un animal que tenía que soportarlo, claro.

Pero algunos de los otros tenían bondad.

Y ahora se derrama de ellos. Una espesa gota roja a la vez.

La voz baja de Bastien me saca de mi ensueño. —Entonces, ¿qué?

—¿Ah?

—¿Qué palabra usarías?

Intento cruzar los brazos sobre el pecho, olvidándome de las esposas. Cortan mi piel y tintinean. —No sé. No importa.

De repente me molesta haber sido un libro abierto para este asesino que conocí hace unos minutos. Me quedo ahí, mirándome los pies, alternando entre enojo y miedo, calor y frío, sintiéndome más segura que nunca y al mismo tiempo preguntándome si el hombre a mi lado es el peligro más violento hasta ahora.

Mis uñas tienen el mismo esmalte de purpurina violeta que Kayla y yo nos hicimos la otra semana. Parece que ya fue hace toda una vida.

Me quedo ahí, esperando que él diga algo, que haga algo. Afuera, en el club, se oyen conversaciones en voz baja, alguna que otra risa, objetos que se mueven.

En este pasillo oscuro y húmedo solo hay un silencio melancólico.

—¿Qué estamos esperando? —finalmente pregunto.

—Que las cosas se calmen.

Él no responde. Cualquiera con oídos puede oír que los únicos sonidos ahora son gruñidos aleatorios y charlas despreocupadas. Y cualquiera que tenga ojos probablemente pueda ver que no queda nadie para…

No. No miraré.

Mi mirada vuelve a mis tacones de aguja y mis dedos de los pies. Kayla no estuvo aquí esta noche. Gracias a Dios por eso. Ella, al menos, se salvó.

Por lo que sirve. Quién sabe si algún día volveré a verla.

Escuchamos pasos. Miro hacia arriba y veo que se acerca un hombre bajo y corpulento con el ceño fruncido.

En el último segundo, nos ve y mira dos veces. —¿Bastien?

—Encontré esta —dice simplemente Bastien, indicándome.

—Vale… —dice el hombre. Claramente espera más explicaciones.

Bastien no ofrece ninguna. —¿Algún otro? —dice en cambio, con un paso adelante para estirar el cuello alrededor del club.

—No —dice el hombre con gravedad—. Puede que no fueran nadie, pero al menos los rematamos bien. Fue un buen golpe.

Sus palabras… *los rematamos bien*… me atraviesan como una bala.

Tío Pedro, que para mi cumpleaños me trajo mis galletas de vainilla favoritas… rematado.

Tía Rodriga, que impidió que José me enviara a trabajar en una esquina… rematada.

Antonia, que hoy intentó advertirme que me mantuviera en la fila… rematada.

Dios, todo el cuidado no te ayudó en esto, pobrecita…

—Un buen golpe en un mal lugar —murmura Bastien.

El hombre me mira como si fuera una pieza de rompecabezas que no encaja en ninguna parte. Finalmente, mira a Bastien. —Y ahora, ¿qué?

Bastien comienza a moverse, sin prisa, pero con rapidez, tirando de mí.

Puedo sentir los ojos de sus soldados. Pinchazos gemelos en la oscuridad, como cazadores nocturnos. Ojos de hombres peligrosos.

Solo mira tus pies, no mires hacia arriba. Solo mira tus estúpidos y brillantes pies morados, con esos bonitos tacones de aguja plateados con diamantes de imitación...

Un escalofrío me recorre.

Puedes hacer esto, tienes que hacer esto, simplemente no mires, no te atrevas a mirar, y todo estará bien, y… ay, Dios, estoy pasando por encima de algo; es un cuerpo con una bala en el centro de su frente calva; son ojos verde guisante, muertos y ciegos. Huele como la bebida de frutas que le salpicaron y debajo de eso, un moho de cementerio, un aroma dulzón y enfermizo que se mete en las fosas nasales…

Un gemido bajo sale de mí mientras mis rodillas se debilitan.

—Ahora nos vamos —le dice Bastien al hombre por encima del hombro, sin soltar siquiera su agarre en la parte superior de mi brazo—. Nuestro trabajo aquí está hecho.

—Bastien… —dice el hombre, con un tono que suena a advertencia.

Bastien lo ignora. Sigue caminando como si no lo escuchara. Me tambaleo, sintiendo que voy a vomitar.

—Bastien —vuelve a decir el hombre, y finalmente el vengador Nikolaev se detiene.

Otro hombre bloquea nuestro camino. Uno más grande y ancho, lleno de músculos. Sus ojos oscuros tienen un brillo lloroso, casi como si…

Espera, no puede ser. No puede ser, ¿verdad?

Los asesinos entrenados no llorarían por hacer aquello para lo que están entrenados. Estos chicos de Bratva, por lo que he oído, viven, duermen y comen esta vida. Se despiertan ansiando la muerte. Se van a dormir saciados de la muerte que consumen.

¿Pero *sentir* algo por la destrucción que causan? ¿Sentir lástima, pena, emoción de cualquier tipo?

Ni una puta posibilidad.

Este hombre, sin embargo… No hay duda de sus lágrimas.

—Evgeniy —suspira Bastien.

—¿Quién es? —pregunta Evgeniy. Me mira. Una gota de sudor corre por su rostro triste.

—Nadie —dice Bastien—. Solo una bailarina.

—Una testigo —corrige el hombre de antes, alcanzándonos. No hay duda sobre el tono de su voz. Es condenatorio. Una sentencia de muerte. *Acaba con ella como con el resto,* dice.

—Ella estaba atrás —responde Bastien—. No vio nada.

—Tiene razón —espeto—. Debajo de una mesa. No vi ni…

—Cállate —gruñe Bastien. Me sacude a través de las esposas—. No te dije que hablaras.

Puedo ver por qué: uno de los hombres tiene los ojos entrecerrados, mientras que el otro, Evgeniy, ya mira hacia otro lado.

—Bastien —dice el primer hombre—, piensa bien en esto. Escuchó todo. Acaba de pasar a través de lo que hicimos aquí. Es una testigo. No podemos permitir que una testigo vaya a la policía y cuente lo que pasó.

Mi corazón late tan rápido y fuerte que siento como si fuera a salirse de mi pecho y correr hacia la puerta por sí solo.

—Ella no irá a ninguna parte, Lukyan —responde Bastien.

—Tiene que ser sacrificada.

Bastien no dice nada. ¿Es porque ya tomó una decisión, o porque en realidad está reflexionando sobre ello?

Ay, Dios, no.…

—Escúchame, primo —continúa Lukyan—. Ella claramente es…

—No es uno de ellos —interrumpe Bastien—. No es necesario que comparta su destino.

El rostro de Lukyan es tenso, impasible y cruel. —A la primera oportunidad que tenga, correrá a la policía.

—Llevo retenida aquí diez años y no intenté escapar, ni una sola vez —interrumpo, mis palabras se atropellan porque intento sacarlas muy rápido—. Nunca hablé. Nunca hablé con un policía. Déjame ir y simplemente desapareceré.

Bastien, Lukyan, Evgeniy… tienen que escuchar. Tienen que ver.

No puedo morir. Ahora no, no así. No después de todo lo que pasé.

Evgeniy parece no poder mirar a ninguna parte, mientras que Lukyan ya sacude la cabeza. —Podría estar mintiendo.

—Si tomo prisioneros, seguirán siendo prisioneros —es todo lo que dice Bastien.

—¿Eso es todo? —exige Lukyan—. ¿Te comprometes a mantenerla encerrada por el resto de su

vida? ¿Esa es tu decisión?

—Hasta que encontremos una solución, sí.

—No —Lukyan niega con la cabeza—. Ya sabes cómo funciona esto. No podemos poner en peligro a la Bratva de esa manera.

—No matamos mujeres —dice Bastien, la boca curvada en una mueca salvaje—. Jamás.

Ahora es Evgeniy quien habla con amargura. —La chica muerta en la esquina sugeriría lo contrario.

—No puedo controlar las balas perdidas —dice Bastien—. O lo que hacen mis hombres enfurecidos. Pero no dispararé a una mujer a quemarropa y a sangre fría.

Lukyan levanta su arma, me apunta y quita el seguro. —Nadie dijo que *tú* tenías que apretar el gatillo.

Ay, joder, voy a morir. Eso es todo. Voy a, voy a, voy a…

A la velocidad de una víbora, la mano de Bastien se dispara, agarra el cañón y apunta hacia otro lado. —Nunca apuntes tu arma en mi dirección, *tupitsa*.

—Pensé que eras más duro que esto —suspira Lukyan. Todavía se aferra obstinadamente al arma.

—Mi familia tiene reglas —retumba Bastien—. Ética. Un código.

—No estamos en Nueva York —dice Lukyan en voz baja—. O Boston.

No estoy a salvo todavía. *Mamá, si estás escuchando, solo quiero que sepas que te amo y que lo siento, lo siento muchísimo…*

—Primo. Hermano —les dice Evgeniy a cada uno de ellos. Parece tan descompuesto como yo—. ¿Quizás podamos llegar a algún tipo de acuerdo?

—¿Cómo qué? —Lukyan suelta una risa burlona, echando la cabeza hacia atrás antes de fijar una mirada mortal de ojos azules en mí—. ¿Matarla por la mitad? ¿Cortarle la lengua?

No puedo parar de temblar.

—No seas tonto —sisea Bastien.

—Podría decirte lo mismo —responde Lukyan.

Evgeniy suspira. —¿Quizás podríamos decidir más tarde?

—Cállate, Evgeniy —dicen a coro en simultáneo. Es claramente un accidente, pero no puedo evitar reírme de lo absurdo que es. Como si todo esto estuviera escrito. Planificado. Como si mi destino ya hubiera sido decidido y solo estuviéramos bromeando hasta que el público esté listo para ver más sangre.

—Ya basta de esto —gruñe Lukyan—. Decidiré yo mismo.

Sucede muy rápido.

Es un movimiento suave, realmente, tan rápido y fluido que solo me doy cuenta de lo que sucede después de escuchar el disparo.

Con su otra mano comprometida, Lukyan saca otra pistola.

Apunta hacia mí.

Y dispara.

BASTIEN

El disparo corta el aire.

Falla… por poco. A solo unos centímetros de la cabeza de la chica.

Entonces es mi turno. Y nunca fallo.

Me lanzo hacia Lukyan y lo derribo en un tacleo salvaje. Golpeamos el suelo con fuerza. Mientras se resiste contra mí, tiro sus brazos hacia atrás y presiono la palma de mi mano contra su garganta.

Directamente en su cara, gruño—: La chica vive. Eso es todo.

Se agita dos veces más y jadea furiosamente antes de darse cuenta de que no tiene ninguna posibilidad. Se desploma en el suelo y me mira boquiabierto.

Dejo de sujetar su tráquea. —¿Entendido, Lukyan?

Respira con dificultad, sin decir nada.

—¿En. Tien. Des? —enuncio.

Sus ojos azules están llenos de venas de un rojo enojado. Claramente no esperaba esto… mi fuerza. Mi velocidad. Mi ferocidad. Pensó que eran solo historias embellecidas que la gente contaba sobre mí.

Le enseño los dientes con un gruñido lobuno. *Debiste haberlo sabido mejor, primo.*

No heredé mi reputación como una vieja baratija familiar. Yo mismo me lo gané todo. Con estudio, entrenamiento, tiempo en el fragor de la batalla.

Me pusieron a prueba y me aprobaron. ¿Él? Solo cree que sabe lo que es ser duro.

Yo lo he vivido. Lo *soy*.

No volverá a cometer ese error.

—Primo —Lukyan logra respirar. El arrepentimiento es evidente en la flacidez de su boca.

Todavía se pregunta: *¿me matará?*

Yo tampoco estoy muy seguro.

—Si matas a una chica inocente, ¿qué nos hace mejores que los cubanos? —siseo.

A nuestro alrededor, los hombres se calman, observan. Me da igual. Esto es entre Lukyan y yo. Todos los demás son simplemente testigos de lo que significa ser verdaderamente Bratva.

La frente de mi primo se arruga. —Bastien, no puedes estar diciendo…

Quito mi mano de su cuello sudoroso y me bajo. Pero todavía no terminé con él.

Me alzo sobre él y paso casualmente mi arma de una mano a la otra. Está implícito: un acto más de desobediencia le costará la vida. No vine a este pantano infestado de caimanes para sentarme y ver cómo otros arruinan las cosas.

Vine a encargarme, joder.

—Estamos aquí desde antes —tartamudea Lukyan—. Mataron a nuestro padre. No tienen honor…

—Ahí, eso es todo —lo miro fijamente—. Los cubanos no tienen honor. Por lo tanto, no importa quién estuvo aquí primero, ni que sean cubanos y nosotros rusos. La única ley del poder es que gana el más fuerte. Pero, en cuanto a por qué deberíamos hacerlo, por qué merecemos hacer Miami nuestra… ¿por qué molestarse, si el resultado es el mismo de cualquier manera?

Lukyan me mira parpadeando, perplejo. Nació y creció con la idea de que cada ciudad que queríamos era nuestra por mero derecho de nacimiento. Que no tiene que haber mejor razón para nuestro control.

Yo llegué a una conclusión diferente.

Evgeniy interviene, como si pensara que estoy de su lado. —Bastien tiene razón. Todo este asesinato y destrucción… ¿con qué propósito?

Pero está equivocado… no estoy de su lado. No estoy del lado de nadie más que del mío.

—El propósito es poner la ciudad en las manos adecuadas —digo. Guardo mi arma. Puedo ver que no la necesitaré ahora—. Somos las manos adecuadas… siempre y cuando nos atengamos a ciertos principios. No sé qué los mantiene peleando, primos, y no me importa. Pero sé que para mí es este reconocimiento de nuestra superioridad lo que hace que valga la pena. Nosotros tenemos honor y los cubanos no. Nuestro honor puede ser inconveniente a veces, incluso una debilidad que nuestros enemigos pueden y explotan. Pero es lo que hace que todo esto valga la pena. Hace que la promesa de un futuro mejor bajo nuestro mando sea real. No mataremos ni lastimaremos a inocentes. Cuidaremos de quienes depositan su confianza en nosotros. *Y no mataremos a mujeres inocentes.*

Silencio. Silencio de escucha, no necesariamente de comprensión.

Miro a mi primo, todavía tirado en el suelo, con la cara sudorosa y la boca abierta. No está seguro de si estar asustado, confundido o simplemente cansado.

Pero ya terminé de explicarme. Si no lo entiende, es culpa suya.

Si estás a cargo, debe haber una muy buena razón: porque antepones el honor a todo. Principios

por encima de todo. Deber y lealtad por encima de todo.

Sin dudas. Sin debilidad. Solo necesidad.

Lukyan ve todo esto en mis ojos y exhala. Todavía estoy tan cerca de él que puedo oler su sudor, fresco y fuerte. —Joder, primo, yo…

—La cagaste —termino por él.

Él asiente, admitiendo su error. —Pero, ¿qué haremos con ella si no la matamos?

No miro a la chica, que no ha dicho una palabra desde que Lukyan apretó el gatillo. Será simplemente una distracción innecesaria.

Un plan ya se forma en mi cabeza cuando abro la boca. Solo hay una cosa que hacer.

—La mantendré prisionera hasta poder encontrar algo mejor —digo en voz baja.

Lukyan guarda silencio. No tiene que decir lo obvio: que es una jodida carga. Un problema continuo, sin una solución obvia.

Todavía lucha contra el deseo de decir algo. Se pregunta si tomar mi palabra como ley o seguir rechazándola.

Será mejor que elija con mucho cuidado.

—¿Está bien para ti? —arrastro las palabras con sarcasmo—. ¿O preferirías resolver esto de otra manera?

—Yo no… nunca lo haría… —protesta Lukyan, con la cara roja volviéndose blanca.

—Desafiaste una orden directa —le recuerdo—. Te dije que no. Disparaste de todos modos. No creo que necesite decirte lo afortunado que eres de tener una puntería de mierda.

Él traga. Su nuez sube y baja. —Pido disculpas, primo —dice finalmente—. Yo solo… esta noche me tiene cabreado. Iba con grandes esperanzas de que consiguiéramos algunos jugadores importantes, y ahora…

—Ahora, esto —dice Evgeniy en voz baja.

En todo el club, la tensión disminuye. Nuestros hombres perdieron el interés y empezaron a deambular y a saquear un poco más. La mayoría está atenta a mi orden de marcharnos.

—Yo también estoy cabreado —digo—. Pero lo hecho, hecho está. Este no será nuestro último golpe. Y, ciertamente, no será el peor. No si obtengo la información que necesito y pongo fin a esta guerra como pretendo.

Por primera vez desde que llegamos aquí, Lukyan vuelve a parecer emocionado.

—Pero —digo—, no puedo hacer eso sin tu total cooperación, primo —lo miro como si todavía no estuviera seguro de qué hacer con él. Como si no estuviera seguro de poder confiar en él. Porque no lo estoy, y porque no creo que pueda—. ¿La tengo?

Lukyan exhala y, por fin, asiente. —Las tienes, Bastien. A Papá le habría disgustado verme

pelear con un Nikolaev. Siempre habló muy bien de tu padre y de todos ustedes.

Me agacho para ofrecerle una mano. —Entonces, estamos arreglados. Ahora, ¿estás listo para partir?

Lukyan asiente, tomando mi ayuda con un poco de cautela mientras se pone de pie.

Detrás de mí, la chica no se movió ni un centímetro. Está apoyada contra un poste, como si fuera lo único que la mantiene en pie. Quizá lo sea. No todos los días uno ve su lugar de trabajo convertido en escombros.

Veo el camino despejado hacia la puerta. ¿Podría haber intentado escapar? Es poco probable que Evgeniy la estuviera mirando. Nadie más sabía quién diablos era ella hasta que Lukyan hizo un escándalo. En medio de todo el caos, ¿qué tan difícil habría sido escaparse por un lado…?

Pero ella está aquí. Se quedó.

Sonrío. Significa que no es una completa idiota, incluso si habla. Estamos a punto de descubrir qué más podría ser.

Por ahora, sin embargo, es hora de irse.

Nuestro trabajo aquí ha terminado.

BASTIEN

Fuera de las ventanillas del coche, la noche está oscura y sin luna. Las calles están vacías. Lukyan y Evgeniy se dirigieron al cuartel general hace unos minutos. Yo seguí adelante.

—Gracias por no matarme —murmura desde el asiento del pasajero.

Dejo sus palabras en el aire. Una mano extendida que no aceptaré. Ahora mismo no hay necesidad de hablar. Solo tengo que llevarla a mi casa.

Concéntrate.

—Y por no dejar que él me matara. Me salvaste la vida.

Obviamente. Aun así, no es necesario responder. En esa vía está el peligro.

Solo concéntrate.

—¿Me oyes…? —comienza.

Puto infierno. Bien podría terminar con esto de una vez.

—No tuvo nada que ver contigo —gruño—. Me oíste. Mis hermanos, mis hombres y yo vivimos bajo un código. Si los Limonov lo hacen o no, no es mi puta preocupación. Ahora que estoy aquí, mi código tiene prioridad. Mi palabra tiene prioridad. Mis órdenes tienen prioridad.

Maldigo tan pronto como termino con la mini diatriba. ¿Qué tiene esta chica que me hace decir más de lo que pretendía?

—Ahora, cállate —agrego.

Sigue otro silencio, casi como si probara algo. O quizá haya entendido por una puta vez.

—Por cierto, soy Melissa —dice—. Me preguntaste mi nombre antes, pero no tuve la oportunidad de decírtelo.

No respondo. Saber algo sobre ella solo complicará las cosas. Tengo la intención de deshacerme de este problema lo antes posible, no después. Mientras tanto, no tiene sentido hacerlo más espinoso.

Pongo el aire acondicionado al máximo. Emite un zumbido bajo. Las ráfagas de aire fresco en mi cara son casi relajantes.

Puedo ver los ojos de Melissa desviarse hacia la radio. La escuché cantar para sí misma cuando irrumpí en la parte de atrás. Debe ser una de esas personas que usa la música como manta de seguridad.

Yo prefiero el silencio.

Conducir en silencio me ayuda a concentrarme. Me ayuda a pensar. Por eso prescindí de un chófer. Por eso insistí en llevarnos a los dos de regreso a mi casa yo mismo.

Además, un conductor de Bratva sería simplemente otra distracción, otra posible carga. Cuanta menos gente sepa dónde vivo, mejor.

—Bastien… —comienza.

Ay, por el amor de Dios. Ahí va arruinando el momento.

Llevo el coche hasta el arcén, apago el motor y me giro hacia ella. —Joder, pequeña, escúchame y escucha muy atentamente. Que no te vaya a matar no significa que las cosas serán fáciles para ti —me inclino más cerca para que pueda ver lo serio que soy a cada palabra, inhalando su aroma en el proceso. *¿Eso es guayaba?* pienso ociosamente—. Tienes que cerrar la boca y obedecer cada maldita palabra que diga hasta que decida lo que voy a hacer.

Ella me mira fijamente. Sus ojos son dos rendijas verdes de desafío.

Esta pequeña y maldita descarada.

Necesita una lección de modales. Una que me muero por darle. Quiero agarrarla y mostrarle, mostrarle lo mucho que digo en serio cada palabra, mostrarle lo que se requiere de ella: sumisión absoluta.

Pero veo que llevará tiempo.

Porque, cuando habla, su voz está llena de burla. —¿Las cosas no serán fáciles para mí? Por favor. No pueden ser peores que cuando estaba con los cubanos, *Bastien*.

Me estremezco. Ya desprecio que use mi nombre como si nos conociéramos. Como si fuéramos algo más que captor y capturada.

Como si tuviera algún tipo de voz en su destino.

Sonrío. Sin simpatía. —¿No puede ser peor? —es una prueba, un desafío, una amenaza… y ella lo sabe.

Ella levanta la barbilla de todos modos, y sus ojos brillan. —De ninguna manera.

Solo sacudo la cabeza lentamente. —Si hay algo que puedo prometerte, *kotyonok*, es esto: soy el único hombre vivo que siempre, siempre puede empeorar las cosas. Así que, si crees que estás más segura conmigo que con los cubanos, estás equivocada. Completamente equivocada. Te he salvado hasta ahora. ¿Qué pasará después? Eso depende de ti.

Sus labios se abren, aflojados. Le acabo de arrancar el último salvavidas que tenía.

Bien. Ya es hora de que finalmente comprenda la realidad de todo esto.

—Lo que tienes que hacer ahora es cerrar la boca y hacer lo que te dicen —digo finalmente, arrancando el coche de nuevo.

Dejé claro mi punto. Si fue por necesidad o por deseo es otra cuestión completamente diferente.

No puedo decir que no siento nada cuando miro a Melissa, que no hay algún tipo de química. *Ese cabello dorado, esas tetas atrevidas y esos labios provocadores, el destello insolente en esos ojos siempre verdes.…*

Tiene un efecto que no voy a negar. Hace crujir mi polla endurecida.

Pero sé a dónde nos llevaría: a ninguna puta parte. No puedo permitir que las cosas entre nosotros se salgan de control. No puedo permitir que le pase lo que le pasó a Nina.

Haré lo que sea necesario… incluso peor que lo que le hice a Nina.

Si estás a cargo, será mejor que haya una muy buena razón.

Y mi razón es esta: no cometo el mismo error dos veces.

Fijo mis ojos en la carretera, agarro el volante, vuelvo a la autopista y empiezo a conducir. Me toma unos minutos de silencio comprender la razón por los rayos de sensación que corren por mis pulgares y dedos… cojo el volante con tanta fuerza que mis nudillos están blancos.

Todo el puto coche huele a guayaba, a ella. Abro una ventana para oler literalmente cualquier otra cosa.

Quizá debería aceptar las constantes ofertas de Lukyan y conseguir una mujer Bratva para aliviar el estrés. O simplemente ir a una discoteca y buscar a alguien que cumpla el propósito. Dios sabe que Miami está llena de mujeres dispuestas a abrir las piernas fácilmente para hombres como yo.

Pero por ahora, ahora mismo, solo necesito no pensar en eso. Pensar en cualquier cosa.

Cómo mi polla podría enseñarle los mejores de todos los modales: cállate y escucha.

Cómo sus ojos mantendrían ese brillo insolente hasta el momento de romperse en mi polla.

Cómo sonaría en ese momento. Un pequeño gemido quejumbroso, un grito a pleno pulmón… ¿qué sería?

Joder, Bastien, concéntrate en la puta carretera.

En algún momento, empieza a cantar. Es otra canción en español, cuya letra no sé.

No es que haga falta. Con esa voz baja y ronca, incluso cantar su lista de compras sería hermoso. Tiene un raspado único que te atrapa. Una especie de tristeza cautivadora. Melancolía, teñida de ámbar.

¿Dónde aprendiste a cantar así? está en la punta de mi lengua, pero lo empujo.

Frunzo el ceño y vuelvo a mirar la carretera. Ya casi llegamos, de todos modos. No necesito la historia de su vida. Todo lo que necesito es que entienda quién está a cargo aquí.

A unos minutos de mi casa, le doy un vistazo rápido a mi ropa… camiseta negra y jeans gris

oscuro… para detectar cualquier mancha de sangre reveladora. No es probable que vea a nadie, pero siempre vale la pena estar preparado para lo inesperado.

Elegí esta casa en las afueras porque era inocua, inesperada. El último lugar donde alguien pensaría en buscar a Bastien Nikolaev. El hecho de ser rico ayuda. Cualquier idiota sabe que, si atacas un barrio rico, la policía llegará antes de que puedas decir "Ups". Saben quién paga sus cuentas y vota en sus elecciones.

Afortunadamente, no se ven manchas. Supongo que todavía hago un buen trabajo.

Sin embargo, cuando llegamos a mi camino de entrada, hago una pausa y me doy cuenta de que tenemos un problema.

Melissa todavía está vestida como una stripper: un sujetador de lentejuelas rojo sirena y una falda que apenas roza la parte superior de su culo. Realmente no importa, pues solo estaremos afuera el tiempo que sea necesario para cruzar desde el camino de entrada hasta la puerta principal.

Pero no quiero arriesgarme a arruinar mi tapadera de un modo tan barato. Hay ojos en todas partes, siempre. Es mejor actuar como si tus enemigos estuvieran justo encima de ti. Puede que no parezcan enemigos, puede que no suenen como enemigos, pero la única verdad que me importa es esta: cualquiera que no haya jurado a la Bratva es un enemigo por definición.

Así que, cuando veo una forma en la acera, mi nariz se arruga con irritación.

Por supuesto, joder.

Es más de medianoche, cuando todos los agradables y saludables residentes de este agradable y saludable vecindario deberían estar durmiendo. Y, sin embargo, ahí está… Randy Finch, el hombre de familia más sano de todos. Pasea a su perro pastor gordo y blanco por la acera. Ya se detiene para saludar a medida que nos acercamos.

Gracias a Dios, el Range Rover tiene vidrios polarizados y es de noche.

Abro la guantera, agarro una manta a cuadros que guardo allí para emergencias y se la tiro a Melissa. —Cúbrete con esto.

Ella parpadea, casi sonriendo. Luego mueve las esposas como si yo fuera lento mental.

Gruño, molesto. No es propio de mí olvidar algo así. De hecho, toda esta maldita noche no es propia de mí.

Rápidamente la envuelvo en la manta. Luego salgo y camino hacia su lado del coche para dejarla salir.

Cuando alzo la vista, Randy está a mitad de la calle, caminando en nuestra dirección. Su barriga está tensa contra su polo azul celeste de Ralph Lauren.

Diré esto por el hijo de puta: es decidido. Decidido a forjar un vínculo de buena vecindad conmigo a pesar de que nunca le di la menor señal de estar interesado en algo por el estilo. El hombre me trajo un plato de brownies el día que me mudé aquí, por el amor de Dios.

—¡Buenas noches, Bastien! —él canta. La moderación del volumen no es su fuerte. La mitad del

barrio puede oírlo.

Me estremezco. —Randy —lo saludo fríamente.

—Qué noche, ¿eh? —las farolas iluminan la calva de su pálida cabeza—. A Molly simplemente le encanta.

Molly… el perro pastor peludo que actualmente lame mis zapatos… baila un pequeño claqué encantado. Melissa se ríe.

Después de ataques como el que acabamos de hacer en El Palacio, lo impactante no es lo inmediato. Lo que más choca es tratar de salir al mundo real y actuar con normalidad. Comprar un café, conducir un coche, abrir la puerta de entrada.

O, por ejemplo, hablar con tu vecino chusma.

—¿Y quién es esta, podría preguntar? —pregunta Randy, mirando a Melissa.

Mis manos se aprietan.

Aquí vamos. Empezó el juego.

La pregunta es…

¿Cómo se comportará Melissa?

MELISSA

—¿Y quién es esta, podría preguntar? —dice el gordito del polo.

—Una amiga —interrumpe Bastien antes de que pueda pensar en cómo describirme. Señala con la cabeza hacia el perro—. ¿Cómo está el cachorro?

Randy no parece notar que Bastien obviamente está cambiando de tema. —Ay, ya sabes, ha estado mejor —sacude la cabeza con tristeza—. Extraña a nuestra Helen. Solían pasar todo el tiempo juntos, pero ella está lista para una visita el próximo mes, ¡así que no está tan mal!

La mandíbula de Bastien vibra de tensión. —Y Helen…

—Va a Penn State, sí —confirma Randy. Tampoco parece darse cuenta de que Bastien no tiene la más mínima idea de quién es Helen.

Ver a Bastien siquiera tolerar esta conversación es bastante divertido, si soy honesta. Como ver a un perro caminar sobre sus patas traseras.

Bastien Nikolaev, el infame asesino de Bratva…

¿También un vecino charlatán?

Un papel extraño para él. Pero tengo que recordarme a mí misma que es solo eso: un papel. El verdadero Bastien Nikolaev… es diferente, por decir lo menos.

—La mejor de su clase —dice Randy con un gesto orgulloso de su barbilla flácida—. Mi bebé será médica.

—Bien por ella —dice Bastien. Pasa, casualmente, un brazo musculoso alrededor de mi hombro.

No es un gesto amable ni tierno. Solo lo hace para evitar que me dé vuelta y haga evidente, con o sin manta, que tengo las manos esposadas a la espalda. Todo es solo parte del papel.

¿…Verdad?

Miro a Randy. Es un habitante de los suburbios, recién salido del departamento de reparto. Calvo, regordete, inofensivo. ¿Podría de verdad ser exactamente lo que parece: un vecino viejo y entrometido que sale a dar un paseo nocturno con el perro?

Creo que sí. Por otra parte, probablemente no catalogarías a Bastien como un asesino a sangre

fría si simplemente lo vieras en el vecindario, entrando a su casa.

Dirijo mi atención a las mansiones de tres y cuatro pisos que bordean la calle a nuestro alrededor. Cada una parece provenir de una época y escuela arquitectónica diferente. Hay un estilo Tudor inglés al otro lado de la calle y una villa española más adelante. La de Bastien es más moderna, mientras que la de Randy tiene una sofisticación playera.

El dinero aquí es obvio. Pero al mirar todas estas hermosas casas, lo único en lo que puedo pensar es en las personas que albergan… y en sus secretos.

Las caras bonitas siempre esconden la podredumbre más desagradable debajo.

El agarre de Bastien sobre mi hombro se afirma. —Debes estar orgulloso —le dice a Randy con la voz entrecortada.

—Tú también, amigo —bromea Randy con el codazo más parecido a un padre que vi en mi vida. Solo para asegurarse de que todos entendamos de qué habla, me mira y me guiña un ojo—. ¿Cómo dijiste que te llamabas, cariño?

—Soy Melissa —digo con una sonrisa—. La novia de Bastien. Es un placer conocerte.

La conversación muere. La sonrisa de Bastien se vuelve quebradiza, la de Randy cubre casi toda su cara. La mía está en algún punto intermedio… estoy entre reírme de lo incómodo que se siente Bastien y a medio camino de preguntarme si acabo de cometer un terrible, terrible error.

—¡El placer es todo mío! —dice, extendiendo una mano.

Lo miro con cautela. Después de todo, las esposas podrían ser un problema.

Intercambiando una mirada con Bastien, cuya mirada podría cortar cemento, fuerzo una risa. —No soy de apretones de manos. Me temo que tengo demasiada fobia a los gérmenes.

Randy se ríe y se mete la mano en el bolsillo. —Ah, bueno, mi hija probablemente te diría que es bueno para la salud —dice con una sonrisa de buen humor—. Pre medicina, ¿sabes? ¿También eres quisquillosa con la comida? Amy ha estado anhelando que te invite, Bastien, y estoy seguro de que le encantaría que vinieras también, Melissa. Siento que ustedes dos se llevarían muy bien con la vieja patrona.

—No —dice Bastien… justo cuando yo digo—: ¡Nos encantaría!

Su agarre se vuelve tan tenso que resulta doloroso. Me trago un gemido. Y… demasiado poco, demasiado tarde… un repentino golpe de temor. Porque me di cuenta de algo: si Randy se diera cuenta de lo que está pasando, ¿Bastien lo mataría?

Tienes que estar bromeando, Mel, arrastra las palabras mi cínica interior.

Debería haber sido obvio: él no dudaría en enterrar a este gordo idiota.

En El Palacio, Bastien habló con bastante elocuencia sobre el honor y un código, sobre no matar inocentes. Pero, al final del día, hará lo que sea necesario. Lo que sea que eso implique.

—Mi esposa hace una lasaña excelente. En realidad, es lo que hizo que me enamore de ella en primer lugar. Cuando la pruebes lo entenderás. ¡Aunque será mejor que mantengas las manos

apartadas!

Otra risa, otro codazo. Bastien parece a punto de implosionar. —Lo estaré esperando con ansias —dice con firmeza.

—Bueno —dice Randy, mientras su perro anhela un arcén cercano cubierto de hierba—, Molly me arrancará el brazo si la hago esperar más por este paseo suyo. Fue genial hablar con ustedes dos.

—Tú también —dice Bastien.

Finalmente, su agarre sobre mi hombro comienza a disminuir. Hasta…

—Ah, casi lo olvido —dice Randy. Se detiene a unos pasos de distancia—. Fecha y hora… ¿Qué tal este viernes?

—Maravilloso —gruñe Bastien.

—Genial —Randy sonríe, alejándose con un saludo—. ¡Que pasen una buena noche!

Bastien mantiene una garra sobre mí hasta que Randy dobla la esquina, silbando. Tan pronto como el hombre se pierde de vista, me tira brutalmente hacia las escaleras que conducen a su puerta negra sin ventanas.

Me empuja dentro y cierra la puerta detrás de mí. Altísimo, con los ojos centelleantes, gruñe—: ¿Qué diablos fue eso?

—Se llama ser un ser humano decente —espeto. Hago un esfuerzo para pasar a su lado. No dejaré que me intimide, incluso si estamos solos en este momento y estoy esposada.

Pero él no acepta nada de eso.

Con la palma de la mano y la boca torcida en un ceño peligroso, me empuja de nuevo hacia la puerta. El pomo se clava dolorosamente en mi espalda. —Inténtalo otra vez.

—Diría que hice todo bastante bien —digo, mirándolo fijo.

Luchar es inútil, pero aun así lo intento. Dios, él es *fuerte*.

—Equivocada de nuevo —sisea—. No tienes idea de lo que acabas de hacer.

Pongo los ojos en blanco. —Perdónenme, debí haberlo sabido: con ustedes, muchachos Bratva, cualquier simple conversación está cargada de consecuencias.

—Acabas de poner en peligro toda la calle. Incluyéndote. ¿El viejo y agradable Randy Finch? Es posible que despierte con una bala en el cerebro que su simpática hija doctora no pueda curar, gracias a ti. O hasta podría ser un informante cubano y serán nuestras cabezas las que recibirán las balas. Eres una estúpida, estúpida niña.

Trago y exhalo. Estoy tratando de mantener una cara valiente, a pesar de que hay un verdadero mérito en lo que dice. —Estás exagerando.

—Estoy exponiendo los hechos —responde sin emociones—. Si alguien se entera de que estás aquí, y si los cubanos se enteran, te encontrarás con un mundo de dolor. Tú y cualquier otra

persona involucrada.

—¿Es eso una amenaza?

—Sí. Pero no de mi parte.

Bastien da un paso atrás y me mira con ojos enojados. Casi me convence con todo este asunto de la ira contenida, la frustración.

Lástima que sé más sobre la vida de la mafia y cómo trabajan los hombres como él de lo que él cree. Mucho más.

—¿Quieres saber lo que pienso? —digo—. Uno: Creo que se volvió mucho más difícil para ti matarme, incluso si afirmas que no lo ibas a hacer, pues ahora nos han visto juntos —hago una pausa—. Ahora que lo pienso, ese era el único punto que tenía. Ah, espera, excepto que… vale la pena solo por verte retorcerte.

Su boca se tuerce en una de esas peligrosas muecas. Presiona cada mano contra la pared a mis lados. —Yo no estaría tan seguro, *kotyonok*. Los accidentes ocurren. La gente muere.

Me estremezco. ¿Cómo puedes sentir miedo y asombro por alguien al mismo tiempo?

—Soy un profesional —continúa, rodeándome con los brazos—. No sería nada difícil. Realmente es bastante fácil.

Lo que sería fácil sería ceder ante la mirada de esos ojos oscuros. El problema es que, una vez que haga eso, no hay vuelta atrás.

—Mientras desempeñemos nuestros papeles —digo con una voz mucho, mucho menos conmocionada de lo que realmente estoy—, nadie tiene por qué saber quién soy en realidad.

La mirada de Bastien me penetra tan profundamente que casi me sorprende estar todavía de pie aquí. Se voltea antes de que un ceño fruncido se apodere de todo su rostro, con las manos en puños. —Tienes todas las respuestas, ¿no?

Abro la boca para dar otra respuesta ágil, pero las palabras no salen. Solo entonces me doy cuenta de lo cansada que estoy.

Estoy tan cansada. Cansada hasta los huesos, cansada hasta el alma. Cansada de estar en guardia las 24 horas al día, 7 días a la semana. Cansada de no confiar en nadie más que en Kayla. Cansada de siempre estar buscando, de estar siempre esperando esa salida, esa oportunidad que eventualmente tenía que llegar. La oportunidad que nunca llegó.

—No, no las tengo —murmuro—. Ni siquiera sé por qué me dejaste vivir.

—Te dije…

—Lo sé, lo sé, los códigos. Fabuloso. ¿Pero por qué no encargar a uno de tus hombres la tarea de encarcelarme y vigilarme? Demonios, apuesto a que tienes amigos en la policía. Podrías hacer que me metan en la cárcel por cargos falsos sin ningún problema. Entonces no tendrías que matarme. Todo lo que tendrías que hacer es darme la espalda.

Bastien me estudia detenidamente durante mucho tiempo. —Así es más fácil —dice al fin—.

Confío en los hombres de aquí, pero… la mayoría de ellos todavía no son mis hombres. Traje algunos de Boston, pero la mayoría son chicos Limonov. Pueden cometer errores.

—¿Y? —digo, un poco desconcertada por su transparencia—. Soy solo otra espectadora inocente que recibió la peor parte. Otra víctima no deseada. ¿Qué te importa?

—Ni una maldita cosa —dice lacónicamente. Deja caer las manos a los costados—. Eres solo una prisionera de guerra. Nada más. Nada menos.

—Si soy prisionera, ¿puedo hacer una llamada telefónica? —pregunto.

Se da vuelta para mirar la estupidez de mi pregunta.

—Podrías marcar el número tú mismo —digo rápidamente—. Es solo mi amiga, Kayla. Ella querrá saber que estoy bien, y…

Bastien deja que mis palabras se desvanezcan en un terrible silencio. Cuando habla, sus palabras tienen una concisión que me corta. —¿Qué estás tratando de hacer?

—Solo estoy jugando el juego —digo—. Ver lo que puedo sacar de esto.

Es una mentira… una mentira estúpida e inútil… pero él no necesita saberlo.

—Jugando —repite lentamente—. Ver lo que puedes sacar.

Las mismas palabras, pero en un tono completamente diferente. Uno peligroso.

Cuando se vuelve para mirarme, sus ojos son oscuros y su rostro inexpresivo. Tengo más miedo de ese vacío que de todas las miradas y ceños fruncidos del mundo.

Porque está completamente desprovisto de empatía. Y, cuando a Bastien Nikolaev deja de importarle… algo me dice que no hay límite para lo que hará.

—Tú juega conmigo —dice suavemente, amontonándome en un rincón—, y yo jugaré contigo.

Un gemido involuntario se escapa de mis labios. Nuestros ojos se cruzan. Luego, su mano sube por mi falda y acaricia el calor entre mis piernas.

La sensación se apodera de mí y mis rodillas se vuelven gelatina. —Bastien… —lloriqueo.

—Cállate —gruñe suavemente—. Ahora es mi turno.

Sé lo que debería decir. *Para. No. Suéltame.*

El problema es que “parar” es lo último que quiero que haga. Mientras sus dedos pasan por mis bragas y acarician mi clítoris, “parar” ya no forma parte de mi vocabulario.

No con la forma en que me toca, la forma en que se siente…

Dios mío, joder. Todo se afloja, se agudiza hasta convertirse en esa única cosa, esa única presión, ese pulso, ese placer. Más y más, hasta que me hundo en sus dedos y gimo en voz baja, suavemente.

Encuentra mi clítoris con su pulgar. Presión suave en círculos lentos, luego cada vez más rápido, hasta que me corro con fuerza en sus dedos. Muerdo el interior de mi mejilla con tanta fuerza

que pruebo la sangre.

Durante unos segundos después, su mano libre toma mi nuca, casi con ternura. —Buena chica —murmura en mi oído—. Las chicas buenas se corren cuando se les dice.

Sin embargo, un suspiro después, se separa, me agarra por las esposas y tira de mí unos pasos por el pasillo.

—Y las chicas buenas también recuerdan quién manda.

Mis pies no parecen querer funcionar. —¿B-Bastien? —tartamudeo.

Habla como si esto fuera solo un juego de poder. El siguiente paso en la danza de sumisión y dominación.

Pero hubo algo más. No me habría rendido tan fácilmente si hubiera sido solo eso. Lo vi en sus ojos. Había algo ahí. Había…

Me tira a su lado. —No me hagas decírtelo de nuevo.

Mis pensamientos ansiosos se desvanecen en una mezcla de tristeza. Una vez más soy lo mismo que durante diez años, lo que los cubanos me hicieron… una muñeca con hilos de marioneta.

Me hace girar bruscamente y me quita las esposas. Me froto las muñecas con cautela, haciendo una mueca por el dolor y la avalancha de sangre.

Después de guardarse las esposas en el bolsillo, me rodea y abre la puerta cercana.

—Esta es tu habitación —dice y me empuja hacia adentro.

Murmura algo más que no puedo entender. Luego sale y cierra la puerta detrás de sí.

Me quedo allí, escuchando el giro de la puerta, que se cierra con llave desde afuera. Y luego sigo parada ahí. Me quedo mirando la puerta mucho más tiempo del necesario, a la pequeña rendija de luz que se filtra por el fondo.

Luego, suspirando, me vuelvo hacia la oscuridad interior. Debí haber sabido que mi única oportunidad de escapar terminaría así… atrapada en el peor lugar posible.

¿Chicas como yo?

No tenemos finales felices.

BASTIEN

—Esto debería estar bien —dice Lukyan mientras la camioneta gira suavemente hacia la autopista—. Una mejora en comparacón al fracaso de la otra noche.

—No fue un fracaso —argumenta Evgeniy.

Mis dientes se juntan y mi mano pica por ir a mi arma. En cualquier situación, si existen dos puntos de vista diferentes, estos puos hermanos encontrarán el modo de asumir lados opuestos.

Dejándome en el medio. En este caso, tanto en sentido literal como figurado.

Estamos atrás. Lukyan a mi izquierda y Evgeniy a mi derecha. Podría haberme sentado delante y dejar a nuestro otro hombre, Vitya, montado como una perra como estoy yo. Pero entonces los hermanos Limonov estarían arrancándose las gargantas aún peor.

Tanto en sentido literal como figurado.

—Tampoco fue un éxito —se queja Lukyan. Sus ojos azul pálido están inquietos esta noche—. No es que hayamos matado al propio José ni a nadie que valga la pena. Todo lo que encontramos fue un grupo de veteranos, nuevos reclutas verdes y…

Se calla, teniendo cuidado de no decir el resto.

…y una bailarina ardiente.

En los últimos días desde que traje a Melissa a mi casa, no ha mencionado lo que pasó.

Cómo casi le dispara.

Cómo me desafió.

Puede que a veces sea testarudo, pero sabe que no debe sacar a relucir ese tema tan delicado. Después de todo, el trato al que nuestro conductor nos está llevando en este momento es todo gracias a mí.

—Será agradable ver a tu hermano —me dice Lukyan—. La última vez que lo vi era un adolescente regordete que se saturaba en el aniversario de bodas de Mamá y Papá.

—¿No se estaba follando a una de las violinistas? —dice Evgeniy con media sonrisa.

Me encojo de hombros. —Depende, ¿estaba loca?

—Creo que terminó golpeando su violín contra la pared y tratando de golpear a un par de personas con su arco porque alguien hizo un comentario crítico sobre cómo tocaba o algo así.

—Entonces probablemente —arrastro las palabras—. Suena como su tipo.

—Pero terminó con otra persona, ¿no? —musa Lukyan—. Otro hombre Nikolaev que encontró a su mujer. Está comprometido, ¿no?

—Y ella ni siquiera está loca —confirmo—. Incluso mi madre la aprueba.

Lukyan silba en voz baja. —Todos sabemos que eso no es fácil. Tetya Vanna es una cliente difícil. Pero no temas, primo… te casaré, si eso es lo que quieres. ¿Estás interesado en lo mejor de lo mejor? Solo habla conmigo. Conozco a todas las chicas rusas agradables de esta zona… así como a las no tan agradables.

—¿No te dio gonorrea una de tus últimas novias? —pregunta Evgeniy, mirando por la ventana.

—No —gruñe Lukyan—. Pero te daré un puñetazo en tu maldito engreído…

Agarro su mano en el aire.

Su puño se debilita casi de inmediato. Enfadado, se pasa una mano por el cabello y luego frunce el ceño, como si lo decepcionara descubrir que no tiene el cabello tan largo como en su adolescencia.

—Lo siento, Bastien. Fue una acompañante quien me la dio, no es que importe —le lanza una mirada furiosa a Evgeniy, que todavía mira por la ventana.

—Solo diré esto una vez —les digo a los hermanos—. Sus peleas… son una distracción. Una innecesaria. La eliminan o podemos solucionarlo a la antigua.

Eso los calla.

Saben lo suficiente sobre la historia básica de nuestras familias para saber lo que significa “a la antigua”. Dos hombres en un ring, con nada más que sus manos desnudas. Sin parar hasta que alguien muera.

No es una solución a la que me lanzaría, pero de todos modos es bueno mencionarla casualmente. Lukyan y Evgeniy deberían saber que no deben pelearse como monos en un barril.

—Entendido —dice Lukyan.

—Entendido —dice Evgeniy, pero todavía me da la espalda y mira por la ventana. Mirando qué, quién sabe… la noche allá fuera es borrosa y corriente, con un atisbo de lluvia aún por llegar, pero más que suficientes mosquitos para compensarlo.

Es más como si estuviera mirando hacia afuera para evitar lo que está pasando aquí. O, mejor dicho, lo que está por suceder, tan pronto como lleguemos a donde nos dirigimos.

Es una estupidez, sin embargo, que esté tenso ahora. Vamos a una reunión con nuestros propios hombres, con pocas posibilidades de peligro.

¿A menos que el pequeño e inofensivo Evgeniy sepa más de lo que deja entrever…?

—Aunque gracias por la oferta —le digo a Lukyan. Lo dejo así, todavía observando la montaña de tensiones en el perfil de Evgeniy.

Se me ha pasado por la cabeza la traición desde dentro… por supuesto que sí. Hay que ser idiota para no sospechar de la familia solo porque es familia.

Si yo fuera José, estaría buscando una grieta en la Bratva. Una rata en las filas.

Y Evgeniy muestra todos los signos de romperse.

—Haz lo que quieras —dice Lukyan—. Probablemente sea lo mejor. Una mirada a tus bonitos ojos y perdería a la mitad de mis chicas habituales.

Le doy una media sonrisa distraída, todavía pensando.

Sin embargo, en contraste con la inquietud moral de Evgeniy, no se puede encontrar una rata más valiosa o útil que Lukyan. No se agrieta bajo presión. Tiene la mejor idea de lo que está pasando en Miami, pues fue la mano derecha de su padre.

En Boston, Gavriil y yo nos arrinconamos estratégicamente para tratar de descubrir a la rata en nuestras filas, mientras Patrick McNulty nos atacaba con un movimiento audaz tras otro.

No tengo intenciones de cometer el mismo error.

Primero, lidiar con lo que sé. Atacar a los cubanos tanto como pueda. Actuar primero… siempre. Lanzar a tu enemigo a la defensa, huyendo. Sembrar miedo. Dejar que los demás tropiecen con conjeturas y salten ante las sombras.

Todo lo demás se solucionará solo.

Unos minutos más tarde, llegamos.

“El Almacén” lo llaman. En realidad, es un desastre de mierda tan vacío que ni siquiera la mayoría de los exploradores urbanos se molestan en verlo. Atascado en un terreno tan apartado… justo al lado de un basurero apestoso… que incluso el propietario, sea quien sea, parece haber olvidado por completo.

Echo un vistazo a las paredes cubiertas de suciedad y sonrío.

Gavriil lo odiará.

Por lo que parece, llegó antes que nosotros. Hay un coche anodino con el frente asomando por el callejón. Estoy seguro de que está ansioso por ocuparse de los negocios y regresar a su imperio, a su reina, en Boston.

Le envío un mensaje de texto tan pronto como salimos del coche para hacerle saber que somos nosotros y no visitantes indeseados que deberían ser recibidos con una lluvia de balas. No existe tal cosa como ser demasiado cuidadoso.

—Bienvenidos, bienvenidos —brama mi hermano cuando entramos. Las puertas de metal oxidadas gritan en señal de protesta cuando las atravesamos y pisamos los suelos de cemento excavados. Abre los brazos para abarcar todo el lugar—. Gracias por su hospitalidad, por mostrarnos lo mejor que Miami tiene para ofrecer. Verdaderamente, un palacio digno de un rey.

Me río y al mismo tiempo me lleno la nariz del polvo con olor a mierda que hay aquí. —Si quieres el Ritz la próxima vez, solo dilo.

—Ya que estás, tráeme un plato con la cabeza de José Correa —bromea.

Ahora, cara a cara, me abraza. Le devuelvo el abrazo.

—Ese es el plan —digo mientras nos separamos—. ¿Cómo están los demás?

—Ya conoces a Madre —dice Gavriil con una cálida sonrisa en su rostro severo—. Sobreviviría al apocalipsis. Ya nos visitó media docena de veces en Boston. Ya llevó a Hannah a algunas compras para el bebé… aún no sabemos si es niño o niña, pero eso no le impidió comprar suficiente ropa de bebé para vestir a la mitad de la población recién nacida de la ciudad.

Sonrío. —Tus monos a juego de dinosaurio de "Papá Orgulloso" e "Hijo Orgulloso" están en el correo.

Gavriil me saca el dedo medio y se ríe. —Sí, sí. Saca todos los chistes ahora, así no tengo que escucharlos después.

—¿Y Dmitry? —pregunto.

—Ahora el viejo hombre regular de familia —dice Gavriil. Su gran sonrisa de sorpresa indica lo improbable que era eso hace apenas un año—. Planea cenas familiares y trabaja media semana para pasar más tiempo con Shannon y la pequeña Katya. Todavía me cuesta creerlo.

—Somos dos —resoplo. Dmitry nunca pareció del tipo que sienta cabeza. Tampoco Gavriil, por cierto. Soy el único que sigue por su cuenta.

—¿Qué tal tú? —él pregunta—. ¿Sigues haciéndolo solo?

—Apenas he desempacado mis maletas. ¿Se suponía que ya estaría comprometido?

—Solo ten cuidado —aconseja Gavriil con ese buen humor incansable que ha tenido desde que se comprometió con Hannah—. Te sorprenderá.

—Debería presentarte —digo suavemente, cambiando de tema mientras paso a mis primos—. O volver a presentarte, mejor dicho. ¿Recuerdas a Lukyan y Evgeniy?

Lukyan avanza para estrechar ansiosamente la mano de Gavriil. —He oído cosas maravillosas sobre tu tiempo al mando, Gavriil. Derribar a Patrick McNulty no es poca cosa.

—Tuve algo de ayuda —admite—. Bastien aquí jugó un papel importante en esto. ¿Y el bastardo irlandés amenazando a mi familia, a mi prometida? Eso me hizo firmar rápidamente su sentencia de muerte. Sin mencionar lo que le hizo a nuestro padre.

La mirada de Lukyan encuentra la suya con un destello de comprensión. —Entiendo el sentimiento.

—Lamento tu pérdida —dice Gavriil, ahora sombrío—. El tío Maksi era un gran hombre.

—Los cubanos pagarán —responde Lukyan—. José Correa, sobre todo. Gracias por tus condolencias y tu ayuda.

—Feliz de hacerlo —dice Gavriil asintiendo—. Siempre estaremos en deuda con los Limonov. El tío Maksi era un gran amigo de nuestro padre.

Gira hacia Evgeniy. —Me alegro de verte a ti también, Evgeniy.

Es extraño cómo, con un cuerpo tan enorme y corpulento, todavía se las arregla para pasar desapercibido cuando quiere.

Se dan la mano. Evgeniy murmura—: Gracias por tu apoyo.

Gavriil se encoge un poco de hombros. —A decir verdad, no necesitamos todas estas armas en este momento… así que estaremos felices de pasárselas. Los hermanos comparten juguetes, ¿no es así, Bastien?

—Algo así —murmuro—. ¿Estás seguro de que puedes arreglártelas sin ellas?

Agita una mano desdeñosa. —Apenas hay resistencia desde que derribamos a McNulty y los últimos irlandeses se escaparon. Aunque estamos atentos.

—Bien —digo—. ¿Deberíamos ponernos manos a la obra?

Gavriil se ríe y me da una palmada en el hombro. —Me alegra ver que no has perdido la concentración, *sobrat*. Solo sígueme hacia atrás. Tenemos nuestro camión estacionado allí. Mis hombres en el terreno hicieron un trabajo excelente para traerlo.

En el camino hacia allí, Gavriil hace una pausa y me dice en voz baja—: Sin faltarte el respeto, hermano, pero, si necesitas más ayuda de la que te ofrecemos, solo dilo.

Lo miro sin comprender.

Él se encoge de hombros y suspira. —Bueno, lo intenté. Madre no puede culparme.

—¿Ella te metió en esto? —exijo.

Gavriil vuelve a encogerse de hombros. —Lo hizo y no. No hace falta ser un genio para notar que las cosas son un desastre aquí abajo.

—Esa es una subestimación más grande de lo que puedas imaginar, hermano.

—Podría hablar con Dmitry —añade Gavriil—. Han pasado meses desde la última vez que el cartel le causó algún problema. Estaría encantado de…

—Eso no será necesario —interrumpo.

Gavriil hace una pausa. Yo también hago una pausa. Estamos casi en la puerta. Tenemos que darnos prisa, pero primero hay que terminar esta conversación.

—Aprecio la oferta —reformulo—. Pero no será necesario.

Nunca he sido de los que cantan una victoria antes de tenerla, pero tampoco es una situación desesperada. Más concretamente, no quiero que parezca desesperada. Mis primos y los hombres saben que las cosas ya están bastante mal. Aceptar el respaldo de mis hermanos lo dejaría grabado en piedra.

Sin mencionar que complicaría las cosas. Todavía estoy controlando mi posición y nuestras maniobras aquí en Miami. Importar nuevos soldados de Boston y Nueva York solo me daría más dolores de cabeza.

—¿Seguro?

—Las cosas podrían llegar a eso —admito—. Pero hasta entonces…

Gavriil asiente mientras avanza por la puerta. —Entiendo. Tienes que conocer al chico nuevo que acabamos de ascender, Ayton. Es un maldito asesi…

Unos pasos más afuera, se queda en silencio y frunce el ceño. Nadie vigila su camioneta.

No podría ser…

Una bala corta el silencio.

—¡Atrás! —rujo en la noche mientras me agacho. Las balas cortan justo donde había estado segundos antes.

Puto infierno. Los cubanos llegaron rápido.

Gavriil, mis primos, yo y nuestros hombres corremos hacia la puerta, intercambiando disparos con los cubanos a medida que avanzamos. Veo media docena de siluetas agazapadas en las sombras detrás de la camioneta de Gavriil. Quizá más.

Desde el interior de la puerta, veo varias camionetas familiares que llegan rugiendo. Ese es el respaldo con el que contaba.

Por supuesto, no esperaba que sucedieran cosas atrás, pero, afortunadamente, mis hombres estaban listos para cualquier cosa.

Durante los siguientes minutos, mis hombres aniquilan a los cubanos que quedan y atropellan a los que intentan huir. Gavriil, mis primos y yo proporcionamos fuego de cobertura desde nuestra ubicación.

Una vez que el último cubano cae al suelo, soltando una serie de insultos en gruñidos en español mientras muere, Lukyan se vuelve hacia mí con ojos brillantes. —¡*Esos* son los malditos hermanos Nikolaev de los que he oído hablar!

Gavriil se ríe. —No creas todo lo que escuchas.

—Estábamos bien preparados —digo—. Pero también tuvimos suerte. Después de su último ataque exitoso y nuestro fallido ataque a El Palacio, los cubanos nos subestimaron. Es poco probable que vuelvan a cometer ese error.

Lukyan parece contento, de todos modos. El hombre se alimenta de la sed de sangre. Evgeniy, por otro lado, luce peor que algunos de los cadáveres.

Luego, Gavriil y yo nos quedamos a un lado, discutiendo cosas.

—Los cubanos se están volviendo agresivos —dice Gavriil, dubitativo, mientras cuenta los cadáveres.

—Menos mal que estaba preparado —digo—. No puedo decir que me sorprenda, por la forma en que se han producido estos ataques.

—Están haciendo las cosas como las harías tú —coincide—. Golpear rápido y fuerte.

Nuestros ojos se encuentran.

—No deberían haber podido encontrarnos aquí —digo en voz baja—. A menos que nos estuvieran observando. Alguien monitoreando nuestras acciones.

—Una posibilidad —coincide Gavriil. Sus ojos oscuros se deslizan hacia mí, turbios por el acuerdo y también por algo más, algo más insidioso—. ¿Has considerado la otra?

—Por supuesto.

—Sé que la última vez corrimos detrás de nuestros propios traseros tratando de encontrar al espía —admite—. Pero nunca está de más estar en guardia.

—La mayoría de estos hombres son nuevos para mí —suspiro—. Si tengo que sospechar de alguno, tendría que sospechar de todos.

—Solo mantén los ojos abiertos. Asegúrate de que no haya ninguna Stacy merodeando por ahí —al ver mi rostro oscurecerse, sus cejas saltan de nuevo—. ¿Ah?

—No es… nada.

Él se encoge de hombros. —No estoy tratando de interferir. Este es tu territorio ahora.

—Cierto.

Él suspira. —Vale, quizá solo soy…

—Entrometido —termino por él.

Él se ríe. —Entrometido, amable. Llámalo como quieras.

—Hace poco hubo una rehén. Una chica que sacamos del club que quemamos —admito—. Pero está encerrada en mi sótano. No hay manera de que pudiera haber sabido de nuestro plan, de nada de esto.

—Una rehén, ¿eh? —dice Gavriil con una sonrisa molestamente perspicaz—. ¿Femenina? ¿Bonita?

—No importa —espeto—. Lo manejé. No es un problema.

—Sí, sí —su sonrisa se ensancha—. Perdóname si tengo mis dudas.

Lo miro fijamente. Esta conversación no avanza hacia un terreno productivo.

—Ten cuidado, hermano —bromea, moviendo las cejas de forma sugerente—. Puede que no seas tan insensible como crees. Demonios, han sucedido cosas más extrañas. Como Dmitry enamorándose de su novia forzada, yo enamorándome de mi empleada…

—Lukyan no estaba contento —digo, en lugar de morder el anzuelo—. De que la salvara. Pero tuve que hacerlo. Era nuestra manera.

Gavriil asiente, comprendiendo. —Padre estaría orgulloso. En cuanto a Lukyan, sin embargo… ¿está de mal humor últimamente?

Me encojo de hombros. —Difícil de decir. Aunque estoy atento.

—Haz eso —dice Gavriil en voz baja.

No tiene que decir qué está en juego si esto fracasa y dejamos que llegue demasiado lejos.

Eso es lo que pasa con los imperios familiares: fortalece uno y fortalecerás a todos. Derriba uno… y los demás empiezan a temblar.

Si fracaso aquí, el efecto dominó podría destruir todo por lo que los Nikolaev han luchado, todo lo que han conquistado durante décadas. Podríamos perder todo lo que apreciamos.

Nuestro imperio.

Nuestra familia.

Nuestras vidas.

MELISSA

Miro las paredes de cemento. ¿Cómo es que escapo de una existencia monótona y de mierda por otra más horrible y aún más monótona?

Por lo menos, en el club podía hablar con gente. Tenía a Kayla. Aquí, en cambio, tengo…

Hago un inventario poco impresionado de la habitación, aunque ya sé lo que encontraré.

¿Un inodoro oxidado y lavabo decrépito, en un baño sin puertas y sin terminar? Sí.

¿Un colchón desnudo, fino como una galleta, con una almohada sospechosamente manchada? Sí.

¿Una gotera en la esquina, una araña alarmantemente grande instalada demasiado cerca de la cama y ni una sola puta cosa para evitar la locura entrante? Sí, sí y sí.

Me froto los ojos y me estiro, tratando de pensar. ¿Cuántos días pasaron? ¿Tres o cuatro, más o menos? Al principio, dormí mucho, así que es difícil saberlo con seguridad. La falta de ventanas no ayuda.

No es que importe. Los cubanos no enviarían un grupo de búsqueda y rescate por mí, incluso si supieran dónde estoy encarcelada.

Una risita baja sale de mi garganta. Sí, casi puedo verlo ahora: José, su rostro juvenil con esos ojos saltones sobresalidos aún más por el pánico, diciendo: *¡Dios, no, no podemos dejar que se queden con nuestra Melissa! ¡La forma en que limpiaba los pisos al final de la noche…! ¡Cómo movía a medias esas caderas al son de la música…!*

Mi risa se convierte en un suspiro.

Sí. No pasará.

Me viene a la cabeza otra canción. Una vieja canción de cuna que Mamá solía tararearme por las noches. Empiezo a cantarla. Me hace sentir un poco mejor, incluso si tengo hambre y no hay forma de saber cuándo o si Bastien bajará con comida.

A juzgar por el ruido de mi estómago, no debería pasar mucho tiempo. Ha sido bastante regular hasta ahora.

—Mamá —suspiro a la habitación vacía mientras me hundo en la cama—, ¿qué piensas de todo esto?

—Mi pobre niña —casi la oigo suspirar. Un temblor de culpa me recorre. Después de todo este tiempo y sin fotos, apenas puedo recordar su rostro. Pero su voz… eso está arraigado en mí—. Mi pobre, pobre niña.

—¿Debería intentar escapar?

—Sabes que no puedo decirte eso —su voz es cálida y amorosa y tan triste que me hace llorar.

—Si me equivoco, quizá podría unirme a ti —murmuro en voz alta.

—No seas ridícula —me regaña—. Sabes que no querría eso.

—No —digo—. No, en realidad *no* lo sé. No sé lo que quieres porque estás muerta y ahora mismo solo estoy hablando con un producto de mi propia imaginación.

Silencio. No más Mamá.

Tanto para un momento conmovedor con el recuerdo de mi madre. Tal vez si intento…

—Hola, Kayla —digo, cambiando—. ¿Ya me echas de menos?

—Como a un niño gordo le encantan los pasteles. No es exactamente la expresión correcta, pero entiendes el punto.

—Lleva esos chistes al trabajo —me río—. La clientela te amará.

—Asco. El trabajo. Qué espectáculo de mierda. ¿Es El Palacio el peor lugar del mundo para trabajar? —pregunta la Kayla de mi mente.

—Sin lugar a dudas —digo—. Pero supongo que no tienen más remedio que darte algunos días libres ahora, ¿eh?

—Pfft —dice Kayla, con la voz llena de burla. Puedo verla en mi cabeza: cabello castaño oscuro, ojos color miel y cualquier lápiz labial o esmalte de uñas brillante que vaya a usar hoy—. ¿Quién crees que está haciendo la mayor parte de la limpieza?

—Ese suena como nuestro José —digo con tristeza—. ¿Todas las personas que has conocido o amado están muertas con una bala rusa en la frente? Lástima. Nos vemos el lunes.

Nunca ha sido alguien relajado con nadie.

Hay una historia de la que a algunos de los gilipollas más jóvenes les gusta reírse. Cómo, cuando una de sus esclavas, Yvonne… de setenta y tantos años y que usaba un bastón… tuvo que ir al hospital por neumonía, José la puso de nuevo a trabajar trapeando pisos el mismo día que la liberaron. Murió al cabo de una semana.

—De todos modos, cuídate, cariño —continúa Kayla—. ¿Oyes?

—Sí, sí —digo—. Tú también.

La conversación debería terminar ahí, pero me siento sola y aburrida, así que agrego—: Te veré de nuevo algún día… ¿vale?

Silencio.

Suspiro. Incluso la Kayla Imaginaria ha terminado conmigo.

Agarro mi bolso de cuero negro y tiro mis pertenencias cuidadosamente guardadas. Con todo lo que me queda a mi nombre esparcido sobre la cama, hago un aburrido pase de lista para confirmar su inutilidad.

Bastien no me dejó mi teléfono, claro. Solo cuatro tampones Super Tampax, un lápiz labial a medio usar de un color marrón malva que ni siquiera me gusta, siete céntimos en monedas de principios de los años 2000, unas gomas para el cabello estiradas y unas pinzas oxidadas de…

Ya va.

Pinzas de cabello. ¿No he visto en alguna película o leído en algún libro cómo un personaje usaba pinzas para abrir la cerradura?

Porque las películas de Hollywood y los libros de ficción siempre son realistas, me burlo de mí misma.

Mis dedos se cierran alrededor del metal negro descascarado. ¿Qué tengo que perder?

Hago una pausa, escuchando para ver si está Bastien. Nada.

Me dirijo al pie de las escaleras que dan a la planta baja y me detengo de nuevo. Aún nada.

Estoy bastante segura de que ni siquiera está en la casa. No es que dé pisotones. De hecho, es bastante silencioso para un hombre tan grande. Sin embargo, el zumbido de su aire acondicionado no me ayuda a saber con seguridad si está aquí o no.

Subo un par de escalones y luego hago una pausa. Unos cuantos más, luego otra pausa.

Y, aun así, no hay nada.

¿Es esta la oportunidad que esperé durante diez años?

Miro la cerradura y el agujero. Se ve que se puede forzar, pero claro, ¿qué diablos sé yo? “No mucho” es la respuesta corta. No lo suficiente como para saber si esto funcionará, si estoy firmando mi propia sentencia de muerte, si él está esperando al otro lado para ver si realmente soy lo suficientemente estúpida como para intentar escapar.

—Solo hay una manera de averiguarlo —murmuro para mis adentros.

Meto la pinza. La muevo y… nada. Ningún clic de “*¡lo tienes!*”, no hay coro de ángeles alabando mi ingenio y mis hazañas.

Exhalo, muevo el mango con más furia, y luego espero.

Bueno, si Bastien está de hecho en la casa, ser muy ruidosa y obvia probablemente lo traerá aquí.

Pero no escucho nada, así que…

Miro la pinza. No es que esperara que funcionara de inmediato, pero… vaya, no lo sé. Google realmente sería útil en este momento.

—Toma dos —murmuro para mis adentros, agarrando la pinza y volviendo al trabajo.

Al principio, cuando lo saco e intento volver a meterlo, no siento nada más que un agujero que no encaja. Pero luego, poco a poco, siento diferentes marcas en la cerradura, casi como…

Dios mío, lo estoy haciendo. *¡De verdad lo estoy haciendo!*

En ese momento, sin embargo, escucho algo que hace que mi corazón se hunda hasta el fondo de mis entrañas.

Pasos.

Viniendo hacia aquí.

Ay, mierda… saco la pinza. O al menos eso intento. Que, por supuesto, es cuando decide quedarse atascada.

¡Mierda, mierda, mierda!

La cosa no sale por mucho que tire de ella. Le doy un último desgarro desesperado… solo para que se parta en dos. Dejando la mitad de la evidencia en el lugar más obvio posible.

Que.

Me.

Jodan.

Pero no hay tiempo para lamentar mi mala suerte. Corro escaleras abajo y me dejo caer en la cama cuando la puerta se abre con un chirrido.

Bueno, ¿por lo menos no arruiné por completo la cerradura?

Es Bastien, claro. Avanza con un plato lleno de pasta, que me entrega sin decir palabra. Igual que siempre. Lo que sea que pasó entre nosotros la noche que nos conocimos, Bastien parece decidido a olvidarlo. Está firmemente apegado a su plan de dejar que me pudra aquí.

Me inquieto, tratando de no parecer tan *Sí, he estado tratando de escapar con una pinza, pero no es gran cosa.*

—Oye —digo de repente—. ¿Puedo ducharme? Han pasado días.

—No.

—¿Quizás otro día pronto, entonces?

Hace una pausa, pero no responde.

—Mira, sé que no quieres hablar conmigo, pero ¿te mataría decir unas pocas palabras? Me estoy volviendo loca aquí abajo.

Aún sin respuesta. También podría estar hablando con un Bastien Imaginario, como mi Mamá y Kayla. Pero mierda, ellas hablaron más que él… y, literalmente, no son reales.

—Aquí abajo hay un lavabo —dice con un gesto desdeñoso en su dirección.

—Por favor —le ruego—. A menos que tengas miedo de que la pequeña y aterradora yo pueda

dominarte con un cabezal de ducha. ¿O algunos niños malos de la escuela secundaria te aterrorizaron con toallas mojadas, y ahora tienes miedo de que las use como arma?

Pone los ojos en blanco y comienza a girar hacia las escaleras nuevamente.

—¡Espera! —grito—. Si me ayudas, yo podría ayudarte.

Dios, sueno como un gánster en una película de Hallmark hecha para televisión.

—¿Eso significa…? —ahora se ha dado vuelta y me mira con esos ojos oscuros y planos.

—Que los cubanos me tuvieron cautiva en su club durante diez años —le digo—. Es imposible que no haya aprendido cosas en el camino.

Su rostro y sus ojos están tan duros como antes de que hablara. —Dudo que hayan discutido planes en medio de un club, justo en frente de una bailarina.

—Nunca dije que lo hicieran —respondo—. Pero sí sé cómo viven, cómo actúan.

Bastien me estudia y luego señala mi plato. —Come.

Él se queda ahí, mirándome. Por alguna razón, eso me irrita.

Pero no puedo fingir que no me muero de hambre. Y no serviría de mucho. Así que sigo metiéndome comida en la garganta como el Monstruo de las Galletas.

Me digo a mí misma que no me importa lo que este gilipollas piense de mí o de mis hábitos alimenticios. Pero, mientras devoro estos fideos sencillos con mantequilla y él se queda ahí mirándome, hay una extraña tensión entre nosotros.

Como si la última vez, cuando Bastien me tocó y me hizo correrme sobre sus dedos como una puta barata, ni siquiera fuera el comienzo.

—¿Hay alguna razón por la que tengas que verme comer? —pregunto entre bocados.

Su mirada no flaquea. Él simplemente se encoge de hombros.

—Haz lo que quieras —digo, encogiéndome de hombros yo misma.

—Siempre lo hago.

Ahora es mi turno de poner los ojos en blanco. —Ya —le digo, mostrándole mi plato vacío una vez que termino. Creo que han pasado menos de cuarenta y cinco segundos desde que el mordisco número uno se fue por mi garganta—. Ahora, ¿puedo ducharme?

Tarda unos buenos segundos antes de responder. —Vale. Deja tu plato aquí y sígueme.

Lo hago, pero en las escaleras se detiene. Su agarre se cierra sobre mi brazo. No es un agarre violento ni doloroso. Solo uno firme. El que le darías a tu perro favorito al que le gusta portarse mal. Un agarre de propiedad.

Un extraño cosquilleo me recorre.

Luego, me suelta con un suspiro y abre la puerta en lo alto del rellano.

La atraviesa. Ver el resto de la casa a la luz del día es una experiencia que merece la pena en sí misma. Se ha cuidado mucho más esta parte que el sótano, eso seguro.

Aquí hay un estilo minimalista, pero los pocos muebles que hay tienen una especie de encanto vintage: patas de caoba intrincadamente talladas y una pintura familiar en las paredes. Reconozco algunos de ellos de…

Dios, ¿fue realmente hace diez años desde que Mamá y yo fuimos a la biblioteca local, sentadas en sus asientos de cuero arrugado, para hojear un libro de arte igualmente arrugado?

—¿Es Toulouse-Lautrec? —pregunto, mientras avanzamos hacia las escaleras de madera, mi mirada deteniéndose en un óleo colorido.

—¿Lo conoces? —suena sorprendido.

—Mis padres me enseñaron —digo en voz baja—. Les encantaba el arte. Cada fin de semana visitábamos otro museo en las noches gratis. Íbamos a la biblioteca para mirar libros de arte. Mi mamá incluso solía hacer estas hermosas pinturas… —me detengo.

¿Qué diablos estoy haciendo contándole a Bastien todo esto? Ciertamente no le importa una mierda, y tampoco me beneficia.

Es lamentable. Me muestra el más mínimo bocado de bondad y yo le cuento la historia de mi vida.

Lo que sea que piense de eso, no lo demuestra. Me empuja escaleras arriba, sin decir una palabra más ni ninguna señal de que haya sucedido algo.

Nota mental: *a él no le importa, Melissa.*

El baño es bonito. Paredes y piso de porcelanato azul, con lavabo y ducha de color blanco nacarado. Limpio, bien iluminado, un marcado contraste con la celda de la prisión de abajo.

Me quedo ahí unos segundos antes de darme cuenta de lo que pasa: Bastien cerró la puerta detrás de nosotros. Está parado adentro, como si perteneciera aquí.

—Vale —digo, mirando a Bastien con nerviosismo—, creo que puedo seguir desde aquí.

No dice nada. Solo me mira. Dios, todo ese acto misterioso y silencioso se está volviendo obsoleto.

Señalo la ducha. —No necesito que me muestres cómo funciona. Puedo manejarla yo misma.

—No estoy aquí para mostrarte cómo funciona la ducha.

Lo miro. —Entonces, ¿para qué estás aquí?

Se apoya contra el marco de la puerta. —Para asegúrame de no harás ninguna locura.

—¿Cómo qué? —pregunto, incrédula—. ¿Colgarme de la barra de la ducha? ¿Saltar por la ventana?

Miro por la ventana y veo la caída vertical de tres pisos. Incluso si pudiera deslizarme por la pequeña abertura, no hay manera de que sobreviva a la caída, y todavía no estoy lo

suficientemente desesperada como para intentarlo.

Sin embargo, a Bastien no parece importarle discutir. Solo se queda ahí y no dice nada.

Dios, él realmente se va a quedar ahí mientras yo…

Trago, mientras ese mismo estúpido temblor me recorre. Sí, tal vez su tono era todo profesional, pero después de lo que pasó entre nosotros…

Me alejo de él para controlar mi respiración. *Solo negocios*, me repito a mí misma en mi cabeza. *Eso es todo*.

Pero quitarme el sujetador de lentejuelas delante de él no es "solo negocios", no importa cuántas veces me repita ese mantra.

Incluso de espaldas a él puedo sentir sus ojos, descansando sobre mí, bebiendo de mí. Los contornos de mi columna, mis caderas.

Y luego me estoy quitando la falda y las bragas y puedo sentir su mirada ardiendo en mí, tan íntima como un toque.

Se me eriza la piel al darme cuenta de que todo lo que él tendría que hacer es decir una sola palabra para que vuelva a ser suya. Una palabra… eso es todo lo que haría falta.

Córrete…

Me apresuro a entrar en la ducha, cierro de golpe la puerta de cristal detrás de mí y abro el grifo. Exhalo agradecida cuando el agua caliente cae en cascada sobre mi hombro, lavando la sangre, el sudor, la suciedad y las lágrimas de varios días.

Dios, necesitaba esto.

Afortunadamente, el cristal está al menos parcialmente nublado, borroso justo por encima de mis tetas hasta la parte superior de mi pierna. A estas alturas, probablemente ya haya mirado hacia otro lado, se haya aburrido y…

Echo un vistazo y me congelo.

Nuestras miradas se encuentran y demuestran que mi hipótesis es errónea.

No, Bastien Nikolaev aún no se aburrió. Lejos de eso. Esa mirada, el ardiente deseo en esos ojos…

Aparto la mirada.

Si me dejo llevar por el calor entre mis piernas, que no tiene nada que ver con la ducha humeante, no se sabe lo que podría pasar.

Estar cerca de Bastien es un peligro en sí mismo. Uno que no tiene nada que ver con las armas o ni siquiera con sus puños. Más bien lo que hay detrás de su cremallera…

Agarro la botella de champú con enojo. Pero, cuando arrojo un poco en mi mano, un olor familiar me hace tambalear.

Es *guayaba*.

Y justo así, todo cambia. Por primera vez, lo veo… no estoy tan indefensa ni tan impotente como pensaba hace apenas un segundo.

Porque tengo más influencia sobre el Sr. Nikolaev de lo que él deja entrever.

—¿Te gusta cómo huelo, Bastien? —pregunto con inocencia.

Sin embargo, la confianza en el descubrimiento se desvanece pronto. Podría estar equivocada. E incluso si compró esto a propósito, ¿qué importa si compró el mismo aroma que José nos obligaba a usar en el club?

Podría ser una coincidencia, podría ser…

—Debes haber terminado —anuncia. Se levanta de la pared y camina hacia la pantalla de cristal.

Mi corazón da un salto, medio aterrorizado, medio emocionado. Casi puedo verlo ahora: él empujando la puerta y agarrándome. Inmovilizándome contra las baldosas mojadas mientras el agua cae sobre nosotros.

Cómo mi cuerpo me traicionaría antes de que mi mente pudiera siquiera empezar a pensar en cómo resistir.

Está a sólo un par de centímetros de mí. “Distancia de besar” como solía llamarlo Kayla. Solo un fino panel de vidrio nos separa.

—¿Bueno?

—¡No! —chillo.

—Si tienes suficiente tiempo para bromear, parece que debes haber terminado —continúa.

—No, lo siento… me concentraré —digo. Derramo un poco de champú y lo masajeo en mi cuero cabelludo—. Estoy… ¿ves?

—Bien —esa pequeña palabra resuena en mí, extrañamente satisfactoria. También es un sentimiento vagamente familiar. Como un débil eco de lo que me dijo en el pasillo la noche que me trajo aquí.

Esa es una buena chica. Las chicas buenas se corren cuando se les dice.

Durante el resto de la ducha, estoy atrapada en un limbo insoportable. Intento fingir que no está ahí, parado a solo unos centímetros de distancia, observando cada uno de mis movimientos.

Pero no puedo.

No puedo evitar la sensación de que ni siquiera aparta la mirada de mí, ni siquiera se atreve a parpadear. Que el único motivo de su atención es el tipo de lujuria que arruina a la gente. El tipo que me está arruinando a mí.

Y, sin embargo, al mismo tiempo, no me atrevo a echar un vistazo furtivo. Lo vería y sabría lo que significa… que ya ganó.

Entonces, en cambio, disfruto las gotas de agua caliente rodando sobre mi piel tanto como puedo, cantando un poco, frotándome con jabón y una esponja vegetal, antes de terminar con un poco de acondicionador. También es nuevo, y también tiene aroma a guayaba.

Al final, cierro la ducha.

—¿Toalla? —pregunto.

Bastien arroja una blanca por encima del cubículo. Igual que el champú y el acondicionador, es nueva. Me envuelvo en un grueso algodón egipcio y luego salgo de la ducha. Evito sus ojos, aunque todavía puedo sentirlos en mí.

—Gracias.

Él no responde. Lo que es bueno. Tal vez.

Es más fácil así.

Aunque, mientras me agarra la mano y nos lleva de regreso al sótano, no puedo evitar pensar que he hecho estriptis durante años…

Y nunca antes me sentí tan expuesta como cuando estoy cerca de Bastien Nikolaev.

BASTIEN

—*Te regalo mi cintura… Y mis labios para cuando quieras besar…*

Mis dientes suenan con el tenedor en mi boca. Otra vez esto no.

¿No fue suficiente cómo se burló de mí durante esa ducha hace unos días? Desnudándose como si lo disfrutara, agradable y lento, luego cantando y frotándose por todas partes, aún más lento, con el cabello resbaladizo y la mirada tímida, como si todo fuera parte del espectáculo…

La primera vez que me masturbé, apenas unos minutos después de haberla encerrado abajo, pensé que eso la sacaría de mi sistema.

No fue así.

Ahora, gracias a la ventilación en el suelo que da al sótano, su canto llega hasta aquí cuando menos lo espero.

Dejo que el tenedor caiga en el plato. Todavía está medio lleno, pero de repente perdí el apetito. Cuando me levanto, la silla chirría hacia atrás sobre los azulejos de la cocina.

Mejor podría terminar con esta mierda de una vez.

Subo corriendo a mi habitación, cierro la puerta detrás de mí y me tiro en la cama. Aquí estoy lo suficientemente lejos como para que su voz al menos esté fuera de mis oídos.

Pero, ¿fuera de mi mente?

De ninguna manera.

Ahora puedo ver cómo debió haber terminado ese otro momento en la ducha. Cómo estuvo tan cerca de terminar. Cuando estaba parado allí junto a la puerta de la ducha, a centímetros de distancia, separados por un simple cristal y el último fragmento de mi autocontrol…

Elevándome sobre ella de esa manera, pude ver lo que el vidrio borroso oscurecía desde el otro lado de la habitación. Esas tetas perfectas y levantadas, esas caderas generosas. *Joder*…

Libero mi polla de mi cremallera y empiezo a acariciarla.

Sí, solo un empujón para abrir esa puerta y ella habría sido mía. ¿Su beso tendría esa insolencia malcriada que me enciende? ¿Sabría a desafío?

La escena que debería haber sido sigue desarrollándose en mi cabeza. La habría presionado contra las baldosas, manteniéndola allí con ambas palmas para verla mejor.

Ella se retorcería, queriendo más. Yo me reiría en su cara.

Luego me inclinaría para devorarla. Labios torcidos, choque de lenguas. Ella agarraría mi polla, todavía cubierta por los jeans. Yo agarraría su coño, expuesto y mojado.

Ella se inclinaría hacia mí, gimiendo. Lo último de su espíritu de lucha se apagaría.

Una mirada, una separación de sus labios, eso es todo. Sería obvio. *Ella necesitaba esto.*

La alejaría para poder arrancarme la ropa. Luego la giraría y la empujaría de nuevo contra la pared, con la cara pegada a los azulejos de porcelana.

Ella ya gemiría mi nombre en ellos. “Bastien…”, no con el miedo y el respeto que suelo escuchar, sino con algo más. Una especie de familiaridad que sonroja mi piel de ira y lujuria.

Me cabrea cuando dice mi nombre como si fuéramos algo el uno para el otro.

También me pone jodidamente duro.

Presionaría mi cuerpo contra el de ella para que pueda sentir mi enorme erección contra su trasero y le gruñiría al oído—: Llámame Sr. Nikolaev.

Luego, antes de que pueda siquiera formular otra respuesta malcriada, empujaría mi polla palpitante en su humedad.

Ella gritaría, estoy seguro. Nunca antes tuvo a alguien tan grande como yo. Pero, cuando la lleno, cuando ella se adapta a mí, cuando se derrite a mi alrededor, ella lo sabría… nunca más se conformará con nadie más.

Ya estaría teniendo espasmos, con solo unas pocas caricias. Todo su cuerpo temblando, tambaleándose cerca del borde.

Así que la ayudaría a superarlo.

La levantaría, envolvería sus piernas alrededor de mi cintura con mis manos debajo de ese trasero y la follaría como se merece la pequeña descarada. La movería sobre mí y fuera de mí. Dentro y fuera, cada vez más rápido.

Ella gritaría y gemiría, arrastrando las palabras, más fuerte que nunca. Su cuerpo temblaría tan fuerte que tendría que abrazarla todavía más fuerte para que no se desmoronara.

Y cuando ella se corra, tararearía mi nombre… mi nombre *propio*… en sus labios como una oración.

Sr. Nikolaev…

Sr. Nikolaev…

Sr. Nikolaev…

Ahí es cuando yo lo perdería. Estallaría en ella con todo lo que tengo.

Y ella lo tomaría todo.

Porque eso es lo que hacen las chicas buenas.

Mientras me voy en mi fantasía, hago lo mismo en la realidad. Me corro tan fuerte que apenas puedo respirar. Luego, me quedo allí tumbado, mirando al techo.

Otra noche más de esto. Otro desperdicio inútil.

Y, efectivamente, cuando mi respiración vuelve a su control normal, mientras los latidos de mi corazón se calman… mi polla vuelve a la vida, tan fuerte y terca como siempre.

Por el amor de Dios. Lo mismo podría no haberme masturbado en absoluto.

Mi teléfono suena en la mesa de noche. Me acerco y lo agarro. Es Lukyan.

—Solo estoy comprobando —dice cuando respondo—. ¿Cómo va?

—Sin acontecimientos notables —no estoy de humor para charlar, ni hacer nada más que estar solo—. Hablaremos mañana.

—¿La prisionera te está causando algún problema? —dice, cuidándose de mantener su voz ligera.

—¿Por qué? —pregunto, manteniendo mi voz igual de ligera. Tan ligera como un dedo a segundos del gatillo—. ¿Te aburres de tus deberes normales y quieres vigilar?

—No me tientes —dice Lukyan con una sonrisa—. Vigilar a una chica tan caliente debe tener sus ventajas.

Cuida lo que dices, casi gruño, pero me muerdo la lengua.

Me sorprende la ira que me invade. Como si tuviera algún derecho real sobre la mujer encerrada en mi sótano. O como si me importara lo que le pase a ella.

—No te preocupes por mí —le digo. Saco una pistola del cajón y empiezo a cargarla y descargarla, una y otra vez. Es una especie de meditación para mí—. Nunca dejo que el placer se interponga en el camino de los negocios.

—Si tú lo dices —dice Lukyan—. ¿Realmente la mantienes encerrada ahí abajo? ¿Sin comida ni agua?

—Le proporciono comidas.

No menciono cómo merodeo por el sótano mientras ella se toma su tiempo para comer… únicamente para asegurarme de que no intente nada. Los platos y cubiertos rotos pueden convertirse en armas utilizables, si se combinan la desesperación y el sigilo.

No le cuento cómo me sorprendí deteniéndome justo encima de la ventilación del pasillo para escucharla cantar.

Esa mierda es para quien necesita saberlo. Y él sí que no lo necesita.

Lukyan silba. —Tengo que decir, primo, que has sido fiel a tu forma. Mejor que eso. Si tan solo

más de nuestros hombres fueran como tú. Cambiaría esa mierda inútil de Evgeniy en un segundo por la mitad de…

—No seas demasiado duro con él —le digo—. Él no puede evitar lo que es.

—Siempre hay una opción —argumenta Lukyan—. Yo tuve que elegir una vez. Todos lo hicimos. Papá nos dejó decidir, aunque sí nos presionó. La cuestión es que Evgeniy es débil. Siempre lo ha sido, siempre lo será. En ese entonces, era demasiado débil para defenderse por sí mismo, demasiado débil para hacer algo por sí mismo. El problema de mi hermano es que tomó su decisión… pero desde entonces intenta dar marcha atrás.

—Los tiempos de guerra no son fáciles —digo simplemente.

Estoy medio disgustado conmigo mismo. ¿Quién diablos sabe por qué estoy defendiendo a Evgeniy? Aparte del hecho de que no tiene sentido maldecir sus fallos. Usas las herramientas que te dan, ni más ni menos.

—No lo son —coincide Lukyan, solemne—. Todavía no puedo creer que se haya ido, ¿sabes? Mi padre. No creerás cuántas veces estoy a punto de llamarlo antes de recordarlo. Perder a un padre es…

Se detiene cuando de repente se le ocurre que no es el único que perdió a un padre recientemente.

—Lo siento —dice con brusquedad—. Olvídate de lo que dije.

—El tío Maksi era un gran hombre —digo—. Y será vengado. Pero no podemos apresurarnos.

—Lo sé —dice Lukyan—. Solo… no puedo sacarme de la cabeza cómo se veía cuando lo encontramos: pálido, como si de alguna manera le hubieran succionado toda la vida y la felicidad justo antes de meterle esa bala. Y ese puto puro cubano en la boca. Quiero apagar mil de esos puros en la piel de José Correa. Quiero verlo arder, sufrir y gritar.

—Tendrás esa oportunidad. A su debido tiempo.

—Lo sé. Todo esto es solo para decir que sé que mi cabeza no está bien puesta en este momento. La cagué antes, allá en El Palacio. Llevé las cosas demasiado lejos.

—Está bien —le digo—. Perdonado.

—No lo está —gruñe—. Si arruino esto, no solo perderé a mi padre: perderé todo lo que él amaba. Este imperio completo que él construyó.

—Es fácil distraerse —digo—. Es lo que esperan los cubanos. Por eso tenemos que mantenernos alerta.

—Si mi trasero vuelve a salirse de la raya, dímelo —dice Lukyan—. Lo necesito. Dios sabe que Evgeniy no lo hace.

—Lo haré. Eso es seguro.

—Bien. Y si cambias de opinión sobre esas chicas… solo házmelo saber —añade Lukyan con descaro—. Hay una chica, déjame decirte: cabello rubio blanco hasta el trasero, parece una pequeña novia inocente, pero en la cama… joder. Y están estas gemelas pelirrojas… te prometo,

no creerías esta mierda a menos que las vieras tú mismo —suspira, atrapado en su propia narrativa—. Ah, y también esta camarera, con tetas enormes y una boca como una puta aspirad…

—Estaré bien —lo interrumpo—. Guárdalas para ti.

—Como desee, capitán —responde Lukyan—. Solo que todo trabajo y nada de juego pueden hacer que un hombre…

—Sé lo que me hace.

No agrego el resto. Que es una especie de ventaja que tengo, mantenerme en el filo de la navaja. Cuanto más me dedico a mi trabajo, a esta construcción del imperio, más lejos llego.

Demasiadas personas se permiten demasiadas desviaciones. Poco a poco ceden su poder, una micro transacción a la vez. Los debilita.

Yo no.

—Es bueno que hayas llamado, Lukyan —le digo—. El ataque del jueves será bueno.

—Lo espero con ansias —dice.

Cuelgo. Luego hago una pausa y frunzo el ceño. Me lleva unos segundos saber por qué.

Luego —…*Y mis labios para cuando quieras besar*… —resuena desde la ventilación.

Me quedo ahí, cerrando y luego abriendo los puños, una y otra vez. Mi mirada se desvía hacia el cielo turbio y sin estrellas y la calle vacía.

Debería salir a correr. Aclarar mi cabeza. En cambio, hago lo que no debería hacer.

Bajo las escaleras.

Lo siguiente que sé es que estoy a un paso de la puerta y me detengo para escuchar. El problema es que el canto se detiene un momento después.

—¿Te gusta lo que escuchas, Bastien? —llama con una voz atrevida.

Joder. Esta fue una mala idea. Frunzo el ceño y me doy la vuelta.

—¿O tenías una petición? —puedo oírla subir las escaleras hacia mí—. Venga, sé que estás ahí.

—Controlándote —digo enérgicamente—. Asegurándome de que no planees algo estúpido.

—Sí, porque siempre puedes darte cuenta de que una chica está a punto de escapar cuando empieza a cantar, ¿verdad?

No verla hace que esto sea más fácil. Aunque la imagen de Melissa bailando en mi mente no me hace ningún favor.

Me giro para irme cuando ella agrega—: Admítelo: te gusta escuchar mi voz. ¿Por qué no cantas conmigo? Quizás sepa una o dos canciones rusas…

Muerdo el interior de mi mejilla hasta sentir el sabor de la sangre. —Vuelve abajo. Tengo trabajo que hacer.

Ella hace un ruido escéptico. —¿Por qué me vigilas si estás tan ocupado?

—Esta conversación terminó.

—No, ¿sabes lo que pienso? —dice. Está en la puerta ahora. Puedo ver su sombra bloqueando la delgada línea de luz en la parte inferior—. Creo que has estado pensando en mí más de lo que quisieras.

—¿Estás tratando de perder el privilegio de ducharte? —pregunto.

—¿Lo tenía? —cuando no respondo, continúa—: Vi cómo me mirabas.

Aléjate, Bastien. Vete. No muerdo el anzuelo… no digo nada.

Pero tampoco me muevo.

—Apuesto a que has estado pensando en mí. En hacerme cosas —dice.

—Se me pasó por la cabeza la idea de matarte para ahorrarme el problema —digo arrastrando las palabras.

—¡Bastien! —exclama horrorizada.

—¿Qué dijimos sobre mi nombre?

Silencio. Mis manos se relajan. Bien. Ahora puedo darme la vuelta y volver a…

—No lo dijiste en serio —dice con tranquila contundencia.

—Te aseguro que lo hice.

—Bastien —dice en voz baja—. Quiero decir, Sr. Nikolaev…

—Solo vuelve abajo.

—¿A ti qué te importa? —exige—. Estoy atrapada aquí de cualquier modo.

—Tu voz distrae —digo.

—¿Distrae de buena o mala manera? —vuelve con esa voz seductora, esa voz que sabe más de lo que debería—. Admítelo: has estado pensando en mí, porque eso es lo que quieres.

—O tal vez tú has estado pensando en mí… porque eso es lo que *tú* quieres.

—Tal vez. Pero es diferente. Tú estás de ese lado de la puerta y yo de este lado. Y, además, ¿no eres tú el tipo de hombre que *toma* lo que quiere?

No soy tan estúpido para reconocer un desafío. Un reto.

Tampoco soy tan estúpido como para aceptarlo.

Me doy la vuelta y me obligo a llegar a la puerta principal. Pero no es suficiente.

—¿Te vas tan pronto? —murmura.

—Esto es una pérdida de tiempo.

—Por suerte para ti, bebé, tengo todo el tiempo del mundo —dice con una risa amarga.

Abro la puerta principal de la casa. El aire de la noche es lo suficientemente fresco y silencioso para mí. Una carrera realmente me vendría bien. Lleva la sangre de mi cerebro y mi polla a mis piernas. Convierte el pensamiento inútil en acción.

—¡Espera! —llama a través de la puerta cerrada—. No te vayas.

—¿Por qué no?

—Porque… no quiero que lo hagas.

Su voz está ahogada por… joder, no lo sé, pero por algo. Lo mismo que me pesa en el pecho ahora mismo, tal vez. Todo lo que puedo oír es el sonido de mi respiración entrecortada.

Luego…

—Abre la puerta, Bastien. Basta de juegos.

Tiene razón. Basta de juegos. Esto termina esta noche como debió haber empezado.

Yo y ella.

Aquí mismo.

Ahora mismo.

MELISSA

La puerta se abre y lo único que puedo pensar es: *¿Qué he hecho?*

Se eleva sobre mí incluso más de lo habitual, pues está en el peldaño más alto de la escalera. Esos ojos oscuros y hermosos capturan toda la luz de la habitación.

Solía tener miedo de que me matara.

Ahora tengo miedo de todas las otras cosas que podría hacer en su lugar.

Su voz es fría e inexpresiva mientras me devora con su mirada. —¿Entonces? —retumba.

Trago fuerte, completamente sin palabras. Cuando estaba del otro lado, esto parecía una buena idea.

¿Ahora?

No tanto.

—Querías la puerta abierta, Melissa —añade—. Me querías aquí. Bueno, me tienes. ¿Qué sigue ahora en tu pequeño y audaz plan?

Di algo, maldita sea. Di lo que sea.

Pero mi lengua está seca como el desierto y, si alguna vez supe hablar inglés, parece que lo olvidé en el momento en que giró el pomo de la puerta.

Un momento tenso y crepitante pasa entre nosotros. Podría convertirse en otra cosa si lo permitiera. Si lo presionara. Todo lo que tengo que hacer es decir algo…

—Yo…

Pero las palabras mueren en mis labios.

Bastien frunce el ceño con disgusto. Lo arruiné. Se da vuelta, a punto de irse de nuevo.

Mi mente está a toda marcha, mil voces chirriando unas sobre otras. *Bastien es un hombre y, por definición, eso lo convierte en malo. Todos los hombres que conocí era monstruos de una forma u otra. ¿Qué lo hace diferente?*

La respuesta a esa pregunta es obvia.

Todo.

—¡Espera! —exploto cuando abre la puerta.

Bastien hace una pausa. —¿Para?

—Esto —y luego me muevo, mis manos se mueven, giro su rostro para poder encontrar su boca con un beso, todo antes de que mi cerebro pueda siquiera comenzar a procesar lo que pasa.

Hola.

Ayyy… joder.

Estoy en ello ahora.

Él gruñe justo en mi beso. Luego gira para presionarme contra la pared que corre a lo largo de las escaleras. Me siento pequeña y frágil en sus brazos. Podría romperme con el más mínimo esfuerzo.

Quizás eso es lo que quiero.

Su almizcle me domina. Todo lo que puedo ver, saborear u oler es *a él*. Su pecho es increíblemente fuerte, y debajo puedo sentir lo duro y masivo que es.

Algo murmura en mí. Algo olvidado hace mucho tiempo: *Ten cuidado.*

¿De qué?

¿De la forma en que me besa como si ya me conociera?

¿De la forma en que sabe lo que quiero sin necesidad de pedírselo?

O tal vez debería tener cuidado de cómo mi coño ya roza su polla endurecida, separada por solo unas pocas capas que ya parecen insustanciales.

El beso crece. Se aleja solo para hacerme jadear, para provocarme, para jugar conmigo.

No debería ceder ante esos pequeños y tontos juegos de poder. Pero ahora estoy en piloto automático. No puedo tener cuidado. ¿Cómo podría, cuando toda la sangre de mi cuerpo está concentrada en mis labios y palpita entre mis piernas? No queda nada para pensar.

Me alejo lo suficiente para susurrar—: ¿Me lastimarás, Bastien?

Su respuesta es inmediata. —Solo si lo ruegas.

Luego me hace girar y me empuja de cara contra la pared de ladrillos. No es gentil ni romántico… es jodidamente salvaje. Dos animales en celo.

Rasga el dobladillo de mi falda, desliza su mano alrededor de mi cadera y hurga debajo de mis bragas para encontrar mi coño.

—Ya estás mojada para mí, princesa —me gruñe directamente al oído. Puedo sentir su aliento en mi mejilla, caliente y fragante—. ¿Cuánto tiempo llevas soñando con esto?

Todo lo que puedo hacer es gemir contra el ladrillo.

Separa mis pliegues y desliza un dedo grueso dentro de mí. Su pulgar parpadea sobre mi clítoris, y casi me corro en ese mismo momento.

Estoy atrapada entre la espada y la pared… más o menos literalmente… y estoy a punto de correrme gimiendo como una estrella porno a los tres segundos de haber sido tocada.

Demasiado para mantenerme entera.

Pero ¿cómo podría? Siento que nací para hacerme añicos de esta manera.

Se acumula en mí, caliente, furioso y salvaje, desde mi centro, arriba y arriba, hasta que todo mi cuerpo tiembla con él y mi orgasmo me atraviesa y estoy gritando y él me sostiene y es mejor que cualquier cosa que jamás haya sentido.

Mis piernas fallan, pero Bastien no me deja caer. Presiona sus caderas contra las mías para mantenerme erguida. Su polla es dura e insistente en sus pantalones. Puedo sentirla, como una amenaza que sé que cumplirá.

El calor entre mis piernas disminuye tal vez durante un respiro antes de reavivar, y el orgasmo se desvanece. Lo que queda atrás es una necesidad cruda.

Me doy vuelta. Mis manos van a su cinturón. Su mano va hacia la parte de atrás de mi cabeza.

Pero, justo cuando estoy a punto de rasgarle los jeans, su mano se retira. Da un paso atrás y se vuelve hacia la puerta.

Casi grito de frustración como una niña malcriada. Dar un paso atrás, dar la vuelta, reducir la velocidad, detenerse… *¿ahora?* Por el amor de Dios, *¿por qué?*

Él respira con dificultad ante mí, todavía de espaldas. Sus hombros suben y bajan con cada inhalación y exhalación laboriosas. Pero cada vez menos. Hasta que vuelve a ser lo que siempre ha sido… una estatua helada de perfecto control.

Pero la pregunta sigue siendo: *¿Por qué?* Porque dejarme perder el control en este momento fue lo mejor que sentí en mi vida.

Los músculos de mi frente se tensan por la frustración. Me obligo a tomar aire.

—¿Dónde aprendiste a cantar? —pregunta en voz baja.

Casi me río a carcajadas. De todo el millón de cosas que habría imaginado que diría a continuación, esa seguro que estaba cerca del final de la lista.

—¿Por qué? ¿Quieres lecciones?

Él todavía no me mira y no responde. Supongo que se acabó el tiempo de las burlas.

Me hundo en un asiento en el escalón. —Mi madre era cantante en un club cubano —digo, más apagada.

Una sonrisa toca mis labios cuando lo recuerdo. Justo así, estoy de vuelta allí. Hileras de linternas de papel de color fuego balanceándose al ritmo de la salsa, piso de cemento decorado con tiza y la sensación de que todos lucían la misma sonrisa perezosa en ese entonces. Toda la colorida multitud cubana parecía una familia grande y ruidosa.

—Mi madre me llevaba con ella al club. No podía costearse una niñera. Supongo que yo cantaba junto con ella y una vez mi mamá se dio cuenta de que no sonaba nada mal. Cuando crecí un poco, cantábamos juntas. Había un anciano simpático, debía tener unos cien años o algo así, que traía estos claveles naranjas y los arrojaba a nuestros pies al final de nuestra última canción de la noche. Fue agradable por un tiempo.

—Por un tiempo —dice Bastien, captando las únicas tres palabras que realmente importan.

En algún momento mientras hablaba, él se giró. Ahora me mira con una oscuridad impenetrable en sus ojos.

—¿Por qué? —espeto, repentinamente irritable—. ¿Parezco alguien que tuvo una vida mimada? No todo el mundo nace en la realeza de la mafia, ¿sabes? ¿Crees que siquiera sé qué carajo es una cuna de oro?

—No —dice simplemente—. No lo creo.

Él no parpadea ni mira hacia otro lado… pero yo sí. No quiero que vea la vulnerabilidad en mis ojos. Los hombres como él solo pueden hacer una cosa cuando ven eso: explotarlo.

El silencio palpita a nuestro alrededor. —¿Qué pasa contigo? —digo, aunque solo sea para decir algo. Para llenar el silencio.

No me importaba mucho antes de conocer a Bastien Nikolaev. Quizá porque el silencio a su alrededor no es solo vacío. Es un mensaje en sí mismo. Lleno de significados ocultos.

—En cierto modo, mis hermanos y yo tuvimos una vida muy mimada —admite—. Mis padres eran cariñosos, generosos, ricos —su rostro se oscurece—. En otros aspectos… no tuvimos tanta suerte.

Luego me pega… un recuerdo, un pequeño chisme que finalmente se teje en su lugar para darle sentido. Antes de empezar a oír hablar de los peces gordos en los que se estaban convirtiendo los infames hermanos Nikolaev, oí hablar de un ataque. Uno grande.

—*Papá Nikolaev ha caído* —recuerdo que dijo uno de los clientes habituales de El Palacio. El significado era claro: Andrushka Nikolaev estaba muerto.

Siempre había sido una figura distante y sombría. Como el hombre del saco. Lejos, en Nueva York. Pero incluso aquí abajo se podía sentir su poder.

Sin embargo, escuchar que estaba muerto lo hizo sentir repentinamente humano para mí. El hombre del saco no puede morir.

Pero Andrushka Nikolaev sí pudo.

Entonces, quizá Bastien sí sepa cómo es. Cómo el dolor real puede cortarte y vaciarte.

—¿Lo extrañas?

Los ojos de Bastien casi se encuentran con los míos. Sus labios casi se abren. Casi dice algo. Quizás incluso algo honesto.

La palabra clave: casi.

Sin embargo, en cambio, me da la espalda. El significado del gesto es claro: *se acabó el tiempo de juego*. Tiene sentido, por supuesto. Eso es todo lo que soy para él. Para cada hombre de este planeta.

Un pequeño juguete estúpido.

—Está bien si lo haces, ¿sabes? Yo extraño a mis padres. Los cubanos no son precisamente conocidos por su misericordia. Cuando supieron que mi papá era un delator, lo mataron. Nos tomaron prisioneras a Mamá y a mí.

—Ah, ¿sí? —su voz es tan distante que casi me duele.

Me pongo las bragas en su lugar, tiro de mi falda hacia abajo sobre mi trasero y me levanto lentamente. —No es que sea asunto tuyo.

—Tú sacaste el tema.

—Quizá no debí haberlo hecho.

—Probablemente no. No me importa de ninguna manera.

Mis manos se aprietan a mis costados. *Este gilipollas. Esta maldita… bestia*. Un idiota común y corriente es simplemente grosero contigo desde el principio. Se necesita un tipo de gilipollas realmente especial para mostrarte lo que podría ser y arrancarlo todo justo cuando empiezas a anhelarlo.

Ni siquiera se detiene mientras se dirige hacia la puerta.

—¡Bien! ¡Vete! ¡Hasta nunca! —lo sigo mientras abre la puerta—. Esta es la última vez que hacemos esto.

—Ya lo veremos, princesa.

Luego cruza la puerta, la cierra y la bloquea detrás de él.

Y me deja sola, sin nada más que las lágrimas más furiosas que jamás se hayan llorado.

—Mamá —murmuro tristemente hacia la escalera vacía—, ¿qué hago?

—Ay, mi bebé, mi pobre, pobre bebé… —dice en mi cabeza.

Dios, soy débil. Tan estúpida y débil. Hablando con mi mamá imaginaria… sí, hola, toca fondo. Qué gusto verte de nuevo.

—Lo siento —le digo—. Sé que es patético. Loco. Soy su prisionera, por el amor de Dios.

—Está bien, mi bebita —dice con esa voz lírica suya, suave como la mantequilla de guayaba—. Ya, ya.

—Ni siquiera eres real.

—Oye, no te desquites conmigo —me regaña.

—Soy como una adolescente bipolar. Cuestionándome cada dos segundos. Pensé que estaba más

allá de eso. Pensé que había aprendido la lección. Que el amor no vale la pena.

Mamá Imaginaria suspira. —No me dejes oírte decir eso otra vez. Cualesquiera que sean los errores que cometió tu papá, fueron solo suyos. Y yo también hice mi parte justa. No vayas a buscar cosas que no tienes por qué saber.

—Si él hubiera simplemente…

—Todos hacemos cosas de las que no estamos orgullosos —interrumpe.

Y entonces, de repente, su voz cambia.

Se vuelve la mía… solo estridente, odiosa y acusadora—: *¿No es así, Melissa?*

Y, con la misma rapidez, me veo empujada a un recuerdo. Me sorprende como un golpe que no vi venir.

Estoy de vuelta, de vuelta allí: el horror frío en mis manos, el hedor húmedo y asfixiante de la basura, la ventana mugrienta y su luz lenta brillando a todo volumen en mis ojos. El calor que se asienta sobre mi cuerpo sudoroso, como una segunda capa de ropa. Y los sollozos, agudos y salvajes, como un animal destrozado que suplica muerte en su propio lenguaje quebrado…

No.

Me levanto, tambaleándome y agarrándome a la barandilla. No. Aquí no. Ahora no.

No volveré allí. No puedo.

—Kayla… —susurro, desesperada por tener una amiga.

—No tú otra vez —dice la Kayla Imaginaria—. Contrólate, chica.

Intento enderezar los hombros y ponerme de pie.

—Ahí está —dice con aprobación—. Eso es mejor. Esta situación está jodida, te lo concedo. Pero vaya, qué han sido nuestras vidas en los últimos diez años si no jodidas, ¿verdad?

—Sí —lo admito—. Solo…

—*Mantén la cabeza gacha y sigue buscando*… ese era nuestro lema, ¿recuerdas? Porque, si nunca dejamos de esperar y nunca dejamos de buscar…

—Entonces no perderemos la oportunidad de escapar cuando llegue —termino por ella.

—Esa es mi chica —canta—. Ahora, mueve tu trasero. Sea lo que sea que sea Bastien Nikolaev y lo que sientas o no sientas por él, no tiene sentido quedarte aquí obsesionada con ello.

Suspiro. Tiene razón. Mientras me muevo para bajar las escaleras, la luz del techo brilla en algo en el suelo. La miro fijamente por un minuto, segura de no poder ver lo que estoy viendo.

Es del color de una llave, del tamaño de una llave, y es… mierda, lo es.

Una llave de latón.

Lanzo una mirada sospechosa y de reojo a la puerta. Esto no puede estar pasando. Bastien

Nikolaev está en la cima de su juego. Él me supera en todo momento. Ni siquiera me confía los putos cubiertos, a menos que los use bajo su supervisión.

No puede ser, joder, que “por casualidad” se le cayó “accidentalmente” la llave de la puerta del sótano.

La recojo lentamente, todavía esperando que la puerta se abra y muestre a un Bastien irónicamente victorioso o fríamente enojado.

Hago una pausa. Escucho.

…

Nada.

Doy un paso hacia la puerta, luego otro. Dios, ¿realmente intentaré esto?

Por otra parte, ¿qué tengo que perder en este momento? Ah, sí… privilegios de ducha. Qué horroroso. Casi me reiría ahora mismo si no estuviera tan asustada.

Ahora justo frente a la puerta, espero. No sé para qué, porque no pasa nada y nada cambia. Nada más que la creciente certeza de que tengo que intentarlo.

Mantén la cabeza gacha y sigue buscando…

Solo que creo que lo encontré.

Y ahora que lo he hecho, es el momento. Momento de intentarlo. Momento de correr.

Con la respiración contenida, el corazón acelerado y los dedos temblorosos, deslizo la llave en el agujero. Calza perfecto. La giro y escucho el clic de la libertad.

La abro y luego me quedo allí por un momento salvaje, mirando el rectángulo oscuro donde una vez estuvo la puerta.

No puede ser… ¿verdad?

Doy un paso hacia afuera, solo para estar segura. Todo lo que tengo que hacer es correr hacia la puerta principal y salir al mundo. Seguramente eso es todo lo que haría falta, ¿verdad?

Pero el golpe de un pequeño pensamiento resuena en mi cabeza, una y otra vez.

Es una trampa.

Es una trampa.

Es una trampa.

Al final, es el miedo el que gana. Cierro la puerta con cuidado. Luego, vuelvo a meter la llave en el ojo de la cerradura y me encierro de nuevo.

La aprieto con fuerza en mi mano mientras bajo las escaleras, respirando con dificultad como si sostuviera una bomba. En cierto modo lo es.

Una voz en mi cabeza grita: *¡Ve ahora, corre, escapa! ¡Es esta! ¡Esta es tu oportunidad!* Pero

no puedo arriesgarme. No hasta estar segura de que está fuera de casa y tendré tiempo de llegar muy, muy lejos de aquí.

Además, ahora estoy demasiado cansada para pensar correctamente. Para decidir aún.

Solo tienes una oportunidad de escapar. Si la arruinas, no tendrás otra.

Necesito esperar a que pase esto. Tengo que asegurarme de que Bastien no esté en la casa ni cerca de ella.

Me acomodo en la cama con el fantasma de una sonrisa. El momento llegará muy pronto. Y luego, finalmente, seré libre.

Una vocecita asustada dentro de mí susurra: *¿Qué pasa después de eso?*

Obligo a mi sonrisa a ampliarse y decirle a esa vocecita…

No he llegado tan lejos aún. Pero algo me dice que, sea lo que sea la libertad, será asombrosa.

BASTIEN

Entro en el camino de entrada y dejo escapar un suspiro de cansancio. Son solo las siete de la mañana y, sin embargo, siento que este día nunca terminará.

En el asiento del pasajero junto a mí hay una bolsa de lona, llena con mi ropa manchada de sangre. No mi sangre… sangre cubana.

No nos vieron venir. O, mejor dicho, lo hicieron, pero solo porque se lo permitimos. Esa fue la brillantez de la trampa que tendimos en la fábrica de chapa abandonada donde algunos de los principales lugartenientes de José estaban escondidos con armas, drogas y niñas.

Lukyan condujo a un equipo por las puertas principales. Actuaron con suficiente sigilo como para que los cubanos creyeran que la amenaza era real, pero todo era una artimaña.

Porque, mientras el caos asolaba el frente, mi propio equipo entró por las ventanas de los pisos superiores. En suficiente silencio como para que ni siquiera las ratas notaran que nos arrastrábamos entre las vigas.

Cuando los cubanos salieron disparando, Lukyan y sus hombres se agacharon para cubrirse.

Y mis hombres desataron el infierno.

Hicimos llover balas durante cuarenta y cinco minutos, hasta que ya ningún cubano tenía pulso. La sangre se mezcló con el polvo del suelo de la fábrica y su hedor llenó el aire.

Nunca nada huele más dulce.

Suspiro de nuevo y salgo del coche. Estoy a medio camino de la puerta de entrada cuando escucho la última voz que quiero escuchar en este momento.

—¡Hola vecino!

Con una mueca, me giro para ver a Randy en su césped de publicidad al lado. Está a cuatro patas arrancando malezas, con un sombrero grande y ridículo para el sol, como si fuera de safari. A su lado, su perro se revuelve boca arriba sobre la hierba.

—¿Día largo? —bromea cuando ve la expresión en mi cara.

Una pequeña sonrisa aparece en mi rostro mientras considero cómo reaccionaría Randy si tuviera la más mínima idea de lo que hice en mi “largo día”.

—Podría decirse.

—Odio ser portador de malas noticias —dice alegremente—, pero está a punto de alargarse.

Mis ojos se entrecierran en rendijas cautelosas. ¿Qué tipo de malas noticias podría tener este cabrón rosado?

—¿Qué tipo de malas noticias?

—Bueno, pensé que tendrías un perro nuevo o algo así. ¿Lo tienes?

—No. ¿Por qué?

—Solo escuche golpes y choques antes —se encoge de hombros—. Pensé que podría ser un nuevo cachorro que se está adaptando. Pueden ser revoltosos cuando son jóvenes.

—No —digo, con la mente ya acelerada y la adrenalina disparándose una vez más. Podrían ser muchas cosas… Melissa escapando, los cubanos dándome una visita. Joder—. Deben ser los contratistas. Renovaciones. Es hora de arreglar el viejo sótano. Disculpa.

Me alejo. Dice algo detrás de mí, pero lo ignoro. No tengo tiempo para esa mierda. No ahora.

Una vez dentro, dejo la bolsa de lona en silencio en el vestíbulo y saco mi arma. Arrastrándome con pasos silenciosos, me muevo de una habitación a otra con el arma preparada y el dedo en el gatillo. Como fui entrenado.

Pero no hay nada fuera de lugar.

Sala de estar, cocina, baño, estudio… todos vacíos. Subo las escaleras y reviso los otros pisos. Allí tampoco hay nada.

Solo queda un lugar para investigar.

Me deslizo hacia el sótano, escuchando atentamente, con la mente acelerada. ¿Huyó? ¿Está muerta?

No estoy seguro de qué opción es peor.

Me detengo junto a la puerta, giro la cabeza para acercar la oreja y escucho. Nada.

Luego, con una mano, la abro y miro hacia adentro. Está oscuro en el hueco de la escalera. Más abajo está igual de oscuro.

Oigo algo. Lo suficientemente alto como para que sea audible, pero lo suficientemente silencioso como para no tener ni idea de qué es.

Bajo flotando las escaleras y doblo la esquina. Una pequeña luz se refleja en un fragmento de espejo roto que yace en el suelo del baño. Veo mechones de relleno de almohadas esparcidos por todas partes. Incluso la tapa del inodoro cuelga torcida.

No había mucho para destruir aquí, pero quien hizo esto fue minucioso en romper lo que podía.

Mi primer pensamiento son los cubanos. Pero mi segundo pensamiento, inmediato, dice que no.

Es ella.

En lo profundo de la oscuridad, apenas puedo distinguirla: una bola acurrucada y gimiente. Enfundo mi arma y me enderezo. *¿Qué carajo pasó?*

Enciendo la luz y busco alrededor de la habitación. Pero, efectivamente, no hay nadie aquí. Nadie más podría haber hecho esto.

Me acerco. Melissa es un grupo de miembros torcidos, con los ojos cerrados. Tiene el cabello revuelto y la camiseta arrugada. Sus ágiles brazos la rodean en un rígido semi abrazo, sosteniéndose como si fuera todo lo que le queda.

No hay nada visiblemente malo en ella. Sin sangre, sin moretones. Puedo ver el suave movimiento de su respiración.

Pero, *Dios*… Parece casi irreconocible. Rota. Vulnerable.

A la mierda. No quiero creerlo. ¿Esta mula terca realmente rompiéndose? No puede ser. Debe ser que ella solo quiere atención y por eso hizo un berrinche para conseguirla.

Los últimos días después de nuestro encuentro en la escalera, he sido frío con ella. No hay razón para cambiar eso ahora.

Y aun así…

Me siento a su lado. Cuando pongo mi mano sobre su hombro, se estremece. Su cabeza se sacude para mirarme. Sus ojos se abren, confundidos.

Entonces es cuando me doy cuenta de que ha estado dormida todo este tiempo.

Sus ojos verdes brillan por las lágrimas, me miran tristes.

—¿Qué pasó? —pregunto.

Sus labios tiemblan silenciosamente alrededor de las sílabas. No puede pronunciar las palabras. Sea lo que sea, la está afectando gravemente.

Entonces, simplemente reacciono. La atraigo hacia mi regazo y la abrazo, dándole algo fuerte e inflexible a lo que pueda aferrarse. Le aparto el cabello de la cara una y otra vez.

—Todo va a estar bien —murmuro—. Va a estar bien.

Sus sollozos se calman gradualmente, hasta convertirse en lloriqueos. Los latidos de su corazón dejan de acelerarse.

Y luego, finalmente, silencio.

Ella se libera parcialmente de mi regazo, intentando parecer valiente. —Estoy bien.

Me mira, tratando de ver si le creo.

No. El fantasma de dolor en su rostro dice que no se encuentra nada bien.

—¿A qué se debió todo eso? —digo con voz áspera.

Ella se separa de mí, encogiéndose de hombros. —Una vez me pasó algo terrible.

Un largo silencio indica que eso es todo lo que dirá al respecto. Bueno, eso es una jodida rareza. Por lo general, esta chica tiene todo que decir. Sobre todo.

—¿Y? —presiono.

Frunce el ceño, evitando cuidadosamente mis ojos. —Y a veces tengo terrores nocturnos por eso, ¿vale? No te molestes en fingir que te importa.

—¿Quién dice que sí? ¿Quién dice que no?

—Soy tu prisionera —declara—. Nada más.

—Para —espeto.

—¿Que pare qué? —responde bruscamente.

Le hago un gesto. —Esto. Lo que sea que es.

—*Lo que sea que es* —se burla—. Paremos lo que sea que *esto* sea. Lo que sea que seamos, lo que hayamos estado haciendo. Lo que me has estado haciendo.

—Tú fuiste quien dijo que solo fingía que me importaba —digo tranquilamente.

—Sí, ¿y…?

El tirante de su sujetador brillante cuelga de un hombro. La piel desnuda que sé que es tan suave como parece me atrae.

—Y creo que quieres que me importe —digo en voz baja.

El silencio es como la hoja de un cuchillo en el momento en que se corta la piel, antes de que llegue la sangre.

Y luego se vuelve hacia mí, con los ojos llameantes. —¿Y por qué diablos querría eso, eh? He sido maltratada por mafiosos toda mi vida. ¡Eres solo uno más!

La agarro del hombro. —No. No lo soy.

Se libera, ahora corren lágrimas por sus mejillas. Tengo que apretar los puños para evitar que mis manos los muevan para limpiarlos.

—Sí, lo eres —sisea—. No eres diferente. Todos ustedes. Se creen todos justos y morales y haciendo la misma mierda de todos modos. Matar, herir, tomar lo que quieren una y otra vez… —se detiene con un pequeño escalofrío.

—Estás equivocada —le digo suavemente—. Nunca he lastimado a una mujer. Nunca.

—Patrañas.

—Mírame a los ojos y dime que soy un mentiroso.

—¿O qué, tipo duro? —ella exige—. ¿Me pegarás? —su desagradable sonrisa se retuerce, sus ojos brillan con un fuego diabólico… casi luce como si quisiera que lo haga.

—Nunca —digo—. Nunca seré como ellos.

—Son todos iguales —dice de nuevo—. Piensan que están en lo correcto y hacen todas las cosas incorrectas.

No me giro para mirarla. Escuché la irónica certeza en su voz. No hay necesidad de verla en su cara.

—¿Qué tal salvarte la vida? —pregunto—. ¿Eso fue una “cosa incorrecta”?

No responde.

—O quizá lo que está mal es mantenerte aquí, ¿eh? Quizás debí haber dejado que uno de mis lugartenientes se encargara de ti.

Ella murmura algo que no puedo oír.

Acecho a su alrededor. —Es un error que se puede rectificar fácilmente, créeme.

—¡Hazlo, entonces! —grita enojada—. ¿Quieres librarte de mí? ¡Entonces deshazte de mí!

Se abraza y, llorando más fuerte ahora, con el rostro extrañamente quieto y orgulloso, se sienta de nuevo en el suelo del colchón.

Cuando la miro, encuentro que todas las respuestas de enojo que tengo desaparecen. Ella se ve tan… como si necesitara…

No vayas ahí, Bastien.

—Solo me mantienes aquí porque estás aburrido y quieres una distracción de todos modos —continúa.

—Si estuviera aburrido y quisiera una distracción —gruño—, no serías tú a quien elegiría.

—No sé sobre eso.

—No sabes nada.

Ella se ríe amargamente. —Por supuesto que no. Solo soy una pequeña esclava estúpida. No sirvo para nada más que para seguir órdenes. Es todo lo que he sido.

Aprieto los dientes. —No espero que entiendas la vida que llevo ni las decisiones que tomo.

Melissa pone los ojos en blanco. —Por supuesto que no.

—La gente sabe en lo que nace. Lo que les enseñan.

—Y a ti te enseñan a matar, que el crimen está bien, ¿no es así? ¿Nunca tuviste otra opción que hacer lo que haces? Tan triste. Además, tan lleno de mierda.

—Puedes decirlo así —digo—. Pero el mundo no es tan blanco y negro como les enseñan a los niñitos. Hombres malos pueden hacer cosas buenas. Hombres buenos hacen cosas malas.

Melissa resopla. —Dijeron todos los criminales de todos los tiempos.

Me encojo de hombros. —No puedo hablar por ellos. Pero puedo hablar por mí mismo. Y sé que no estaría haciendo esto si solo quisiéramos lastimar a la gente. También ayudamos.

Ella no dice nada por un tiempo. Yo tampoco.

Cualquiera que fuera el sentido que pensé que tenía hablar de las cosas con ella, no cumple su propósito. En todo caso, solo la enfureció más.

Es hora de irse.

Me dirijo a las escaleras. El cansancio se sienta pesadamente sobre mis hombros. Pensé que estaba cansado después del asalto a la fábrica, pero este es un nivel de cansancio completamente nuevo.

—¿Por qué te importa convencerme? —grita de pronto cuando estoy al pie de las escaleras.

—No lo sé —hago una pausa de nuevo—. Solo… joder, solo sube las escaleras.

Ella me mira con recelo. —¿Y si digo que no?

—Entonces te quedarás sin cenar. Tu elección.

Ella me mira fijamente y se sienta allí sin decir una palabra. Me encojo de hombros y empiezo a subir las escaleras.

—¡Espera! —dice—. Iré.

En lo alto de las escaleras, mantengo la puerta abierta. Ella viene sigilosamente por la esquina y sube las escaleras. Mantiene sus ojos sobre mí todo el tiempo, como un ratón que observa a un gato doméstico y se pregunta cuándo va a saltar.

Pero no lo hago. Me quedo perfectamente quieto mientras ella pasa del sótano a la sala de estar.

—No intentes nada —le digo—. Esta es tu única advertencia.

Ella pone los ojos en blanco. —¿Tienes miedo de que te gane?

Me encojo de hombros y me dirijo a la cocina. —Nunca subestimes a tu oponente.

Melissa resopla. —Ah, ¿así que eso es lo que soy para ti?

No respondo… sobre todo porque no sé cómo. ¿Qué es Melissa para mí?

Es un camino que no quiero ni siquiera empezar a recorrer.

MELISSA

¿Me atrevo?

Paro de cortar las zanahorias mientras el pensamiento pasa por mi cabeza. El mango de plástico negro del cuchillo que tengo en la mano está resbaladizo por el sudor nervioso.

Pero, casi tan pronto como lo pienso, pongo los ojos en blanco.

¿Me atrevo? ¿Si me atrevo a qué? ¿A enfrentarme a un hombre que me dobla en tamaño y en fuerza con unos utensilios?

No, a menos que tenga deseos de morir.

Entierro el sueño. Pero, cuando me giro para mirar a Bastien apoyado contra la pared de la cocina, observándome, puedo ver que ya sabe lo que estaba pensando.

—Buena elección —dice.

Fuerzo mi cara a adoptar una expresión confusa e inocente. —¿Ah?

Señala el cuchillo en mi mano. —Si intentaras algo, te interceptaría antes de que tuvieras la oportunidad de alzarlo.

—¿De verdad crees que soy tan lenta?

Sonríe de esa manera que realmente me empieza a gustar: confiada y atrevida. Como un gran "jódete" para el mundo. —Inténtalo.

Sus ojos oscuros y centelleantes añaden: *Te desafío.*

Así que lo hago.

Levanto el brazo, doy un paso adelante y…

BOOM… al segundo siguiente, su mano está cerrada alrededor de mi muñeca y se gira lo suficiente como para que el cuchillo se me caiga de las manos. Su otro brazo se engancha alrededor de mi espalda y me presiona contra él.

Al segundo siguiente, nuestros labios chocan. Su pecho está tenso contra el mío, su beso es suave pero firme. Me besa como si ya fuera suya. Una demanda. Una promesa.

Sabe como el merlot que está bebiendo, el mismo que me sirvió en un vaso y que apenas toqué. Por extraño que parezca, besar me hace sentir más borracha que el vino.

O quizá solo estoy borracha de él. Su almizcle oscuro. Su oscuro, arremolinado, ahumado…

Espera.

Ese no es un olor ahumado. Eso es *humo*.

—¡Joder! —exclamo. Nos separamos para ver el aceite salteado que arde en la sartén, sobre el fuego.

Me apresuro a agarrarlo y empujo la sartén en llamas debajo del grifo, abriendo el agua. Mientras el agua apaga el fuego y silba como un gato callejero, no puedo evitar empezar a reír.

—Te culpo, ¿sabes? —digo—. Por distraerme.

Detrás de mí, puedo oír a Bastien reírse mientras vuelve a cortar el pollo. —No es mi culpa que te distraigas tan fácilmente.

—Y no es mi culpa que tú seas tan… —me detengo, sin estar segura de cómo quiero terminar esa frase. O si siquiera sé cómo hacerlo.

—¿Divertido? ¿Encantador? ¿Diabólicamente guapo?

—Arrogante. Eso es lo que iba a decir.

—El hecho de que eso te distraiga dice más sobre ti que sobre mí.

Pongo los ojos en blanco, pero me río de nuevo. Volviendo a la tabla de cortar, sigo cortando las zanahorias. —Apuesto a que nunca soñaste preparar la cena con tu prisionera.

Bastien resopla. —Nunca soñé que estaría preparando la cena con ninguna mujer.

—Ah, ¿sí? ¿Qué me hace tan especial?

Era más que nada una broma, pero, cuando miro, veo un ceño serio en su rostro.

—¿Bien?

Él simplemente se encoge de hombros, y luego sigue cortando el pollo.

—¿Eso es todo? —presiono—. Venga. Deme un poquito más, Sr. Fuerte y Silencioso.

—Me sentí atraído por ti cuando te vi por primera vez en ese club —admite.

Me río. —Para eso están los trajes diminutos.

—No fue eso —*chop-chop-chop*. Su cuchillo en el tablero es rápido y eficaz.

—Entonces, ¿qué fue?

Chop-chop-chop. Otro encogimiento de hombros.

—Bastien —me quejo.

Suspira y deja el cuchillo. —Tenías espíritu.

—¿*Espíritu*? —repito dubitativamente.

—Eso es lo que dije —él no me mira, aunque yo sí que lo estoy mirando—. Lucha. Valentía.

Una sensación de aleteo estalla en mi pecho. —Ay, ¿te estás ablandando conmigo, Bastien Nikolaev?

Él frunce el ceño. —No cuentes con ello.

—Solo estaba bromeando —digo en voz baja, comenzando a cortar de nuevo.

Esta vez, se gira y me dedica una mirada que me hace arder los ovarios. —Ten cuidado con lo que bromeas, princesa.

Terminamos de cortar las verduras y el pollo en una especie de silencio tenso. Agrego la mezcla desordenada de especias que Mamá siempre insinuaba y nunca confirmaba rotundamente y trato de fingir que estoy bien con el silencio.

Cuando Bastien va al baño, me apoyo en la encimera de mármol gris y blanco para inspeccionar la habitación.

Es una bonita cocina. Enorme, de verdad. Aproximadamente del tamaño de mi antiguo apartamento, más o menos. Lo que dice más sobre lo pequeño de mi apartamento que sobre lo grande de este lugar, pero aun así.

En cuanto al resto del lugar, está escasamente amueblado. No hay fotografías, ni señales de que sea otra cosa que una casa modelo.

Lágrimas inesperadas brotan de mis ojos. Parpadeo rápidamente para deshacerme de ellas. Me lleva unos segundos darme cuenta de por qué.

Es el olor. La rica mezcla de verduras salteadas y pollo con hierbas me recuerda a ella, sin importar la frecuencia con la que la prepare. Mi mamá.

—¿Holgazaneando en el trabajo? —bromea Bastien cuando vuelve a entrar. Su mirada, sin embargo, es seria, intensa. Como si intentara resolver un rompecabezas.

Me llega con una bofetada fría: Bastien se acaba de ir unos buenos cinco minutos y yo pasé todo el maldito tiempo *admirando su cocina* en lugar de hacer lo obvio: tratar de escapar.

¿Lo peor de todo? Ni siquiera se me pasó por la cabeza.

—La cena está prácticamente lista. Solo unos minutos más y todo estará cocido —señalo la olla humeante—. Y, además, pensé que tú podrías poner los cubiertos.

Las cejas oscuras de Bastien se alzan. —¿No se supone que tú eres la prisionera?

—¿No se supone que deberías mantenerme bajo llave?

—No me tientes.

—Haz lo peor. Siempre y cuando me dejes las manos libres para poder comer mi salteado.

—¿Y perderme la oportunidad de sentarme en mi comedor prácticamente intacto? Puede esperar —Bastien entrelaza su brazo con el mío y me lleva al comedor para gesticular grandiosamente unas sillas y una mesa de madera de caoba exquisitamente tallada.

—Muy impresionante, señor.

—El dormitorio es todavía mejor.

Mis mejillas se ponen rojas de inmediato. Estoy pensando qué diablos decir a *eso* cuando escucho un *BIP-BIP-BIP* desde la cocina.

—Ese es el cronómetro —digo, liberándome apresuradamente para acercarme y apagar la hornilla—. Creo que un incendio por día es suficiente.

—Debiste haber aprovechado el primero cuando tuviste la oportunidad.

—¿Ah? —pregunto, arrugando la nariz.

—Si lo hubieras dejado, es posible que hubieras escapado —señala Bastien.

—No me tientes —le digo, devolviéndole sus propias palabras—. De todos modos, si intento escapar, será cuando menos lo esperes.

Su ceja se arquea. —¿Es eso así?

—A lo grande. Nunca lo verás venir.

—Creo que te sorprendería lo que veo venir, princesa —la sonrisa de Bastien desaparece. Sus ojos son de repente tan duros e indiferentes como el carbón—. Pero era en serio lo que dije. Si te pillo escapándote una vez, se acabaron estos favores.

Arrugo la frente. —Lo dices como si estos "favores" fueran solo para mí. Por favor… como si le hicieras un favor a algún prisionero que no te importara un carajo.

—No presumas que sabes lo que me importa y lo que no me importa un carajo, Melissa.

Tiemblo como siempre que dice mi nombre de esa manera. Mezclado con amenaza.

Bastien se acerca a la mesa y se sienta. Apoya sus poderosas manos en la superficie. —Estoy listo cuando tú lo estes.

—Bueno, la comida no lo está —me quejo, aunque sí lo está—. Tendrás que esperar.

Me giro y me ocupo de revolver un poco más la comida en la sartén, aunque solo sea porque necesito recomponerme antes de sentarme con él.

Estoy parada en la cocina de este hombre y bromeando con él como si fuéramos una pareja doméstica normal en un mundo doméstico normal. Pero nada de esto es normal. Soy una prisionera y él es mi captor.

Y hay una llave escondida debajo de mi colchón, que terminaría con todo esto tan fácilmente.

Así que, ¿por qué no la usé? Más concretamente, ¿por qué ni siquiera *pensé* en usarla?

Me estremezco y sirvo la comida terminada en los tazones que esperan. No puedo pensar en esto

ahora mismo. Es demasiado grande, demasiado doloroso y demasiado confuso.

El aroma golpea mis sentidos cuando llevo nuestra comida a la mesa y me siento.

—Esto está bueno —admite Bastien después de algunos bocados—. Jodidamente bueno.

—Mi mamá era una buena cocinera —digo en voz baja—. Realmente era buena en cualquier cosa que se proponía. La mayoría de las cualidades de las que estoy orgullosa provienen de ella.

—Como tu voz.

—Sí —digo con una risa suave—. Fue muy amable de su parte compartir eso conmigo.

—¿Alguna vez pensaste en hacerlo profesionalmente?

—¿Te refieres a cuando esté libre de la mafia de turno? —respondo—. Sí, en realidad. Pensé que podría ser divertido, si alguna vez tengo la oportunidad.

—Hm.

Continúo—: Mi amiga Kayla y yo siempre tuvimos este sueño. En realidad, era más mío… ella solo quería estar cerca de mí. Tendríamos este club llamado El Arcoíris. Tendría una mezcla ecléctica de géneros y música. Todos serían bienvenidos. Jóvenes y mayores, de todas las razas, de todos los géneros. Quizá no los niños, obviamente, pero básicamente todos los demás. Tendríamos noches emo, noches de swing, noches de rap, noches rave. La gente solo vendría y se divertiría. Serían ellos mismos… —me detengo. Mi mirada cae hacia mi plato casi intacto—. Sin embargo, es solo una fantasía tonta.

Cojo mi tenedor y apuñalo con un tenedor zanahorias, frijoles y pollo, cuando Bastien dice—: No.

No me meto el bocado en la boca. —No tienes que seguirme la corriente.

—No lo hago.

—Entonces por qué… —me detengo cuando su mano encuentra la mía y la aprieta.

—Yo iría.

Me muerdo el labio. Quiero decir algo real, algo genuino, como: *¿Lo dices en serio? ¿Qué más estás pensando?*

Pero lo reprimo. —¿Siquiera sales? —bromeo en cambio.

Su sonrisa desaparece. —No si puedo evitarlo.

—¿Por qué no? ¿Tienes miedo de divertirte demasiado?

—Algo así.

Suspiro y recojo el tenedor. —¿*Qué* haces entonces para divertirte? ¿Decapitar traidores?

—No, prefiero quemarlos lentamente hasta morir.

—Sabes —digo—. Ese chiste casi no tiene gracia cuando de verdad eres un asesino de la mafia.

Bastien se encoge de hombros. —Hago lo que tengo que hacer.

—Sí, sí —digo—. Pero, ¿qué pasa con lo que *quieres* hacer?

Sus cejas oscuras se juntan.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Dije una mala palabra?

Bastien se limita a suspirar. —Habrá tiempo suficiente para lo que quiero cuando mi imperio esté asegurado.

Pongo cara de duda. —¿Me estás diciendo que, antes de esta guerra con los cubanos y de cualquier otra guerra en la que estaban involucrados ustedes los Bratva, sabías cómo divertirte?

—Si preguntas si iba de fiesta —dice Bastien—, la respuesta es no. Mi hermano Gavriil, en cambio, vive para los clubes. Al menos, lo hacía.

—¿Ya no?

—Casado y emocionado por ello —dice con una mueca.

—A algunas personas les gusta eso, ¿sabes?

—A mí no —dice—. Encuentro otras cosas divertidas.

—¿Cómo qué? No me pareces un artista.

—Te equivocas —inclina la cabeza—. Arte, conciertos. Campo de tiro.

Hago una mueca ante el último. —Debí haberlo adivinado. ¿Te gusta imaginar que los objetivos son tus enemigos?

—No tienes que seguir repitiendo lo que dices —frunce el ceño Bastien—. No te gusta lo que hago. Lo entiendo. Por suerte para ambos, no depende de ti.

—¿Por suerte para mí? —pongo los ojos en blanco—. ¿En qué mundo yo tengo suerte?

Bastien se inclina sobre la mesa para que estemos cerca. —Tú conoces a José Correa mejor que yo, así que tú dime: ¿cómo crees que sería una ciudad dirigida por él? ¿Agradable y saludable? ¿Segura para todos los niños y niñas?

Sus penetrantes ojos oscuros ya saben la respuesta. Miro hacia otro lado.

—No —digo en voz baja.

—Hablando de eso —dice Bastien, con voz fría ahora—. Antes me decías lo mucho que sabes de los cubanos, lo útil que podías ser. Pero hasta ahora lo único que he oído es lo terrible que es ser un hombre de la Bratva. ¿Qué tal si empiezas a cumplir lo prometido?

Mi mano aprieta mi tenedor mientras lo miro. —No preguntaste.

—Estoy preguntando ahora.

Jugueteo con el tenedor, resistiendo la tentación de meterme la mitad del salteado en la boca de una vez. Comer por estrés no es una buena idea.

—No hay mucho más que saber de lo que probablemente ya hayas oído. José es un fanático del control. Un adicto a los detalles. No prueba ninguna de las drogas y echa a los chicos que lo hacen. Es despiadado. No confía en nadie.

—Eso podría describir a casi cualquier persona —dice Bastien—. Dime más. ¿Chicas? ¿Amigos? ¿Confidentes?

—Todos murieron en "accidentes" —cuento en voz baja—. Aparentemente, otras personas simplemente se interponían en el camino. Puede que haya algo de verdad en eso, pues, después de que murieran, José solo se hacía más fuerte. O podría ser simplemente el miedo. Todo el mundo le tiene miedo.

Él asiente. —Así que nada de chicas.

—Ninguna que José mantenga por mucho tiempo. Las ve como una carga —lo miro, intentando entender la expresión en su rostro. Comprendo—. Crees que lo hace inteligente, ¿no?

—Muchos grandes hombres llegaron a la ruina gracias a las distracciones.

Intento mantener mi voz ligera, pero no puedo evitar el tono tenso. —¿Eso es todo lo que son las "mujeres" para ti? ¿Una distracción?

Bastien vuelve a coger el tenedor y atraviesa varios trozos de pollo a la vez. —Otra vez esto no.

—Sí, *otra vez esto* —puedo sentirlo crecer en mi vientre como una tormenta que no puedo detener. La ira. La frustración. ¿Por qué siquiera me importa y por qué no puedo detenerlo?—. ¿Realmente nunca puedes hablar de cosas personales?

—No cuando todas parecen volver a ti y a mí —dice.

—¿Y qué hay de malo en eso?

Sigue masticando y no responde.

—Olvídalo —espeto—. Sé cuál es mi situación. No es necesario que me la recuerdes.

Prisionera.

A su merced.

Indefensa.

Y, sin embargo, si no necesito que me lo recuerden, ¿por qué diablos sigo mencionándolo?

Nos sentamos allí, comiendo en silencio. La forma de masticar de Bastien es despiadada, práctica. Como si estuviera tratando de aniquilar incluso su comida.

El silencio dura hasta que suena el teléfono de Bastien. Él lo mira y se levanta.

—Tengo que contestar esto —me mira pensativamente—. Podría tomar un tiempo.

—¿Puedo empezar con el postre? —ofrezco.

—No —saca algo de su bolsillo. Su teléfono sigue sonando, pero lo pone en silencio. Luego, me muestra lo que tiene en la mano.

Esposas.

Mi estómago se desploma.

—¿Pelearás conmigo por esto? —pregunta.

—No —susurro.

Él asiente. —Bien.

Inclinándose, ata una esposa alrededor de la pata de la mesa increíblemente pesada… no podré levantarla para deslizarla… y cierra la otra alrededor de mi tobillo.

Luego se endereza y me mira. Hay medio segundo en el que creo que está a punto de decir o hacer algo…

Pero luego se da vuelta y se dirige al pasillo.

—¡Me alegro mucho de que confíes en mí! —llamo.

No dice nada mientras desaparece de la vista.

Suspiro, mirando alrededor de la habitación. Es cromo por todas partes. Un lavavajillas cromado, una nevera cromada, un horno cromado y un montón de electrodomésticos cromados a juego: tostadora, licuadora, microondas, cafetera. Incluso hay un teléfono cromado en el mostrador a mi izquierda.

Me congelo y mi mirada se fija en esa dirección.

Un teléfono cromado en el mostrador a mi izquierda.

Está ahí. Jodidamente justo *ahí* y, si solo estiro un poco mi brazo libre lo más que puedo, quizá pueda agarrarlo.

—*Si te pillo escapándote una vez, se acabaron estos favores* —la voz ronca de Bastien hace eco en mi cabeza.

Pero eso no es lo que me detiene, lo comprendo y frunzo el ceño. Eso no es lo que me hace pasar los dedos por encima del teléfono como si fuera un idiota que no sabe cómo usarlo.

Es la expresión de decepción que habría en su rostro cuando se entere.

—Eres su prisionera, Melissa —me siseo a mí misma—. Eso es todo lo que eres para él. Eso es todo lo que serás para él.

Y aun así, dudo. Bastien no es estúpido. Dejar caer la llave fue solo una casualidad. Un error. ¿Cuáles son las posibilidades de que sea lo suficientemente descuidado como para dos?

Lo que significa que, si esto no es otro error, entonces es otra cosa.

Una prueba.

Suspiro. La verdad es que solo hay una llamada que quiero… necesito hacer… y ningún riesgo me detendrá.

Cojo el teléfono.

BASTIEN

En el estudio, empiezo a caminar, mirando el teléfono en mi escritorio.

Pronto, pero todavía no. Primero tengo que hacer otra llamada.

—Hola —dice Dmitry, levantando el teléfono.

—Hola. ¿Llamaste?

—¿Estas ocupado?

—En medio de algo, pero puede esperar.

—Madre quería que llamara —admite Dmitry—. Dice que la has estado evitando.

—Ella tiene que dejarme hacer mi trabajo.

—Tú la conoces. Simplemente está preocupada —dice—. Tienes suerte de que no esté en la misma ciudad que tú.

—No le des ideas —espeto—. Ha estado tratando de invitarse sola aquí desde el principio.

—Eso suena como algo que ella haría.

—Si sabes algo sobre la situación —digo con brusquedad—, entonces sabes que este es el último lugar donde debería estar.

—De acuerdo —dice Dmitry—. No queremos que se repita nuestra última cena familiar.

—Gavriil todavía no lo ha superado.

—Aunque los negocios en Boston están en auge —dice Dmitry, con una nota de respeto en su voz—. Tengo que decir que me impresionó cómo le dio la vuelta al final. Con tu ayuda, claro.

—Supongo que estás llamando para hablar de aquí, no de allá.

Normalmente hablaría de trivialidades, pero ahora no es el momento. Mi mirada se desvía hacia el teléfono de la oficina en mi escritorio de caoba. Puedo sentir mi pecho apretarse con anticipación.

—Estamos muy susceptibles hoy, ¿verdad?

—Solo comienzas con trivialidades cuando estás a punto de avanzar con algún consejo no solicitado.

—Es el único tipo que puedo darte, hermano —se ríe—. No recuerdo que alguna vez hayas pedido consejo.

—Lo busco cuando es necesario —digo simplemente—. Demasiados dependen de que otros piensen por ellos. Es un hábito peligroso de adquirir.

—Suenas como Padre. Pero vale, vale, dejaremos de hablar de trivialidades. Al grano: he oído que tienes una prisionera.

Pongo los ojos en blanco. —Por el amor de Dios, tú también no.

Dmitry se ríe. —Sabes que Gavriil no puede guardar un secreto.

—No es un secreto.

—¿Ah?

—No —digo, con los dientes apretados—. Es un inconveniente, eso es todo. Uno que no dejaré que se interponga en lo que tengo que hacer. En lo que tengo que concentrarme.

—No lo dudé ni por un segundo, hermano —dice Dmitry—. Es solo…

—Entonces, ¿de qué se trata esta llamada?

—Solo de asegurarme de que no te concentras en construir un imperio excluyendo todo lo demás.

—Tú y Gavriil tienen sus propias maneras de hacer las cosas —le digo—. La mía es centrarme en lo que quiero hasta conseguirlo. Cualquier otra cosa es solo una distracción.

—¿Qué significa eso para la chica?

—¿Qué importa? Es una prisionera.

Él suspira y se queda en silencio por unos momentos. —Nina no fue tu culpa, Bastien.

Mis dientes se aprietan más fuerte. —Sabes que no hablo de ella.

—Como quieras —dice simplemente Dmitry—. Pero sabes la postura de Padre al respecto.

—Por muy lindo que haya sido esto, hermano, tengo que irme —le digo—. Ahora no hay tiempo para distracciones. Puedes decírselo a Madre si te pregunta por qué no puede visitar.

—Vale —dice Dmitry—. Mantente a salvo, Bastien. Y, si necesitas ayuda, o consejo, o cualquier cosa, de verdad…

—Te lo haré saber —digo.

Colgamos. La irritación crece en mi estómago, pero la aparto. Es hora de lo que sigue.

Ver la reacción de Melissa cuando salí de la cocina me dio una idea: si la dejo con el teléfono, sola, ¿lo usaría?

Miro mi reloj. Tuvo tiempo suficiente para decidir. Si lo hace, será ahora.

Cojo el teléfono fijo y escucho.

¿Lo hará o no? ¿Puedo confiar en ella o no?

Sería muy fácil para ella llamar a los cubanos y decirles dónde está. No la tenía con los ojos vendados cuando la traje aquí. Incluso podría saber la dirección exacta.

Pero, incluso si no los llama, eso no significa que mantenerla aquí sea otra cosa que una mala idea. La forma en que ella llega a mí…

Mis manos agarran el teléfono con fuerza. Y luego lo escucho.

El clic. La respiración.

Ha descolgado el teléfono. Está al otro lado de la línea, pensándolo ahora mismo. Debe haber pensado en ello durante un buen rato si esperó hasta ahora para finalmente hacer su movimiento.

El tono de marcar suena en el tenso silencio. *Brrr. Brrr.*

Luego el clic de una respuesta.

—Hola, ¿quién es? —pregunta una voz femenina desconocida.

—¿Kayla? —suspira Melissa.

—Dios… ¿Mel? ¿Eres tú? —la voz… de Kayla… suena sorprendida y llena de alegría.

—Sí, soy yo, Kay —Melissa se ríe entrecortadamente—. No tengo mucho tiempo, pero sí, soy yo. Dios, me senté aquí durante minutos tratando de reunir coraje, sosteniendo el teléfono como una idiota… pero estoy balbuceando. Sí, soy yo.

—¡Así que *sí* estás viva! —exclama Kayla—. Dios, estoy tan aliviada. Pensé… estaba preocupada de que ellos… Ya no importa. ¿Dónde estás? ¿Qué pasa? ¡Déjame ir a buscarte!

Melissa hace una pausa. Aprieto el teléfono con fuerza en mi mano, esperando su respuesta.

Sí, por el amor de Dios, por favor, ven a buscarme.

En cambio…

—¿Cómo estás? —finalmente pregunta.

—¿Está escuchando? —exige Kayla—. ¿Ese puto gilipollas ruso te obliga a hacer esto, a enviarnos un mensaje?

—No, nada de eso —dice Melissa, casi riendo—. Solo quería saber: ¿estás bien? El club…

—Está reducido a lo que debería haber sido hace años —finaliza Kayla con firmeza—. Un montón de escombros humeantes. Pero no te preocupes, me encontraron un nuevo club de mala muerte en el que trabajar. Contrataron a un montón de tontas para que sustituirlas a ti y a Antonia, pero los hombres las odian.

Me río entre dientes. —Apuesto a que sí.

—Te extraño —se queja Kayla—. El piso se siente tan vacío sin ti cantando y cocinando.

—Nos volveremos a ver, Kay. Lo prometo.

—¿Segura? —dice Kayla.

—Mil por ciento —dice Melissa—. Quizá sea estúpido, pero es un sentimiento del que no puedo deshacerme. O, mierda, tal vez sean solo desesperación y esperanza que hablan, quién sabe. Simplemente no puedo imaginarme no volver a verte nunca más.

—Yo tampoco —dice Kayla—. Odio esto. Realmente se siente extraño sin que me despiertes, gritándome que llegaré tarde al trabajo si no muevo el trasero —ella se ríe, aunque rápidamente disminuye—. Pero, ¿dónde estás? José todavía está muy enojado por lo que pasó. Si me dijeras dónde estás, podrían tener tipos allí de forma rápida e inesperada. Los rusos nunca lo verían venir…

—No lo hagas —dice Melissa, que ahora suena cansada—. Solo… no lo hagas.

Kayla suspira. —Solo quiero que regreses a casa sana y salva, chica. Donde perteneces.

—No pertenecíamos allí —responde Melissa—. No con ellos.

—No —dice Kayla en voz baja—. Tal vez no. Pero al menos nos teníamos la una a la otra.

—Sí. Eso es algo.

Una pelea de fondo se oye del lado del teléfono de Kayla.

—¿Dónde estás, de todos modos? —pregunta Melissa.

—Estoy en ese nuevo club del que hablaba, El Paradiso… muy original, ¿verdad? —dice Kayla con un bufido—. Sirven estos camarones al coco que en realidad están bastante buenos, pero no creerás lo que hacen algunos de los hombres con los palitos que traen. ¿Y esa loción de guayaba? José la reemplazó con algo aún peor… una mierda con falso olor a plátano. En serio, algunas noches siento que voy a vomitar. Y los clientes habituales aquí son peores, completos pervertidos manoseadores. Duplicamos nuestra seguridad para poder manejarlos. Supongo que los echaban de El Palacio cuando estaba lleno y se arrastraron hasta aquí. De todos modos, me pillaste en un buen momento. Estoy en mi descanso, pero solo me quedan unos cinco minutos. José sigue siendo tan imbécil controlando el tiempo. Nos hace entrar y salir como si fuéramos malditas empleadas de un mercado. Joder, a dos de las chicas las ha abofeteado varias veces por llegar tarde. Ay, espera… ¡No! No…

Más ruido. Voces más calladas, que no puedo escuchar desde el fondo.

—Melissa, me alegra mucho saber de ti —dice una voz grave con acento español—. Pero por lo que Kayla me está diciendo… parece que ya has olvidado todo lo que hicimos por ti.

Una exhalación brusca… la de Melissa.

Luego, la llamada termina abruptamente.

Me quedo ahí unos segundos para procesarlo y luego cuelgo el teléfono lentamente.

¿Eso fue… revelador? Al menos, algo parecido. Melissa dice que se siente más segura aquí que

con los cubanos. ¿Salvo que ella supiera que yo estaba escuchando y modificara sus respuestas en consecuencia? Si ese es el caso, ¿por qué molestarse en llamar?

Me levanto con el ceño fruncido. Basta de pensamientos inútiles. Es hora de volver a la cocina. Ver qué pasa. Ver de lo que es capaz.

Si Melissa finge que no usó el teléfono, no se puede confiar en ella. Si lo admite… bueno, igual no se puede.

Salgo del estudio. Parece que no hay ninguna manera de confiar.

Y aun así…

Mientras me dirijo a la cocina, dejo ese pensamiento a un lado. Mejor no pensar en eso.

—¿Me extrañaste? —bromea Melissa cuando le quito las esposas y nuestros brazos se rozan.

—No —digo mientras me siento en la mesa frente a ella.

—Mentiroso.

—Solo comamos —digo.

Solo comemos. Yo por lo menos lo hago. Melissa sigue mirándome todo el tiempo, mordiéndose el labio y apenas tocando la comida.

—¿Buena llamada? —pregunta finalmente.

—Suficientemente bien —digo—. ¿Buena espera?

—Suficientemente buena —aparta la vista. Hacia sus pies, el suelo, la comida en su plato.

—Pareces nerviosa —observo neutralmente, dejando el tenedor.

—*Estoy* nerviosa —la mirada que cruza su rostro es casi de alivio por haber sido pillada.

—¿Por qué?

—Porque llamé a mi amiga —espeta.

Nuestras miradas se encuentran. La suya aún no ha decidido qué es. La mía tampoco.

—¿Por qué? —pregunto en un tono uniforme.

—Creo que porque la extrañaba —dice Melissa, con voz desafiante, aunque sus ojos permanecen fijos en su plato—. Porque ella era la única que se preocupaba por mí en casa. Porque yo solo… quería escuchar una voz amigable.

Inclino la cabeza. —Comprensible. ¿Qué le dijiste?

—Nada, en realidad. Solo quería asegurarme de que ella estuviera bien. Y hacerle saber que yo también estaba bien.

No digo nada. Estoy buscando grietas en su armadura, pistas en su comportamiento. Pasé toda mi vida estudiando a la gente y aprendiendo a leerla.

En ella, sin embargo, no veo nada más que la verdad.

Uno de sus ojos verdes está medio entrecerrado, pensando mientras me estudia. —No pareces sorprendido.

Me encojo de hombros. —No lo estoy.

—¿Por qué?

—Escuché la llamada en la otra habitación.

—¿Qué? —exclama—. ¡Mentiste!

—Y tú desobedeciste mis órdenes.

Su mirada se levanta y enfrenta a la mía, pero luego baja sin otra palabra de protesta.

—¿Eso es todo? —pregunto—. No es propio de ti no tener nada gracioso para decir.

Ella me mira. —¿Perderé ahora los privilegios de ducharme y cenar?

—Quizá. No lo he decidido. Pero primero quiero saber algo —me inclino hacia delante y apoyo los codos sobre la mesa—. ¿Por qué no se lo dijiste?

—¿Decirle qué?

—Dónde estás, dónde encontrarte. Él podría haberte rescatado.

—Rescatarme —ella se ríe, y finalmente me mira con sorna—. ¿Quieres decir liberarme para que pueda ser su esclava? Vaya, qué tentador.

—¿Y por qué no le pediste a tu amiga que llame a la policía por ti? —presiono—. Entonces, podrías haber sido verdaderamente libre.

Esta risa es más triste, igual que el movimiento de cabeza, que hace que su coleta color arena se balancee. —No en esta ciudad, no. Como te dije, José es un maniático del control. Él nunca me dejaría ir. Y tú y tus hombres… —me mira con una dura mirada esmeralda—. Algo me dice que no tomarías bien mi escape. No, gente como Kayla y yo, no manejamos los hilos. Lo mejor que podemos hacer es estar de acuerdo con aquellos que lo hacen, siempre que podamos. A menos que se presente la oportunidad perfecta.

—Bonito discurso —murmuro—. Lástima que no creo ni una palabra.

Su mirada se desliza hacia mí con repentina ira. —¿Por qué?

—Porque no creo que *tú* creas ni una palabra.

Reflexiona sobre eso por un minuto. Se muerde el labio inferior con una uña larga. —Quizá yo misma no lo sé, ¿vale? —susurra—. Tal vez solo estoy asustada. O soy estúpida. O tal vez sé muy bien de lo que son capaces los cubanos.

—Dime.

—No —espeta, ahora de pie—. Ya tuve suficiente. Fallé tu pequeña prueba, ¿vale? Ahora, quítame lo que quieras, sea lo que sea. Quítame el privilegio de ducharme, envíame de vuelta al

sótano… solo déjame en paz y deja de jugar con mi cabeza.

Me levanto para mirarla con el ceño fruncido. Una parte de mí quiere tomarla del brazo, doblarla sobre mi rodilla y…

No. Meto las manos en los bolsillos antes de que cometan un error.

—Necesito saber con qué estoy lidiando —le digo en voz baja.

—¿Con qué estás lidiando *tú*? —sisea—. Aquí tienes una palabra: monstruos. Putos cabrones que nos arrastraron a Mamá y a mí al sucio sótano de su club y luego…

Antes de que pueda terminar su historia, se oye un ruido.

Vidrio rompiéndose.

"Cómo" y "dónde" no importan… lo único que importa es moverse. Agarro a Melissa y la llevo al baño de abajo.

La empujo adentro, gruño—: No te muevas —y cierro la puerta de golpe antes de que pueda procesar lo que está sucediendo. Luego saco mi arma de mi funda y salgo corriendo.

Arriba no se ve nada. Lo único que puedo ver por la ventana es la bandada de flamencos de plástico que mi vecino plantó en su jardín delantero. El otro camino muestra solo la colina que bordea el barrio. Ni coches ni peatones.

Me doy vuelta y bajo las escaleras. Estoy en la mitad del pasillo cuando lo oigo… golpes a la puerta.

¿Quién está aquí y qué carajo quieren?

No importa. Sea quien sea, es su funeral.

Levanto mi arma y apunto a la puerta principal. Vaciaré el clip si es necesario. Desordenado, pero no es como si me fuera a quedar aquí después. No después de esta puta violación de seguridad.

Estoy a tres pasos de la puerta. Dos. Uno.

Y luego, antes de poder alcanzarlo, el pomo de la puerta gira.

No la cerré con llave.

Estoy tan aturdido por mi error idiota de novato (¿quién carajo deja abierta la puerta de una casa segura?) que solo puedo quedarme quieto, boquiabierto, mientras la puerta se abre hacia adentro.

Hasta que no hay tiempo para esconderse, no hay tiempo para cubrirse.

Solo hay tiempo para hacer una cosa: levantar mi arma y matar a quienquiera que esté a punto de poner un pie en mi casa.

MELISSA

Me apoyo en el lavabo de porcelana y cuento mis respiraciones como siempre que creo que se avecina un ataque de pánico.

Y, sin embargo, nunca llega. Mi respiración no está agitada. Mi corazón ni siquiera late rápido.

¿Por qué no tengo más miedo? Al menos debería agacharme para cubrirme, tratar de esconderme en la ducha, o algo así.

La respuesta es obvia: confío en Bastien.

Es un asesino, peligroso y… eminentemente capaz. Quienquiera que aparezca aquí, se llevará una sorpresa desagradable.

Mi paz momentánea tiembla cuando las pisadas de Bastien golpean el suelo encima de mí, cambiando de dirección. Intento seguir respirando y prepararme para el ruido. Para los disparos que de alguna manera aún no comienzan.

¿Qué haré cuando suceda? ¿Realmente dejaré que Bastien se ocupe solo de los cubanos? Puede que sea capaz, pero ninguna capacidad puede ayudarte si te superan en número diez a uno.

Esa es la cuestión con José: no pelea limpio. Si envió hombres aquí, no serían solo uno o dos… serían tantos asesinos como pueda meter en una camioneta a toda velocidad. Toda una caravana. Un ejército de bastardos viciosos.

Arriba puedo oír gritos. Hago una pausa, distinguiendo las palabras.

¿Ese es…?

Es.

Randy, el vecino de Bastien.

Parece que grita. —¡Dios, Bastien! ¡Por favor! ¡Dios mío, por favor! ¡No dispares!

Ay, mierda. Salgo corriendo del baño, subo las escaleras y me dirijo a la puerta principal, deteniéndome ante lo que veo.

Bastien tiene su musculoso antebrazo sobre el fornido pecho de Randy, y el arma se hunde profundamente en su flanco. Hay un salvajismo en sus ojos oscuros que es casi animal.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —Bastien le ruge a Randy.

—¡Lo siento…! —gime Randy.

—¡A la mierda tu disculpa! —Bastien grita de nuevo—. ¿Quién te envió?

La cara de Randy se pone morada mientras jadea—: Yo… no puedo respirar…

Bastien deja de presionar un poco, aunque su grito es tan furioso como siempre. —¿Quién carajo te envió?

—Solo quería coger mi pelota de golf, ¿vale? —Randy jadea, su papada tiembla por el esfuerzo de toser—. ¡Lo siento! ¡No debí haber abierto la puerta! ¡No sé lo que estaba pensando!

—No, no debiste, joder —gruñe Bastien.

Pelota de golf…

Me doy vuelta y corro hacia la cocina y, efectivamente, allí está. Una pelota de golf, plácidamente colocada sobre los azulejos debajo de la mesa de la cocina. No la debimos haber visto. Supusimos lo peor cuando escuchamos el impacto a través de la ventana.

La recojo y me apresuro a regresar a la puerta principal. Si no hago algo ahora, este idiota inocente terminará con suficientes agujeros como para pasar por queso suizo. Vi la expresión del rostro de Bastien. No está jugando y no es capaz de ver al intruso… por muy inofensivo que sea… como algo más que una amenaza.

Entonces, o intervengo o Randy muere.

Llego al vestíbulo y apoyo las puntas de mis dedos en el antebrazo de Bastien. —Bastien, suéltalo.

Bastien gruñe, con el rostro todavía contraído por la ira.

—Por favor —agrego en voz baja.

No reacciona. Dios, tiene que haber algo que pueda hacer o decir para que lo suelte, para que se mueva.

—Es por servir en el extranjero —le explico a Randy con voz rápida y tensa—. Trastorno de estrés postraumático. Bastien escucha un ruido fuerte y él simplemente… estalla. Lo siento mucho. Estamos probando la terapia y ayuda, pero…

Mi corazón late con tanta fuerza contra mi pecho que lo siento como algo extraño. Como si incluso él supiera que esta situación no tiene salida.

Le doy otro apretón al brazo de Bastien. Es todo músculo tenso. —Bastien, por favor.

Un vistazo a su perfil y es obvio que es una causa perdida. Su rostro todavía está retorcido por la misma rabia inaudible.

Me pongo de puntillas para que mis labios estén en su oreja. —Por favor, Bastien. Por mí.

Es estúpido y ridículo… Bastien ya dejó dolorosamente claro lo que somos y lo que no somos.

Lo que nunca seremos. *"¿Por mí?"* Más bien podría decir "por el lindo perro pastor de Randy" por lo que me servirá.

Y, sin embargo, en esos pocos segundos pasa mucho tiempo. Suficientes como para preguntarme si Bastien realmente está considerando mis palabras.

Su rostro se suaviza de su expresión brutal e inhumana. Su agarre se afloja. Y luego, finalmente… *no puede ser*… lo suelta.

No me doy cuenta de lo poco que esperaba eso hasta que prácticamente jadeo de alivio, junto con Randy, que jadea en un sentido más literal. Sinceramente, me sorprende que no se haya orinado encima.

—Sí, realmente lo sentimos muchísimo —sigo parloteando, más que nada para que Randy no diga nada que pueda empeorar las cosas—. Algunas de las cosas que Bastien vio allá… Dios, ni siquiera puedo contarte. Es notable que incluso esté con nosotros hoy. Un verdadero héroe de guerra. Pero el trastorno de estrés postraumático… lo siento muchísimo.

Le lanzo una mirada de advertencia a Bastien. —Sí. Randy, yo… —se aclara la garganta y endereza los hombros—. Te debo una disculpa. Reaccioné exageradamente.

Eufemismo del siglo, pero podría funcionar… ¿quizás?

Observo el rostro de Randy con nerviosismo. Todavía parece tan concentrado en el problema de la respiración que ni siquiera ha empezado a considerar cómo se siente al respecto.

—Está… bien —dice finalmente Randy, con una risa forzada que podría ser solo una tos—. No debí haber entrado así a tu casa, puerta abierta o no. La gente puede ser quisquillosa con ese tipo de cosas. Mi vieja tía Jemma, por ejemplo, ni siquiera se habría molestado en taclearme. Noventa y siete años, más que medio sorda, pero cautelosa como un gato de la pradera. Habría cogido ese viejo rifle Winchester que tenía junto a la puerta y ¡bum!… no más Randy.

Su risa suena más real, aunque parcialmente histérica. No es que lo culpe. Si mi vecino casi me asesinara, yo también estaría bastante conmocionada por eso.

—¿Necesitas ayuda para ir a casa? —le pregunto—. Realmente lo sentimos mucho.

—No, no —Randy se endereza y se seca la frente sudorosa—. Soy yo quien lo siente.

—Déjanos compensarte —continúo, con una sonrisa desesperada—. ¿Te apetecen un poco de café y galletas dentro de un rato? Bastien tiene las mejores galletas de avena con pasas, ya lo verás. Solo danos unos diez minutos para arreglarnos y preparar una taza de café. Tu esposa también es bienvenida, por supuesto.

Los segundos pasan. Con suerte, Randy está tratando de decidir si acepta mi oferta y no qué mentira creíble puede decirnos antes de apresurarse a regresar a casa para llamar a la policía.

—Sí, ¿sabes qué? —dice Randy finalmente, comenzando a sonreír—. Haremos eso. Y también traeré el té chai de chocolate favorito de mi esposa. Ya verás… no hay nada igual. Nos vemos en diez.

Tan pronto como se va y Bastien cierra la puerta tras él, se acerca a mí. —¿Qué carajo fue eso?

Lo miro fijamente durante unos buenos segundos antes de entender que realmente habla en serio. El hombre realmente está enojado conmigo.

—Ah, ¿te refieres a limpiar tu desorden? —siseo—. Realmente, un simple "gracias" sería suficiente. ¡El Sr. Paranoico pensó que una pelota de golf perdida era una incursión cubana y casi le dispara a un hombre inocente!

—No estoy paranoico.

—Llámalo como quieras.

Me doy cuenta de que todavía lo estoy tocando al mismo tiempo que él. Él mira mis dedos descansando contra su codo, hace una mueca y me quita de encima.

Supongo que la respuesta es: vuelta al sótano para la prisionera.

Pero luego suspira y su frente se relaja. —Por el amor de Dios.

—Simplemente estás estresado —digo en voz baja—. Es entendible.

—No sabes lo que estoy.

—Nunca dije que sí. Pero sí sé que no es normal que alguien reaccione así, sea mafioso o no. Así que discúlpame por darte el beneficio de la duda.

—Disculpada —arrastra las palabras. Está oscilando entre cáustico y amable, como si no pudiera decidir a quién culpar por esta debacle. Me mira e inclina la cabeza hacia un lado, como si intentara descifrar algo—. ¿Por qué no huiste?

—¿Ah?

—Podrías haber aprovechado la oportunidad para escapar, cuando estaba ocupado con Randy.

—¿Debí haber esquivado al enloquecido jefe ruso de la Bratva con una pistola en la mano y el dedo en el gatillo?

—Pudiste haber salido por detrás.

—¿Por qué? ¿Estás deseando que lo hubiera hecho? ¿Ahorrarte el problema?

Bastien exhala. —¿Por qué todo entre nosotros tiene que terminar en una pelea?

—Tal vez porque la mitad del tiempo que estoy contigo siento que me están interrogando —sugiero ácidamente.

Bastien no dice nada al respecto. Aunque su boca se mueve de una manera que podría ser un pariente lejano de una sonrisa.

—¿Qué decías antes de la pelota de golf? —dice—. Sobre lo que los cubanos…

Ding-dong, suena el timbre. *Ding-dong, ding-dong.*

Nuestros ojos se encuentran. Supongo que no debería sorprendernos que Randy y su esposa estuvieran tan ansiosos que llegaron en menos de cinco minutos en lugar de diez.

—Te lo diré más tarde —le digo—. Iré a limpiar el piso.

Bastien asiente y se dirige a la puerta. Segundos después, oigo que se abre, seguido de voces felices.

Después de barrer rápidamente los vidrios rotos, me dirijo a la puerta para ver a Randy, acompañado por una esbelta mujer rubia con una sonrisa radiante.

—Lo primero es lo primero —dice ella, riendo—. Randy me contó lo que pasó y me reí a carcajadas. No creerás cuántas veces lo recriminé por practicar en nuestro patio trasero. Y cada vez, era la misma canción: *Tendré cuidado, cariño, no tienes nada de qué preocuparte, bla, bla, bla*… Bueno, de todos modos, ambos realmente lo sentimos mucho. Hágannos saber cuánto cuestan las reparaciones y Randy les pagará.

Bastien gruñe en señal de asentimiento, mientras yo digo—: No te preocupes por eso. Nosotros también lo sentimos por la reacción exagerada de Bastien.

Su mirada azul china se posa en mí. —Tú debes ser Melissa. Es un placer. Soy Amy.

—Encantada de conocerte, Amy —le digo—. A pesar de las circunstancias.

Se ríe mientras avanza para estrecharme la mano. Su agarre es suave, pero firme. —Bueno, si eso es lo que finalmente nos lleva a tener una agradable charla y café entre vecinos, ¡que así sea!

—En realidad no tuvimos tiempo de sacar las galletas, o incluso de limpiar nuestros platos ni nada —les digo mientras pasamos por la cocina—. Así que, ¿tal vez sería mejor instalarnos en el patio al aire libre? Es una tarde realmente hermosa afuera.

—Suena encantador, querida —concuerda.

Bastien se desvía hacia la cocina para buscar una lata de galletas y algunas tazas para el té mientras el resto de nosotros salimos a sentarnos en los muebles de mimbre del jardín. Cuando sale, nos sirve cuatro tazas.

—Bastien me estaba diciendo que esta era una receta familiar —dice Randy mientras se sienta junto a su esposa, masticando—. Su madre está preocupada por él, así que envía galletas.

—Nueva ciudad —dice Bastien bruscamente—. Tú sabes cómo es.

—Nunca mencionaste qué haces exactamente —dice Randy—. ¿Qué te trajo a Miami, de todos modos?

—Soy parte del negocio familiar —dice Bastien con facilidad—. Aunque actualmente todavía me estoy recuperando de… —me lanza una mirada de reojo—. Mi servicio.

Amy asiente. —Lo entendemos completamente. Al servir a nuestro país, deberías estar orgulloso. Dios sabe que apreciamos las tropas en nuestra casa.

Bastien simplemente hace una mueca mientras toma una galleta.

Randy ya se ha comido dos y media. —¿Alguna posibilidad de conseguir la receta de tu madre? —pide—. La mujer es un genio. No recuerdo la última vez que comí galletas tan buenas.

—Preguntaré —dice Bastien—. Pero a veces puede ser tremendamente protectora.

—Apuesto a que sí —dice Amy con una sonrisa comprensiva—. Quizá ella te transmita el secreto, Melissa.

Bastien se pone rígido. —No se han… conocido todavía.

Randy simplemente se ríe y le da palmaditas. —Yo sé cómo es eso. Nuevas relaciones, primero debes tantearlas. De todos modos, ¿cuánto tiempo llevan juntos?

Miro a Bastien. Basado en su poco entusiasmo por que yo tome la iniciativa, se lo dejaré a él.

—Un poco más de un mes —responde Bastien.

—Bueno, ustedes dos parecen ser una gran pareja, por lo que me dijo Randy —dice Amy amablemente, bebiendo su té—. El uno encima del otro. Y con solo mirarlos a ustedes dos, cualquiera puede ver lo loco que está Bastien por ti. Tan protector. Es dulce.

Tomo un sorbo de té, tratando de ocultar mi sonrisa. Amy Finch, con su vestido rosa claro con estampado de cachemira y sus genuinos y felices ojos azules, parece alguien que creyó en Santa Claus hasta los treinta años, aproximadamente. ¿Qué sabe ella sobre el amor o el cariño o el peligro que se esconde en cada maldita sombra de esta ciudad?

Ni una puta cosa.

Pero eso no impide que mi corazón palpite de la manera más extraña. Decido ignorarlo.

—¿Cómo se conocieron? —pregunta Randy.

—En el club —digo. Regla número uno para mentir: inventar lo menos posible.

—Ella estaba bailando con unas amigas —añade Bastien.

—Él también estaba allí con un grupo de amigos —agrego—. No parecían fanáticos de la música… ni del club.

—Tal vez si ustedes, chicas, no hubieran estado solicitando a Enrique Iglesias a cada rato —responde Bastien.

Me río. —Mejor que esas canciones de PitBull con las que todos ustedes insistían en acosar al pobre DJ.

Todo se desarrolla en mi cabeza, casi como si fuera real: la música, los chicos, Bastien, yo. Luces. Bebidas. Libertad.

—De todos modos —continúo—, hicimos una apuesta al lanzar una moneda. Cara y mis amigas y yo tendríamos nuestras canciones. Cruz y los chicos podrían elegir. Solo que, en el último segundo… ¡la moneda estaba en el aire y todo! …Bastien añadió: cruz y podía salir conmigo. Estuve de acuerdo, y…

—¿Supongo que fue cruz? —interrumpe Amy, emocionada.

—No, en realidad —responde Bastien—. Fue cara. Pero no soy el tipo de hombre que se rinde tan fácilmente.

—Y el resto es historia —termino.

Con nosotros dos contando la historia juntos, como un juego, como si fuéramos un equipo, fue… no lo sé.

Probablemente no fue bueno, sea lo que sea. Cualquier cosa que me engañe haciéndome pensar que Bastien y yo somos algo más que prisionera y guardia de prisión es una mala idea. Solo necesito recordar eso.

El resto de la visita es bastante agradable. Solo cuando la puerta se cierra detrás de ellos y Bastien se gira hacia mí, lo recuerdo: prisionera y guardia de prisión… cierto.

—¿Estás lista? —pregunta.

—¿Y si no lo estoy?

El cansancio lucha contra la frustración en sus rasgos. —No hagamos esto.

—Vale —resoplo—. No lo haremos.

Giro sobre mis talones y me dirijo al sótano. Por la puerta, bajando las escaleras, y…

—Espera —llama.

Miro hacia las escaleras, justo cuando él aparece en el umbral de la puerta abierta. —¿Sí?

La expresión renuente en el rostro de Bastien… eso es una sonrisa, ¿no? —Gracias. Por hoy.

—No fue nada —murmuro—. Casi me divierto.

Él me mira y yo lo miro y, mientras lo hacemos, algo pasa entre nosotros. Como un nudo que se aprieta. Acercándonos cada vez más, incluso cuando ambos luchamos contra ello, impotentes.

Pero entonces, Bastien dice—: Que tengas buenas noches —y todo se desvanece.

Lo veo irse sin decir una palabra. Espero allí durante mucho tiempo. Para que haga una pausa, se dé vuelta y me bese como puedo ver que quiere.

Pero cuando susurro —Tú también —en el silencio, ya se ha ido.

Bajo las escaleras, directo a mi cama. Levantando el colchón, busco debajo y saco la llave. La sostengo en la palma de mi mano, la hago girar y girar y girar.

La pregunta que surge es: *¿es ahora?*

BASTIEN

Frunzo el ceño. Quién carajo sabe por qué.

Podría ser el aire, cómo huele como si estuviéramos en un puto frigorífico. Podría ser la música, que está completamente mal, un jazz demasiado alegre para mi estado de ánimo.

Podría ser cualquiera entre un millón de otras cosas. Mi mirada vaga por la habitación, detectando cada pequeña cosa que me irrita los nervios. Al final, recae sobre mis primos.

Eso es, decido. *Son ellos los que me están cabreando.*

Por la forma en que están tumbados en la cabina, mirando a su alrededor como si estuvieran buscando pelea o sexo y no pudieran decidir cuál, los hermanos Limonov parecen parte de un club nocturno cursi de Tijuana durante las vacaciones de primavera.

Clavo el talón de mi bota de combate en la cabina. Malditos idiotas, los dos.

Lukyan, vestido completamente de negro, parece un gótico rencoroso. Quién sabe qué carajo estaba pensando Evgeniy, con esa camisa hawaiana verde azulado brillante con hibiscos amarillos y rojos, como un turista aturdido por el sol.

—Reporten —gruño. En este momento me limito a una conversación de una sola palabra. Perdí más que suficiente tiempo esperando a que se emborracharan lo suficiente como para dejar de criticarse el uno al otro.

—La moral no está buena —dice Evgeniy—. Los hombres tienen miedo. Después de estos dos últimos ataques, cómo nos estaban esperando cuando llegamos…

—Él no necesita saber la mierda que ya sabemos —espeta Lukyan.

—Correcto —concuerdo.

Ya sé que las guerras se pueden ganar y perder en una semana. Que una marea puede cambiar completamente en unos pocos días. Pero verlo de primera mano así… Joder.

No se suponía que fuera así. Dos ataques en la última semana han salido mal. Una recogida de armas de rutina no debió haber tenido ningún problema, pero la tuvo. Nosotros entramos con armas, pero los cubanos entraron con más. Nos estaban esperando.

—Sigo diciendo que podríamos tomar represalias —dice ahora Lukyan, con la saliva volando y

los ojos azules brillando—. Golpearlos donde más les duele. Con algo que no olvidarán pronto.

—¿Cómo qué?

Los ojos llorosos de Lukyan se posan abatidos en su bebida. Sus hombros se aflojan. —No lo sé. Pero no podemos dejar que nos sigan golpeando así.

—No lo haremos —tomo un largo trago de mi whisky. El primero. Nada supera a una cabeza despejada. Una lección que los Limonov podrían aprender.

Evgeniy comienza a ponerse erguido tambaleándose, con la mano en la parte trasera de la cabina para apoyarse. —La próxima ronda… —murmura.

Lo empujo hacia abajo. —Siéntate. Ya has tenido suficiente —le lanzo una mirada de disgusto a Lukyan—. Los dos.

Lukyan se hunde aún más en su asiento.

—Esto es lo que quieren los cubanos —les gruño a los dos—. Desmoralizarnos. Empujar nuestras caras contra la tierra.

Si pudiera sacudirlos a ambos por el pescuezo como si fueran cachorros que se portan mal, lo haría. Tal como está todo, será suficiente inclinarse sobre la mesa. —Que lo intenten. Tenemos nuestro propio plan. Mañana tenemos una reunión con mis hermanos. Ellos tendrán algunas ideas. Han lidiado con situaciones como esta antes. Cambiamos las cosas… en Nueva York, Boston. Podemos hacer lo mismo aquí.

La mayor parte de eso es verdad. Un punto clave no lo es. Pero tiene el efecto deseado: ambos Limonov se animan.

La sonrisa lateral de Lukyan es de aprobación. —Llamas a los peces gordos, ¿eh?

Él tiene razón. Solo que no de la manera que él cree.

—Esta reunión tiene que permanecer en secreto —les digo—. Solo les dirán a sus hombres en los que saben con seguridad que pueden confiar. Les enviaré un mensaje de texto con la ubicación en breve.

Ambos hermanos asienten con inquietud. Miro a uno, miro al otro.

Jugar con ratas no nos fue bien a Gavriil y a mí la última vez. Pero aprendí un par de cosas desde entonces. Y dos ataques en dos lugares que solo los hermanos Limonov y yo conocíamos de antemano equivalen a… una rata.

Veremos si lo que estoy planeando esta noche funciona con esto también.

De repente, Evgeniy se endereza en su asiento y su mirada petulante se posa en Lukyan. —¿Dónde has estado? La mitad de las veces que te llamo, va directo al correo de voz.

—¿Tengo que estar de guardia para ti, como tu maldito cachorrito ahora? —Lukyan se burla… aunque no puede evitar mirarme de reojo, nervioso.

No digo nada. No hago nada. En realidad, Evgeniy acaba de señalar lo que ya noté.

Lukyan ha estado actuando de forma errática últimamente. Llamadas perdidas, llegadas tarde a las reuniones. Incluso los hombres han dicho que parece distraído. Distracción no significa necesariamente traición, pero, donde hay humo, hay fuego.

—Solo digo —dice Evgeniy de mal humor—. Estamos en guerra. No es el momento de dejar el teléfono apagado.

—Encuentra lugar en tu corazón para perdonarme, Mamá —gruñe Lukyan.

—Evgeniy tiene razón —le gruño—. No me importa lo que te distraiga. Sea lo que sea, resuélvelo.

Lukyan abre la boca, luego frunce el ceño como si lo hubiera pensado mejor, y cierra los labios con fuerza. —Entendido.

—Sigo pensando —dice Evgeniy en voz baja—, que, si tuviéramos algún tipo de plan de contingencia, algo a lo que recurrir, por si acaso…

—No seas tan cobarde —interrumpe Lukyan.

—Tiene razón —intervino—. ¿Estás hablando así con los hombres?

—No —dice Ev hoscamente.

—Debes conocer la historia de Cortés cuando vino al Nuevo Mundo —continúo en voz baja—. Su armada desembarcó en la orilla e hizo que sus hombres quemaran los barcos detrás de ellos. De modo que tenían que vencer o morir.

—Entonces, eso es todo —dice Evgeniy, pasándose una mano por la cabeza—. Preferirías darnos una sentencia de muerte antes que perder.

—Aún no hemos llegado a ese punto.

—¿Y cuándo llegaremos? —pregunta—. ¿Cuándo es el momento de reducir nuestras pérdidas?

—¿De verdad quieres hacer eso?

—No —dice Evgeniy con un suspiro—. Pero, Dios, estoy cansado de que nos ganen.

—Entonces, arréglalo —digo—. Ese es su trabajo como teniente: solucionar problemas.

—No quejarse de que las cosas no van como queremos —añade Lukyan.

—Planear ridículos ataques de venganza es mucho mejor, es cierto —responde sarcásticamente Evgeniy.

—Al menos estoy tratando de enorgullecer a Papá —espeta Lukyan. Ahora está de pie, inestable pero enojado—. Ni siquiera lo estás intentando.

La mirada de Evgeniy baja. —Nunca antes lo hice sentir orgulloso, así que, ¿por qué ahora sería diferente?

—Porque ahora sabes que depende de ti —digo.

—¿Qué cosa?

—Todo —digo con tranquila vehemencia—. Ya no tienes a tu padre para recurrir. Todo se está desmoronando. Si alguna vez hubo un momento para dejar tu huella, es ahora.

Hay algo extraño en la expresión de Evgeniy. Como si quisiera creerme, pero no pudiera. Por suerte para nosotros, esta Bratva no descansa solo sobre los hombros de Evgeniy.

—O no —agrego—. Simplemente no arruines esto por el resto de nosotros. Los hombres ya la están pasando bastante mal como para tener que oír mierdas lúgubres de sus lugartenientes.

Lukyan parece pomposamente satisfecho. Es hora de cortar eso de raíz.

—Y tú —le digo, girándome hacia él—. Empieza a contestar tu maldito teléfono. Toda la valentía del mundo no vale una mierda si no puedes ponerla en práctica.

Él me da un asentimiento hosco, combinado con ojos furtivos que casi reprimo. Pero, si Lukyan es la rata, lo último que quiero hacer es avisarle que estoy tras él.

—¿Eso es todo? —les pregunto.

Ellos asienten.

—Bien. —me levanto—. Tengo algunos asuntos que atender —me voy sin decirles qué.

Eso es lo que pasa con las sorpresas: una vez que se lo cuentas a alguien, deja de ser una sorpresa. Y, si alguno de los hermanos es un traidor, entonces será mejor guardar mi próximo movimiento para mí.

Tampoco quiero su opinión sobre mi próximo movimiento. Lo que estoy a punto de hacer es, en el mejor de los casos, arriesgado. Letal en el peor de los casos. Por otra parte, muchos de los mejores planes lo son.

Conduzco hasta allí. En un semáforo en rojo, me estiro. Los músculos de mi brazo están tensos y cansados. Una parte de mí quiere saltarse esto. Ha sido un día largo y duro, y no será más corto ni más fácil en el corto plazo.

La noche es tranquila y húmeda. La calma que precede a… bueno, quién-mierda-sabe.

Podría ser una tormenta. Podría ser un aguacero. Podría no ser nada.

Lo único seguro es que las cosas llegaron bastante lejos. No voy a permitir que la marea se vuelva en nuestra contra. No voy a permitir que los cubanos y el puto José Correa piensen que nos tienen vencidos ni un segundo más.

Cuando llego a mi destino, estaciono mi coche y salgo, mi teléfono suena.

Cuando veo quién es, lo dejo ir al buzón de voz. Evgeniy no se equivoca en lo que dijo: los hombres tienen miedo. No son los únicos.

Hace un momento, esa llamada que rechacé… era mi madre. En los últimos días, llamó una docena de veces y dejó mensajes de voz cada vez. Incluso cuando nadie lo dice, está ahí, en las pausas y en las preguntas cuidadosas: los cubanos nos están convirtiendo en el hazmerreír.

No tener un don oficial a cargo aquí, ahora que Maksi está muerto, no ayuda. Solo un grupo de tenientes y subjefes arruinando las cosas.

No más. ¿No existe un verdadero don? Vale. Entonces yo me convertiré en el puto don.

El bar frente a mí es olvidable. Ladrillo y un cartel iluminado que dice *LOCO*. Podría ser cualquier viejo abrevadero… si no fuera quien soy, y no supiera lo que sé.

Pero soy quien soy: Bastien Nikolaev. Y sé lo que sé: que la única manera de conseguir lo que quieres es tomándolo.

Por dentro, la música es una mierda del Top 40. Está tan ocupado como cabría esperar de un bar popular. Apesta al bar barato de barril y al plato de patatas fritas sin terminar en la mesa junto a la entrada.

Me siento en el bar y pido un trago fuerte con un gruñido y un punto. Luego bebo, me siento y espero.

Es lo primero que aprendes sobre este negocio: quieres vivir mucho tiempo, te quedas en tu territorio. Así que, ¿qué estoy haciendo ahora, mostrando mi cara aquí? Cualquier mafioso cubano sabrá lo que es… una declaración de guerra.

Eso es exactamente con lo que cuento.

Tomo un sorbo de mi bebida y mantengo la guardia alta, mi mirada al frente y con confianza. Sucede gradualmente: las miradas revolotean hacia mí y luego se quedan fijas, como moscas en una trampa. Agarro mi bebida con una mano, mientras la otra permanece ligera y libre. Mi arma está en su funda, vibrando con anticipación.

Estoy esperando. Listo.

Para el rápido movimiento, el chasquido. La única advertencia que puedo recibir antes de que una bala se acerque rápidamente hacia mí y sea mi turno de disparar.

Los cubanos no son reacios a las manifestaciones públicas de violencia. Especialmente, cuando les sirve. ¿Un Nikolaev muerto? Eso valdría su peso en oro.

Es probable que decidan dispararme en la nuca y acabar de una vez. Sin embargo, en su propio bar, rodeados de su propia clientela, las personas de cuyo miedo y respeto se alimentan… pueden pensar que necesitan hacer de mí un ejemplo.

Me encantaría verlos intentarlo.

A mi izquierda hay algunas universitarias desprevenidas, ataviadas con vestidos de colores dulces y tiaras brillantes, chillando fuera de tono con cualquier canción de mierda que esté sonando. A mi derecha, unas cuantas mesas más abajo, veo a un tipo feo con un bonito traje que me resulta vagamente familiar. Un político local corrupto, creo.

Mientras el whisky me quema la garganta, miro hacia los rincones. Hacia las sombras, que es donde siempre se esconde la verdad.

Ahí es donde están mis enemigos. ¿Quién más estaría tan callado en un rincón, claramente cargado? ¿Quién más me reconocería al verme y me miraría fijamente como si quisiera que su puño se encontrara con mi cara?

Y, cuando miro al abismo, veo que el abismo me mira de regreso.

Cinco pares de ojos. Ojos malvados y entrecerrados, borrosos con suficiente bebida para ser peligrosos.

Sus manos bailan sobre la mesa. Tatuadas. Inquietas. Las manos de hombres violentos.

Un pensamiento repentino e inesperado cruza por mi mente: *¿Cómo se atreven a ponerle esas manos encima a Melissa?* Tengo que sacudirlo antes de que me consuma. Pero deja ardiendo la ira a su paso.

Uno de los hombres me lanza un beso. Cabrón arrogante, ese. Eso funcionará. Tengo muchas ganas de empezar, y él es la cerilla que encenderá la mecha.

Así que le saco el dedo medio.

Los cinco se levantan y avanzan con pesadez hacia mí en un instante. Son más grandes de lo que esperaba. No es que me preocupe, pues peso más que el más grande por veinticinco kilos y toda una vida de entrenamiento.

—¿Tienes algo que decir, cabrón? —dice uno con voz chillona y bíceps bombeados con esteroides mientras dan vueltas alrededor de mi taburete.

—Creo que se estaba yendo —retumba otro.

—No —digo con mucha calma—. Creo que tomaré otro trago antes.

Cinco pares de cejas se inclinan hacia abajo en confusión. Nadie les habla así. Pero desde luego…

Nunca han conocido a nadie como yo.

Mientras los cinco imbéciles intentan descifrar qué está pasando, le doy un puñetazo en la garganta al que está más cerca. Siento el crujido de su tráquea rompiéndose.

El chillón es el primero en responder. Levanta el puño para golpearme como un martillo. Sin embargo, antes de que se acerque, tomo mi vaso de whisky del bar y se lo golpeo en la cabeza. El vidrio se hace añicos. La sangre brota.

Otro cubano aprovecha la oportunidad para descargarme un puñetazo en las entrañas. Siento una breve llamarada de dolor. Entonces ese dolor se convierte en ira.

Su siguiente golpe falla. El mío no.

Su nariz se rompe satisfactoriamente bajo mis nudillos. Golpea el suelo con fuerza. Todo el edificio tiembla.

Dos menos. Faltan tres.

Un par de rezagados se acercan. Tienen una imitación razonable de las posturas de pelea, aunque supongo que se debe más a ver peleas de UFC que a ensuciarse las manos.

Pero mi próximo paso no es el tipo de cosas que se ven en la televisión.

Inclino el taburete en mi mano y lo hago girar como un bate de béisbol. *CRACK-CRACK-CRACK* hacen tres de las patas en el cráneo del primer hombre.

El segundo se aparta del camino, pero eso solo prepara lo que sucederá a continuación. Aun sosteniendo el taburete, lo dejo caer sobre su torso. Grita cuando la madera dentada le perfora el estómago.

Eso hace uno, dos, tres, cuatro de ellos. Pero ¿no eran…?

El número cinco me derriba con un estrangulamiento por detrás. Nos desplomamos en el suelo de madera, sus brazos como anacondas sobre mi garganta.

Más lejos se oyen voces alarmadas. No importan. Solo ganar importa.

Este hombre es fuerte. Pero tengo una cosa que él no tiene… tolerancia al sufrimiento.

Golpeo mi cabeza contra la suya. Un rayo de dolor me parte el cráneo inmediatamente, pero tiene el efecto deseado. Su agarre se afloja.

Me libero, me giro, y luego le doy un trío de golpes en un lado de la cabeza. Las luces en sus ojos se atenúan, se palian y se apagan.

Van cinco de cinco.

La mayoría de los cubanos están inconscientes o demasiado aturdidos por un traumatismo contundente en la cabeza como para ser de mucha utilidad. Pero el que tiene el taburete apuñalándose en el estómago está lo suficientemente alerta como para recordar lo que estoy a punto de decirle.

Camino y me agacho a su lado. —José ha terminado en esta ciudad —gruño mientras presiono el taburete lo suficiente como para hacerlo gritar—. Asegúrate de decirle eso, ¿vale, cabrón? Ahora este es territorio Nikolaev.

El bar se queda en silencio. Parece que las universitarias se han ido hace mucho tiempo… aunque el político permanece plantado en su sitio con una expresión de asombro. Parece nervioso, como si no supiera a quién quejarse.

—¿Me escuchas? —rujo, lo suficientemente fuerte como para que todos puedan oírme—. Ahora este es territorio Nikolaev.

Nadie responde. Está bien… sé que están escuchando. Más importante aún, José está escuchando.

Me levanto, me enderezo la camisa y salgo del bar. Cada centímetro de mí hormiguea con propósito y energía. Nada me gusta más que una buena pelea en la que me superan en número. Una pelea dura y desagradable, donde la elección es ganar o morir.

Quemar los puentes. Es un buen consejo.

MELISSA

¿Qué hacer, qué hacer? A ver, ya…

Hablé con Mamá Imaginaria y Kayla Imaginaria.

Escuché por Bastien.

Me enojé conmigo misma por escuchar por Bastien.

Hice mi cama y la rehice, intenté dormir una siesta sin éxito, volví a esconder la estúpida llave unas cuatro mil veces.

Y ahora estoy tan aburrida que podría gritar.

Una canción comienza a formarse en mi cabeza. Muy pronto, las palabras salen de mí: "*El día que te encontré me enamoré, tú sabes que yo nunca lo he negado, con saña me lograste enloquecer…*".

En algún lugar encima de mí, se cierra una puerta. Siguen pasos… más bien, pisotones.

Mi corazón da un vuelco… es Bastien.

Luego, mi corazón cae cuando la puerta del sótano se abre más fuerte que nunca.

A menos que… no. No podrían haberme encontrado. Aún no.

Me encojo hacia la esquina. No hay tiempo para esconderse, no hay tiempo para…

Al segundo siguiente, Bastien se acerca a mí, vestido con jeans grises y una camiseta negra y el cabello alborotado sin esfuerzo a la perfección.

Un calor feliz zumba en mi abdomen ante su cercanía. Tengo el tiempo justo para registrar su cara ensangrentada y sus nudillos antes de que sus labios golpeen los míos.

Vaya. Qué saludo.

Aparto mis labios y a él, preocupada. —¿Qué pasó?

Dios, su rostro, esas manos… y ese brillo feroz todavía en sus ojos. La respuesta es obvia: Bastien ha estado luchando… pero ¿con quién y por qué?

—Negocios —dice simplemente.

Mi mano toma la suya mientras apoyo mi frente contra su barbilla. —Dime que no hiciste nada estúpido.

—Hice lo que había que hacer.

Me quedo sin aliento mientras me aparto para mirarlo. —¿Qué significa eso?

—Significa exactamente lo que dije —gruñe—. Lo que sea necesario. Ganar, vencer a los cubanos. Si es necesario hacer algo estúpido, lo haré.

—Pero podrías hacer que te maten —argumento—. Has visto de lo que son capaces los cubanos. José es un hombre peligroso.

Bastien simplemente se ríe. —¿Y yo no?

Se ve tan jodidamente guapo, incluso medio loco así, que tengo que obligarme a apartar la mirada antes de hacer algo estúpido. —¿Y qué me pasaría si te mataran? —digo, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Ah? ¿Crees que tus amigos me tratarían tan bien?

—Siempre cuidando de ti misma, ¿no?

—Alguien tiene que hacerlo.

Eso no es todo. Eso no es ni la mitad. La verdad es que sé que no debo dejar escapar lo que estoy pensando: *No quiero que te pase nada.*

No me molesto en expresarlo. He visto lo bien que ha funcionado antes tratar de ser honesta y abierta con él.

—De todos modos —continúo en voz baja—, aunque estuviera tratando de cuidarte, no me escucharías, ¿verdad?

—Mira quien habla.

Pongo los ojos en blanco. —Estoy tratando de tener una conversación seria.

—Yo no. Ven aquí —ordena.

—No.

—No me obligues a decírtelo otra vez.

—Que te jodan —siseo.

Él está sobre mí tan rápido como la primera vez. Presionándome contra la pared de concreto, su boca cortando la mía, su lengua diciendo en términos muy claros: *Me perteneces, princesa.*

Suspiro hacia él. ¿Qué más puedo hacer?

Me besa fuerte y me besa suya. Puedo sentir el beso recorrer todo mi cuerpo, de arriba a abajo. Me pierdo.

Sus manos me recorren completa, por encima y por debajo de mi ropa. Arriba, por encima de mis caderas desnudas y más allá, a lo largo de mi caja torácica, enganchándose a mi sostén y luego

sumergiéndose debajo de él para pellizcar mis pezones lo suficientemente salvajemente como para hacerme hundirme en sus brazos.

—Ay —gimo.

Otra mano baja hasta deslizarse dentro de mí. Casi no puedo mantenerme en pie. Casi no puedo pensar. Ya estoy cerca del borde, desplomada sobre él. Perdida, tan perdida que podría simplemente…

—Ay, no, princesa —me gruñe al oído—. Tendrás que esperar para correrte esta vez.

Saca sus dedos de mí y me arroja sobre la cama sin contemplaciones. El aire sale de mis pulmones cuando aterrizo, pero, antes de que pueda volver a inhalar, él está encima de mí. Su enorme cuerpo me inmoviliza. Estoy tan mojada que apenas puedo soportarlo.

Alejándose, Bastien hace un rápido trabajo y rasga mis bragas por mis piernas en un enredo. Las descarta por encima del hombro sin preocuparse.

Me inclino para alcanzarlo, pero sus ojos brillan y me presiona contra el colchón con una enorme mano en mi garganta.

—Quédate ahí —ordena—. Quiero verte.

Se detiene encima de mí, enorme e irresistible, y hace exactamente eso. Me recorre con los ojos como si fuera tacto. Estoy más desnuda que desvestida, más comprometida que expuesta. Soy suya en todos los sentidos que importan.

Sus ojos siguen mi cuerpo hasta mi humedad, luego regresan para encontrarse con los míos. Su mirada arde. —Hermosa —murmura—. Jodidamente hermosa.

Luego se baja la cremallera de los pantalones, saca la polla y se desliza dentro de mí sin dudarlo. Esta vez no hay juego. No me hace esperar. Solo me llena hasta el fondo y respira en mi cara. Lo miro como hizo conmigo, porque es tan jodidamente hermoso que quiero llorar.

Y lo que me hace es igual de maravilloso. Me desmorono en sus brazos.

Él comienza a embestirme lentamente. Me aferro a sus brazos, que están plantados a cada lado de mí, desesperada por algo sólido y real.

El tiempo gira y se contorsiona. No sé si lleva follándome un minuto o una hora. Su enormidad me llena por completo. Nunca supe lo qué era antes. Ser llenada. Dominada. Poseída.

—Bastien —gimo.

—Melissa —gruñe en respuesta.

Nuestros ojos se encuentran.

Sus ojos no son solo marrones. Hay una docena de tonos diferentes allí. Miel, café, negro, motas doradas… Y su mirada es…. bueno, ¿puede realmente estar pensando lo mismo?

Que somos perfectos el uno para el otro. Hechos el uno para el otro. Que este es el mejor sexo que he tenido o tendré. Que…

Bastien mira hacia otro lado.

Y todo lo que puedo hacer al respecto es sisear—: *No*.

Agarro su rostro y vuelvo su mirada hacia mí. Ya no puede evitar esto. No puede negarlo.

Tiene que mirarme a los ojos y admitir lo que siente.

Llegamos al clímax en ese momento, y cuando mi orgasmo me invade y el suyo a él, puedo ver en sus ojos que sabe lo correcto que es esto.

La transición a las secuelas se produce de forma gradual. Mi respiración y mis extremidades todavía están enredadas con las suyas. Sus poderosos brazos permanecen arraigados a mi alrededor. La sábana es un nudo alrededor de nuestros tobillos. Su corazón late lentamente contra mi mejilla. Lento e inexorable.

Quiero que él hable primero, que diga algo. Pero sé que no lo hará, así que yo lo hago. —Así que… eso acaba de suceder.

—Sí.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Se encoge de hombros. —¿Qué más se supone que debo decir?

—¡Di lo que piensas! Como, creo que eso fue increíble —digo con franqueza.

Al diablo con ir a lo seguro. Estoy cansada de intentar protegerme. O tal vez sea simplemente el placer posterior que todavía se arremolina en mí, nublando mis pensamientos. ¿Quién sabe? Podría arrepentirme de todo esto incluso antes de terminar de decirlo.

—Sí —es todo lo que dice Bastien.

Me giro para que mi barbilla descanse sobre su pecho duro como una roca. Mirarlo disipa mi frustración. Hay algo en él… su mirada tiene una oscuridad que no puedo identificar.

Diferente a la habitual. Más profunda, más aterradora.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Nada —él mira hacia otro lado.

—Bastien.

Dios, hablar con este hombre a veces es como jalar dientes. Quizá incluso menos satisfactorio: al menos sabes lo que obtienes al jalar dientes.

Él suspira. —Sobre el otro día, lo que me contaste sobre los cubanos… —su mirada se inclina hacia mí—. ¿Qué les hicieron a ti y a tu madre?

Ah.

De repente, soy yo quien mira hacia otro lado, dejando que el silencio sea la respuesta.

La pregunta se transforma y se fragmenta en todas las configuraciones posibles: *¿Qué te hicieron*

a ti… qué le hicieron a tu mamá… qué te hicieron a ti y a tu mamá… qué le hiciste tú *a tu mamá?* …gira y gira…

Fuerzo a mis puños cerrados a abrirse contra mi voluntad. —No importa —digo, deseando que así fuera.

—Sí —argumenta—. Importa.

—Ni siquiera debí haberte dicho eso —murmuro mientras exhalo—. Hay tantas cosas…

—¿Tantas cosas qué? —pregunta.

Me siento y abrazo mis piernas contra mi pecho, mirando hacia la esquina. Como si la pregunta fuera a desaparecer esperando el tiempo suficiente. Ella y todo lo que se relaciona.

—Tantas cosas que no sabes —termino en un suave murmullo.

Mi corazón comienza a latir con fuerza, sabiendo lo que estoy pensando hacer… decirle lo que ni siquiera me atrevo a pensar sobre mí misma, no sea que de alguna manera lo adivine, lo vea en mis ojos.

Bastien no dice nada. Eso solo lo empeora. Deja más espacio para que mis pensamientos estén en guerra.

Tienes que decírselo.

No puedo decírselo.

Tienes que.

No puedo.

Una y otra vez, dos voces gritándose sin resolución a la vista.

—¿Te tocaron? —gruñe. Siento su tensión como un cambio en el aire. Como la primera brisa fría de una tormenta que se avecina.

—No. Digo, lo intentaron. Pero José no los dejó. Quería mantenernos a las chicas del club "puras", como él decía, el jodido maniático del control. Pensó que, si no nos acostábamos con nadie, entonces los hombres pagarían más para vernos quitarnos la ropa. En cualquier caso, ganó mucho dinero, así que, quién sabe, quizá tenía razón.

La mirada de Bastien se pone seria. —¿Estás diciendo…?

Me río. —Dios, no. No soy virgen. Kayla y yo encontramos maneras de cubrirnos mutuamente las pocas veces que encontramos chicos que no eran cubanos y eran realmente decentes. No es que jamás durara mucho. Cuando José se enteraba, hacía que nos golpearan y los chicos se espantaban. No intentamos nada después de eso.

—Maldito José —murmura Bastien.

No puedo evitar reírme. —Eso es exactamente lo que Kayla y yo solíamos decir. Era nuestro "Joder", nuestra grosería. Cuando estábamos en el club, lo llamábamos MJ para abreviar. Maldito José.

—No es gracioso —afirma Bastien—. Ese hombre necesita ser sacrificado.

Ese fuego en sus ojos… como si maltratarme *a mí* fuera el peor crimen que podría cometer un jefe de la mafia cubana. Hace… *cosas*… en mí.

—Solo asegúrate de que no eres tú quien tenga que hacerlo, ¿vale? —le suplico.

—¿Por qué no?

Solo sacudo la cabeza. —Es demasiado arriesgado. José está loco.

Bastien frunce el ceño. —No les pediré a mis hombres que hagan nada que yo no esté dispuesto a hacer. No es así como lidero. Si alguien va a hacerlo, seré yo.

—Eso suena muy lindo y valiente, pero no ganarás la guerra si estás muerto.

—Y no la ganaré mientras José esté vivo.

—Créeme, Bastien —le digo—. Si alguien quiere a José muerto, soy yo. La cantidad de veces que me hizo sentir inferior a la basura… Cómo en realidad se *rio* cuando nos vio a Kayla y a mí ser golpeadas hasta hacernos llorar. Lo que me hizo hacerle a mi madre… —fuerzo una exhalación temblorosa—. Pero el hombre está demasiado bien protegido y es demasiado inteligente. Siempre está un paso por delante.

—¿Dudas de mí, *kotyonok*?

—Dudo de todos —corrijo—. Ese hombre es como una cucaracha. Vivirá para siempre.

—No si tengo algo que decir al respecto.

Dios, realmente no me escucha. Tengo que… pero no, no puedo. No puedo decirle *eso*.

Tendré que convencerlo de otra manera.

—Bastien, escúchame —le digo, tomando su mano y apretándola—. José siempre va un paso adelante. Siempre.

—Desafortunadamente para él, yo estoy tres pasos más allá de eso.

Me rodea con sus brazos y suspiro. Sería muy fácil simplemente sentarse aquí y dejar pasar el tema. Simplemente disfrutar el resto del tiempo que tengo con Bastien.

Pero no puedo.

Puedo verlo ahora. Si no le digo a Bastien lo que sé, si no le digo toda la verdad sin filtro sobre esto, lo matarán. Caminará a ciegas cuando intente enfrentarse a José, y luego no tendrá ninguna posibilidad.

No puedo permitir eso.

No puedo perderlo.

Incluso si, con lo que voy a decirle, lo pierdo de todos modos.

Me alejo. —Hay algo que tengo que contarte.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Su rostro no ha cambiado todavía. Respiro profundamente y lo memorizo tal como está ahora… porque solo Dios sabe si alguna vez lo volveré a ver así. El cariño en sus ojos. La confianza, creo. Quizás incluso amor. O algo que podría convertirse en amor.

Me aseguro de guardarlo todo para los momentos oscuros que están a la vuelta de la esquina. Así como guardé la voz de Mamá para ayudarme a superar las pesadillas, guardo la cara de Bastien para ayudarme a superar su odio.

Porque lo que voy a decir va a arruinarlo todo.

Aparto la mirada en el último segundo. Es cobarde, pero no quiero ver esa confianza y esperanza hacerse añicos en sus ojos. No quiero verlas quemadas con violencia.

Así que, de cara a la pared, respiro hondo y digo—: Me enviaron aquí para espiarte.

BASTIEN

La ira me atraviesa como un fuego con gasolina. Me levanto de la cama inmediatamente, y antes de que pueda siquiera pensar en detenerme, estoy golpeando la sólida pared de concreto.

Es una agonía instantánea. Pero incluso el dolor que atraviesa mis nudillos palidece en comparación con lo que se siente cuando me arrancan el corazón del pecho.

Me enviaron aquí para espiarte.

De todas las cosas que podría haber dicho, esa era la que honestamente había dejado de esperar. ¿Qué me hace eso? Un tonto engañado. Un puto idiota sorprendido.

Elegí mantener esta bonita serpiente bajo mi techo.

Elegí acostarme con ella, hablar con ella.

Elegí *confiar* en ella.

Ahora, todo esto vuelve en mi contra. Y es mi maldita culpa.

—Bastien —dice, a lo lejos.

No me giro para mirarla. Una parte de mí teme que matar a Melissa si la miro a los ojos ahora mismo.

—Bastien —dice, ahora más fuerte. Más suplicante.

Mi respiración es lenta y medida. Un contrapeso a la ira en mi pecho. *Mantén el control*, enseñó Padre. *El hombre que mantiene el control en el fragor de la batalla es el hombre que sale victorioso.*

Así que respiro, respiro y respiro.

No ayuda.

—Bastien —repite, aferrándose a mí—. Escucha, lo que quiero decir es que *se supone* que debo espiar para ellos.

Mas palabras. Mas mentiras. Para ella, todo esto es un juego. Quizás eso sea todo lo que es desde el principio.

Sé lo que quiere. Quiere que la mire hasta ceder ante esos bonitos ojos verdes con su bonita tristeza. Quiere que me pierda en ellos, en ella, hasta olvidarme y volver a cometer un desliz.

Lástima que no cometo el mismo error dos veces.

—¿Ni siquiera me mirarás? —pregunta.

No hablo, no me giro.

—Lo siento, Bastien —dice suavemente—. En verdad, yo… Venga, te lo contaré. Todo.

Si espera una respuesta, no la recibirá. Tal como están las cosas, apenas la escucho. No es que mis pensamientos sean más productivos. Volviendo atrás, volviendo a lo mismo, siempre volviendo atrás: *he sido un tonto.*

Sin embargo, vale la pena recordar: no se puede confiar en lo que ella diga, en lo que sea que "explique".

Continúa de todos modos, con voz tranquila y triste. —Estaba en el club a propósito esa noche que viniste. Antonia y yo. José ya sabía que ustedes, los Nikolaev, no matan mujeres. Todos los cubanos se ríen de eso de vez en cuando. Piensan que es muy mojigato de su parte. De todos modos, él sabía que vendrías, y lo que quería era que alguien llegara hasta ti. Él quería una excusa para deshacerse de El Palacio, de todos modos. El viejo lugar era un basurero y quería sacar de eso el dinero del seguro.

Mis mandíbulas se aprietan al ver cuánto sentido tiene esto. Todos los don nadie de bajo nivel en el club. Lo fácil que fue para nosotros entrar con las armas encendidas. La patética seguridad en la puerta.

A José le pareció bien sacrificarlo todo. Solo lo descartó como el costo de hacer negocios.

No era parte de nuestro plan… era parte del *suyo*.

—Bueno, uno de nuestros trabajos… de Antonia o mío… era acercarnos a ti —dice ahora—. Como la mataron en el tiroteo, todo quedó en mis manos. Mi trabajo consistía en acercarme lo más posible y obtener toda la información que pudiera. Incluso matarte si tenía la oportunidad. Después me "rescatarían" y les contaría todo lo que sabía.

La obviedad de esto es sorprendente. El tipo de mierda que normalmente vería a un kilómetro de distancia. Joder, me engañó con tanta facilidad.

—Entonces —digo lentamente—, todo esto ha sido parte del plan.

—Lo siento —dice. Tiene las manos flojas a los costados, sin saber qué hacer ahora que ha visto lo inútil que es aferrarse a mí—. No puedo expresar cuánto lo siento. No quería hacerlo. Le dije a José que no lo haría. Pero una noche fue con unos matones y mencionó la facilidad con la que Kayla y yo podíamos tener un pequeño "accidente", y supe que tenía que hacerlo. De lo contrario, me habría matado. A Kayla también.

—¿Qué te hace pensar que yo no lo harém ahora que sé la verdad?

Por el rabillo del ojo, la veo agachar la cabeza. —No lo harás. Lo entendería si lo haces, pero no creo que lo hagas.

—¿No? —me giro hacia ella con el puño levantado en el aire, listo para caer sobre ella como el Día del Juicio final.

Quiero que grite, suplique, retroceda. Pero ella solo traga. Ni siquiera se inmuta.

—Sé lo que debes pensar de mí —dice en voz baja—. Pero por favor, Bastien, tienes que creer que nunca quise hacerlo. Llevo días luchando contra ello.

—Solo detente —digo, dándome la vuelta y negando con la cabeza—. Deja de hablar.

—No, no lo haré —dice. Se acerca para agarrarme y dice—. Bastien, por favor…

Aparto su mano, me lanzo hacia adelante y la agarro por el cuello.

Podría acabar con ella ahora, tan fácilmente. Pero luego me mira con nada más que tristeza en esos ojos esmeralda y no puedo obligarme a hacerlo.

Así que me quedo inmóvil, con Melissa al alcance de la mano. Demasiado cerca y demasiado lejos al mismo tiempo.

—Bastien, tienes que escucharme —suplica—. Nunca quise esto, pero sucedió. Todo esto es real. Tú y yo. Es real. Lo que siento por ti es real.

No digo nada.

Todo está en su rostro: que lo dice en serio, que está atormentada por eso, que aún no se da cuenta de que ya es demasiado tarde.

Se endereza y habla un poco más. —Durante la última década, he sido un juguete de los cubanos. Me pongo lo que quieren, como lo que quieren, bailo donde quieren. He trabajado, vivido y respirado a su entera disposición durante casi la mitad de mi vida. Algunos días ni siquiera puedo recordar cómo era vivir con mis padres. Quizá exagero lo feliz que era en nuestra colorida casa para compensar mi monótono presente. Me robaron todo, todo. Incluso me están robando la memoria ahora. No quedan fotos de mis padres. Cualquier familiar piensa que morí hace tantos años —su cabeza cae y su voz se encoge, como si hablara sola tanto como a mí—. He hecho todo por inercia durante tanto tiempo que olvidé lo que era ser libre. Pero contigo… incluso si estoy encerrada en este sótano, sé que es una locura, pero me siento más libre que nunca. Casi como si realmente tuviera un futuro, e incluso podría ser uno bueno, que me gustara. Y, Bastien, yo…

Mejillas rosadas, ojos verdes brillantes. Su mirada capta la mía.

Pero mi ira no está satisfecha. ¿Quién dice que esto no es solo parte del plan, la parte de la que ella no me contó? Cuando menos esperas que te traicionen es justo después de que te confiesen que ya lo hicieron.

A la mierda eso. No cometo el mismo error dos veces.

Sin importar lo tentador que sea el error.

—Pudiste haberles dicho tan pronto como tuviste ese teléfono en tus manos. ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque los odio —susurra con amargura—. Y no estoy tan destrozada como ellos creen.

Hay una ferocidad en sus ojos llorosos entrecerrados que se vuelve tierna cuando me gira la cara para verme. —Y, Bastien, creo que estoy empezando a enamorarme de ti.

Trago y me alejo. Apartar mi mirada de ella es como arrancar la venda de una herida abierta.

Me acomodo en el colchón desnudo. Vuelvo la mirada a la grieta en la pared donde la golpeé. En algún momento habrá que llenarla. Tendré que contratar a un albañil o comprar una mezcla de concreto y hacerlo yo mismo.

Sé que solo estoy pensando en esto para evitar pensar en ella. Es más fácil concentrarme en las cosas que puedo hacer. Trabajo sencillo y directo… eso es lo que siempre he hecho mejor. *Bastien, rompe esto. Bastien, mata esto*. Hay consuelo en la acción.

Pero ¿esto? Esta grieta no se puede llenar simplemente.

Levanto mi mano ensangrentada y la estudio. Qué puto día.

Aun así, hay preguntas que necesitan respuestas. Incluso si solo retrasan el inevitable momento en que me vaya. Cuando cierre esa puerta y nunca mire hacia atrás.

—¿Qué pasó la noche que murió tu madre? —pregunto—. Si es que eso era verdad.

Melissa se sienta a mi lado. No lo suficientemente cerca como para tocarme, ni lo suficientemente lejos como para que la ignore.

—Nunca te he mentido. Solo no te dije que se suponía que debía estar espiando. Créeme, desearía que lo de Mamá fuera mentira. Dios, cuánto lo deseo.

—Cuenta la historia, Melissa.

—Era un martes —relata con tristeza—. Lo recuerdo porque era la noche en la que siempre íbamos al club cubano. Ese martes discutimos sobre eso, Mamá y yo. Ella quería que me quedara en casa y estudiara para la escuela. Yo quería ir y cantar. Eso nunca pasó de moda para mí. Podía cantar durante tres horas seguidas, incluso más a veces, tanto que apenas podía hablar hasta la semana siguiente, cuando volvía a empezar.

Mira mi mano ensangrentada en mi regazo como si fuera la cosa más triste que jamás haya visto.

—Entonces —continúa—, yo quería ir y ella no. Nos gritamos una a la otra. Le dije que era la peor madre que jamás haya existido, dije todo tipo de cosas horribles. El tipo de cosas por las que me habría disculpado al día siguiente. Solo que nunca tuve la oportunidad.

Hago una mueca y cierro los ojos. He visto suficientes muertes para saber hacia dónde va esta historia.

Melissa respira hondo. —Mamá cedió al final. Ella y Papá habían estado peleando más… lo único que sabía era que tenía algo que ver con el trabajo de Papá… y ella había visto el estrés que me provocaba. Así que entramos los tres. Mamá y yo estábamos cantando cuando sucedió. Nunca olvidaré la canción. *Te regalo mi cintura… Y mis labios para cuando quieras besar…*

Sus ojos se cierran mientras un único y tembloroso suspiro escapa de sus labios. Y, cuando se

abren de nuevo, miran hacia adelante, apagados, sin vida.

—Los hombres llegaron muy rápido. Seis de ellos —dice—. Mientras Mamá y yo cantábamos. Se llevaron a Papá. Al principio intentó bromear con ellos. Cuando vio que era real, luchó y gritó pidiendo ayuda. Nadie ayudó. Nadie siquiera miraba. Intentamos correr tras ellos para salvarlo, pero otros nos detuvieron. Resultó que era un informante y lo habían atrapado. De todos modos, nunca lo volví a ver. Los rumores decían que lo llevaron mar adentro en un bote y hundieron su cuerpo en el fondo del océano. Nunca lo sabré con certeza. A Mamá y a mí nos llevaron al sótano. José estaba tan enojado. Estaba teniendo problemas con los soplones, así que se llevó a Papá para enviar un mensaje. Mamá y yo, ¿lo que nos hizo? Ese fue el mensaje. Y funcionó. Ya nadie se atreve a delatar a José Correa.

El silencio en la habitación es ensordecedor. Puedo escuchar los latidos de mi propio corazón, golpeando en mis oídos. *Ba-boom. Ba-boom.*

—Nos dejó ahí abajo por unos días. Sin comida, sin agua. Luego, cuando dormíamos, vinieron a terminar lo que empezaron —sus ojos están muy abiertos y ciegos, como si estuviera en trance —. Colgaron a Mamá hasta el techo. Ella gritaba y lloraba y les rogaba que tuvieran piedad, que, por favor, por favor, por favor, me dejaran ir. No pidió nada para ella, ni siquiera una vez. Solo quería que me mantuvieran al margen. Y luego me empujaron delante de ella y me pusieron el arma en las manos, con la boquilla apuntando directamente a ella. Me agarraron con tanta fuerza que me dolió y me gruñeron que disparara o me dispararían a mí. Mamá lloraba y decía que me perdonaba, que estaba bien, que solo hiciera lo que me decían. Que por favor lo hiciera por ella. Pero no lo iba a hacer. No podía. Me temblaban las manos y no me importaba lo que me hicieran. Al final, no importó. Fue José quien me obligó a apretar el gatillo. Tan rápido que casi no entendí lo que pasaba. Hasta que estuve a su lado y la sacudí y no respondía nada. Me dejaron allí abajo otro día, o dos. Para calmarme, supongo. Después me pusieron a trabajar limpiando y barriendo, como si no pasara nada. Y luego, eso se convirtió en mi vida. Hice lo que me decían. No hice más preguntas.

Se hunde en mi regazo mientras los sollozos crudos y silenciosos la consumen. Estoy tan jodidamente desgarrado, pero ¿cómo no tocarla? ¿Cómo no acariciarle el cabello y escuchar el final de su historia?

—Esa fue la noche en que pensaron que me habían arruinado —dice en voz baja—. Tuvieron diez años para solidificar mi obediencia, pero nunca me rompieron. No realmente. No del todo.

No, no lo hicieron. Puedo verlo ahora, y pude verlo cuando la conocí. Todavía tiene su espíritu.

—Lamento haberte mentido —susurra—. Pero ahora te digo la verdad. Tiene que significar algo, ¿no?

Cuando no respondo, ella repite—: ¿No?

Podría.

O…

—No —digo—. Lo único que significa es que dejé que esto llegara demasiado lejos.

Le toma unos segundos asimilarlo. —Realmente no piensas eso —dice. Es más que nada una

súplica. O un deseo.

No digo nada.

—Bastien —dice, con la voz cada vez más frenética—. Realmente no piensas eso. Por favor, ¿podrías simplemente…?

—No —me alejo unos pasos más—. No lo haré. No puedo confiar en ti, Melissa. Esto tiene que terminar.

Me mira boquiabierta, finalmente sin palabras.

—¿Esto, nosotros…? —hago un gesto enojado de ella hacia mí—. Lo que sea que eso signifique. Tiene que terminar… ahora.

—Bastien…

—Es Sr. Nikolaev para ti —escupo. Ya estoy cruzando la habitación, subiendo las escaleras y desapareciendo. Cierro la puerta con llave detrás de mí.

BASTIEN

Esta noche se dirá quién es la rata… y a quién hay que sacrificar como tal.

Dos ubicaciones. Dos planes. Me estoy escondiendo en el lugar donde le dije a Lukyan que se reuniera conmigo, con mis mejores hombres a mi lado.

En algún lugar de la húmeda oscuridad a mi lado, Vlad estornuda. Ya está articulando *lo siento* cuando mi mirada lo encuentra.

Debería saberlo mejor. El punto de estar bajo las putas tablas del suelo en este lugar era pasar desapercibido.

Es un poco más difícil cuando cada inhalación aquí abajo es más polvo que oxígeno. Diez de nosotros estamos hacinados, sudando y ansiosos por la violencia que está a punto de estallar.

Arriba tenemos a uno de nuestros muchachos con un chaleco antibalas debajo del traje, haciéndose pasar por el maître. Tenemos las luces encendidas y las mesas puestas. Tocamos jazz agradable y saludable.

Pero lo único que comerán nuestros invitados serán balas.

Reviso mi teléfono. ***Todo bien, jefe***, dice el mensaje de Joro.

Está en el otro restaurante, el Winchester, donde le dije a Evgeniy que era el lugar de la verdadera reunión. Dudo que vea acción. Estoy seguro de que le parece bien. Hasta ahora la situación allí parece la misma: diez de mis hombres en la cocina, todos armados hasta los dientes.

Pero lo siento en mis entrañas: aquí es donde será la acción.

Lukyan no es un hombre impredecible y, sin embargo, últimamente ha estado actuando precisamente así. Impredecible. Nervioso. Poco fiable. Ojos furtivos, ausencias inexplicables. Su teléfono apagado. Todas las señales apuntan a que él es nuestra rata, incluso si exteriormente ha sido el más vehemente en su apoyo a la Bratva y en la continuación del legado de su padre.

Sin embargo, si he aprendido algo en los últimos días es esto: nunca podremos conocer realmente a las personas, por muy cercanas que creamos que somos.

Ese fue el error que cometí con Melissa. Pensar que la conocía.

Mi ceño se profundiza. No importa ahora. Mejor no pensar en ella en absoluto. Y, sin embargo, ahí está ella en mi mente. Sus ojos. Su voz.

Solo han pasado dos putos días, pero siento un dolor en el pecho, como una astilla que no puedo quitar.

Miro mi reloj. Deberían ser solo unos minutos más. Abajo, en un rincón, apenas visible, una araña atrapa una mosca desprevenida. Hace el trabajo lento y metódico de envolverla en su red, hasta su muerte.

Qué conmovedor.

Arriba, puedo oír la puerta abrirse. El maître dice su saludo predeterminado.

Es la hora.

Pero, una vez que salgo del sótano y miro por la esquina, todo lo que veo es a Lukyan acompañado por dos de sus hombres. Ningún ejército de cubanos agolpándose para degollarme.

Se va a sentar a la larga mesa junto a la pared del fondo que le indica el maître. Lo elegimos por lo expuesto que está a nuestro escondite.

Espero, dirigiéndome con un dedo en mis labios hacia mis hombres. Todos nos quedamos quietos. Esperando. Mirando.

Lukyan toma su teléfono y comienza a escribir un mensaje de texto. Mi ceño se profundiza. ¿Quizás está esperando confirmar que estamos aquí antes de avisar a los cubanos?

Llamo al vigía que tengo apostado afuera. —¿Algún movimiento?

—Nada cubano, jefe —dice Antón—. Solo Lukyan y sus hombres, hace unos minutos.

Joder. No viene nadie. Ningún cubano.

Lukyan no es la rata.

Me equivoqué.

Les hago un gesto a mis hombres para que salgan por la entrada trasera, un par de puertas que se abren silenciosamente sobre bisagras engrasadas. Les hago una señal a todos menos a dos para que se dispersen, llevándose consigo la mayor parte de mi armamento pesado. Luego, mi pequeño trío entra al restaurante por la puerta principal adecuada.

A pesar de las circunstancias, cuando entro, mi mirada se dirige a las paredes bellamente decoradas con frescos. *Un hogar colorido en una existencia monótona…* Las palabras de Melissa, por supuesto, se grabaron en mi cabeza como una melodía.

Cuando me acerco, Lukyan se levanta, todavía sosteniendo el menú. —¿Recibiste mi mensaje de texto? ¿Qué está sucediendo?

—La cena ha sido cancelada —le digo.

—Cancelada —repite. Y, una vez más, el hombre parece nervioso. Como si yo pudiera saber algo que él no quiere que sepa.

Joder… si el hombre no es una rata, ¿qué es, entonces?

—Nunca hubo cena —gruño—. Te lo explicaré en el coche.

Todavía no recibí noticias sobre lo que está sucediendo o no en la ubicación de Evgeniy, pero tiene que ser él. Sólo puede ser él.

—No confías en mí —dice Lukyan. Luce herido—. Has hecho esto como castigo.

Lo miro sin pestañear. —¿Has hecho algo que merezca castigo?

Cuando no responde, continúo—: Si quisiera castigarte, créeme primo, no perdería el tiempo ideando una estúpida cena falsa. En cuanto a la confianza… —Lukyan se ha echado atrás detrás de su silla mientras sigo hablando, como si inconscientemente quisiera un escudo—. La confianza se gana, primo. Y, hasta ahora, la forma en que has estado actuando no inspira confianza. Todo lo contrario, de hecho.

En ese momento, mi teléfono suena. —¿Sí? —atiendo.

—¡Los cubanos están aquí! —ruge Joro—. Hay muchos y ya están disparando… ¡joder! —suenan disparos en el fondo de la llamada antes de colgar abruptamente.

—Vamos —le digo a Lukyan. Ya estoy caminando hacia la puerta—. Los cubanos están atacando el Winchester.

En el camino en el coche, miro a Lukyan. Existe la posibilidad de que ambos hermanos sean ratas, y que ahora mismo esté llevando a uno para unir fuerzas con el otro. Hay más preguntas que necesitan respuesta.

Saco mi arma y la sostengo casualmente en mi regazo. —Ahora me dirás qué está pasando.

Los ojos de Lukyan se desorbitan.

Lo estudio. Los círculos oscuros bajo sus ojos, la postura nerviosa de sus manos. —Habla, *mudak*.

—¡Nada! —chilla—. Nada.

—¿No estás ayudando a los cubanos?

—¿Qué? ¡No! —dice, con la cara enrojecida mientras su mirada se desliza hacia mi arma. ¿Es el miedo hablando? ¿O la verdad? —¿Cómo pudiste pensar, siquiera por un segundo…?

—No atiendes tu teléfono —le digo—. Te ves más mierda cada vez que te veo. Actúas de forma errática. ¿Por qué?

Lukyan parece increíblemente nervioso. —No te va a gustar.

—Ya no me gusta.

—No. Quiero decir, realmente no vas a…

—Lukyan —escupo—, no soy un hombre paciente. Y no hay mucho tiempo.

—Lo siento, yo solo…

—No me importa. Si no puedo confiar en ti, entonces te encerraré en este coche con un hombre que te vigile o con una bala en la cabeza. ¿Quieres eso?

Siempre existe la posibilidad de que Lukyan mienta ahora para salvar su pellejo. Pero, sea lo que sea mi primo, no es un buen mentiroso.

—No volveré a preguntar.

Su respuesta sale con un suspiro. —Es esta chica. Una chica cubana.

Cierro mis ojos. Puto Jesucristo.

—No le dije nada —continúa—, pero joder, Bastien, estoy obsesionado. Todos los días tengo esta necesidad compulsiva de verla. Sigo reprogramando toda mi puta vida solo para que encaje en ella —sacude la cabeza con incredulidad—. No sé cómo pasó. Sí que no sé cómo controlarlo. Está jugando con mi cabeza. O sea, *blyat'*, ¡es cubana! No está involucrada en nada, hasta donde yo sé, pero igual. ¿Quién lo sabría, realmente?

—¿Cuánto tiempo? —le pregunto.

—Unas pocas semanas —admite Lukyan—. Lo siento, Bastien. Realmente lo siento. No tenía idea de quién era ella hasta que fue demasiado tarde, y ahora… no puedo tener suficiente de ella —dirige su mirada y sus hombros encorvados hacia la ventana—. No espero que lo entiendas. Cómo es cuando tienes a alguien en tus huesos.

Mi mandíbula se aprieta. Oh, lo sé. Demasiado bien. Incluso ahora, mientras corremos hacia un tiroteo a vida o muerte y estoy interrogando a mi primo, *ella* todavía aparece en mi cabeza.

—Así que, sobre esta pelea —dice Lukyan—. Si todavía no confías en mí…

—No lo hago —digo rotundamente—. No después de lo que has permitido que se interponga en tu trabajo.

Su cabeza cuelga. Extiendo la mano para ponerle una mano en el hombro. —Pero sí confío en que empuñarás un arma y sabrás hacia dónde apuntarla. Necesitaremos toda la ayuda que podamos conseguir en esta pelea a la que nos dirigimos. ¿Puedo contar contigo para eso?

La cabeza de Lukyan se alza. Sus ojos arden de emoción. —¡Sí! ¡Joder, sí! Mostrémosles a estos *pridurki* cubanos lo que sucede cuando intentan joder a la Bratva.

—Bien. Evgeniy es la rata —le explico—. Ese era Joro al teléfono. Dice que los cubanos se presentaron en el otro lugar.

Lukyan no parece tan aturdido como pensé. —Mi propio puto hermano.

—Pagará por lo que ha hecho —prometo.

Lukyan mira hacia otro lado, aunque su cabeza se mueve en lo que parece un asentimiento. —Haz lo que tengas que hacer. Mi hermano ya está muerto para mí.

—Debimos haberlo dejado libre hace semanas, tal vez incluso meses —digo—. Él no está hecho para esta vida.

Lukyan niega con la cabeza, con los ojos muy abiertos por la incredulidad. —Todavía no lo

entiendo. ¿Por qué ayudar a los cubanos? Después de lo que le hicieron a Papá…

—Supongo que estamos a punto de descubrirlo.

—Maldito infierno. Él estaría muy avergonzado —respira con dificultad, temblorosamente—. Un hijo enamorado de una cubana, el otro en la cama con ellos.

Pongo una mano firme sobre su hombro. —Podemos arreglar esto —le digo—. Derribaremos a estos cubanos. Vamos a mostrarles quién es realmente el dueño de Miami. Vamos a matar hasta el último de ellos.

Lukyan respira profundamente una última vez y luego levanta la cabeza para mirarme con una mirada dura. —Sí, primo. Lo haremos.

Nos detenemos afuera del restaurante en ese momento. Tan pronto como se abre la puerta, puedo escuchar el chasquido de las balas en la noche sin estrellas.

El edificio que alberga Winchester es una ola gigante recubierta de estuco blanco: todas curvas circulares, sin esquinas pronunciadas. Desde dentro, oigo más *pop-pop-pop* de hombres desesperados intercambiando disparos.

Los disparos podrían ser de cualquiera, pero si mis hombres todavía están aproximadamente donde comenzaron, entonces debería intentar entrar por las puertas traseras.

—Por aquí.

Mientras corremos por el callejón hacia la entrada trasera, pronto queda claro por qué podíamos escuchar las balas desde tan lejos: la pelea se llevó afuera, al estacionamiento.

Me detengo en la esquina y contemplo la escena.

Los cubanos ocupan los lugares más cercanos al edificio, escondidos detrás de un Impala negro acribillado a balazos. El centro es tierra de nadie. Veo los cadáveres de algunos de nuestros muchachos tirados a un lado, a medio camino de un coche en llamas.

Más adelante están nuestros supervivientes, escondidos detrás de coches que parecen tan destrozados como el escudo de los cubanos. A simple vista, la ventaja de los cubanos es obvia.

Más hombres y un lugar mejor, protegido por el restaurante al fondo y unos contenedores de basura al costado. Si envían a algunos hombres a retroceder y atacar a los nuestros desde otra dirección, estamos jodidos.

Lo que significa que será mejor que lleguemos allí… y rápido.

No hay tiempo para un plan mejor que “disparar y correr como el infierno hasta unirnos a los demás”.

Le hago un gesto a Lukyan y a los hombres que nos siguieron hasta aquí desde el otro lugar, luego salgo, todos disparando balas a los cubanos mientras corremos para unirnos a los demás y ponernos a cubierto detrás de la camioneta.

Aturdidos por los disparos inesperados, los cubanos reaccionan demasiado tarde. Apenas consiguen disparar cuando nos escondemos detrás de la camioneta, con los demás.

Me vuelvo hacia Joro. Su barba enmarañada brilla por el sudor y la sangre. —¿Qué tan malo es?

—No es bueno —respira con dificultad—. Tres de los nuestros muertos y un par heridos. Un par más están atrapados detrás de ese auto en llamas de allí.

—Maldito Evgeniy —maldice Lukyan.

Lo ignoro. Ahora no es el momento de culpar. Ni de rabia.

Es hora de planificar. Rápido, eficaz y mortal.

Más balas impactan en el metal de la camioneta que tenemos delante. Me lanzo por el costado para intercambiar disparos con algunos de los cubanos que tienen el gatillo más fácil.

Escucho un grito, luego una nueva ráfaga de fuego en respuesta. Me agacho justo a tiempo, cuando una bala pasa silbando justo encima de donde estaba hace un cuarto de segundo.

—Estuvo cerca —sisea Lukyan a mi lado. Está tirado en el suelo, con ojos maníacos, sosteniendo su propia arma con una sonrisa torcida. Aprieta un cargador, derriba a uno o dos cubanos y luego recarga con un gruñido amenazador.

Hago contacto visual con Joro y hago un gesto hacia el auto en llamas. —Tenemos que ayudar a los demás de allí.

Él niega con la cabeza. —¿Cómo crees que murieron los otros dos?

Miro en esa dirección. Los hombres agazapados allí tienen unos minutos, si acaso, antes de que la cosa explote y los queme vivos. —Si no actuamos, ellos también morirán.

Mi mirada recorre la larga distancia que tendré que correr al descubierto para llegar allí.

Es una posibilidad remota, pero he sobrevivido a cosas peores.

Me vuelvo hacia Lukyan, que, siguiendo mi mirada, ya sacude la cabeza con furia. —Bastien. No. No puedes. Es demasiado arriesgado y…

—No pedí tu opinión. Solo cúbreme, joder —le digo.

Y luego me pongo de pie y corro lo más rápido que puedo hacia el auto en llamas. Las balas estallan justo detrás y delante de mí. Una casi me roza la pierna.

Estoy a diez metros, cinco, dos, y luego me lanzo detrás del coche en llamas. De mal a peor fuego, literal.

Hace calor aquí. Las llamas son fuertes y se oye un sonido desagradable procedente del coche, un gemido crujiente y quejumbroso que indica que el peligro se avecina. Un motor a punto de estallar y hacer llover fuego infernal sobre todos nosotros acampados aquí atrás.

Los dos soldados de Bratva me miran boquiabiertos, como si fuera un espejismo. —¡Tenemos que salir de aquí! —les rugo.

—¡Pero nos dispararán! —protesta uno. Yuri, creo que se llama.

—No —gruño, poniéndolos de pie—. Los cubriré a ambos. ¡Ahora vayan!

Empujo al primero por detrás del vehículo. El chasquido de las balas lo pone en movimiento. Empujo al segundo delante de mí, luego corro tras ellos, descargando tiro tras tiro al Impala picado de huecos que protege a nuestros enemigos.

Le doy a uno en la mano y sonrío sombríamente mientras se pierde de vista, gritando maldiciones en español. Al siguiente le doy en la cabeza.

Pero, justo cuando regresamos detrás de nuestra camioneta, escucho algo que no encaja: el motor de un auto acelerando.

Joder.

—¡Están tratando de escapar! —grita Lukyan.

Abrimos la camioneta y nos subimos mientras el auto de fuga de los cubanos sale corriendo. Pero al girar la llave en el contacto, solo se produce un triste chisporroteo.

Por supuesto, joder. Este pedazo de mierda ha dado su última vuelta de rueda.

—¡Aquí! —grito y corremos de regreso al frente, hacia el camión que Lukyan y yo tomamos aquí.

Me siento en el asiento del conductor, aprieto el acelerador y voy detrás de los cubanos. Corriendo por las calles, con el pie pisado a fondo, zigzagueando entre los coches, en el camino que finalmente conduce a la autopista, los encuentro.

Conduzco alrededor de los otros autos y me pongo justo al lado de mi presa. Hago fila, esperando mi oportunidad.

Esperando…

Esperando…

Ahora.

Giro mi camioneta completamente hacia la izquierda, inmovilizando la de ellos contra el divisor de cemento. Ambos vehículos se detienen con un chirrido. Rompo la ventana con un codo, meto mi arma por la abertura y me preparo para enviar la muerte al otro auto…

Y luego me detengo.

Evgeniy me mira desde el asiento del pasajero. Está desarmado, indefenso. Sus ojos tienen la fatalidad escrita.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Nunca estuve hecho para esta vida —susurra por encima del sonido del metal que cruje—. Me dieron suficiente dinero para empezar una nueva.

Él todavía podría levantar un arma y dispararme en el último momento. Pero no lo hace.

Sé lo que tengo que hacer.

Así que aprieto el gatillo y acabo con su miserable vida.

Mis hombres hacen lo mismo hasta que no hay forma de que quede nada vivo en ese auto. Entonces es hora de irse, dejando a mi primo muerto y a media docena de nuestros enemigos allí pudriéndose hasta que la policía los encuentre.

Me alejo y sigo acelerando, incluso si ahora no hay nadie a quien perseguir, ni nadie en nuestro camino.

—Mierda —dice Lukyan después de unos minutos de silencio. En su voz está todo: asco, shock, tristeza. Los mismos sentimientos que dejé para más tarde, para mucho tiempo después de esto.

Cuando deba afrontar lo que hice.

MELISSA

Tengo la llave en la mano cuando se abre la puerta del sótano.

He estado sentada en el colchón durante horas, dándole vueltas y vueltas entre mis dedos, yendo y viniendo en mi cabeza como una colegiala arrancando los pétalos de una margarita.

Me ama.

No me ama.

Me ama.

No me ama.

Como era de esperar, no me he decidido.

Cuando baja las escaleras, me levanto de la cama. Parece andrajoso, cansado, pero en el fondo de él está la misma nobleza de siempre. Sus hombros son tan poderosos como siempre, su rostro tan atormentado.

Mientras miro a Bastien y trato de no mirarlo al mismo tiempo, está claro que la mentira que he pasado dos días diciéndome a mí misma es una completa y absoluta mierda.

¿No siento nada por él? Incorrecto. Muy, muy incorrecto.

Siento tantas cosas por él que puedo explotar en cualquier momento. Es una sensación física. El aleteo de un sentimiento en algún lugar profundo de nuestro interior que no tiene nombre.

¿Qué podría haber venido a decir? ¿Que me perdona? ¿Que me condena? Podría ser cualquiera de las dos cosas y no me sorprendería.

—¿Necesitas algo? —es todo lo que dice.

Trago fuerte. —Estaba pensando que un jacuzzi estaría bien. O incluso un jet privado. Aunque me conformaría con un Lamborghini.

—Hm. Lo averiguaré.

Nada en su comportamiento indica que esté de humor para bromear. Pero siento que algo en mi pecho se desplaza ligeramente hacia la izquierda y finalmente puedo respirar de nuevo por primera vez en días.

—Y ya que estás en eso, ¿podrías tener el Lamborghini en oro y adornado con una "M" de diamantes de imitación? Siempre quise eso.

Bastien niega con la cabeza. —¿Una niña encarcelada por cubanos prácticamente toda su vida adulta, y lo que ha estado en su mente son jets privados y autos de lujo? No creo que eso sea lo que quieres.

—Crees que me conoces, ¿verdad?

—No. Antes tal vez pensaba eso. ¿Ahora…? —sus ojos se estrechan—. Bueno, ya no importa.

Cruzo los brazos sobre mi pecho. —¿Eso es lo que viniste a decir?

—No —suspira—. En realidad, vine aquí para preguntarte cuáles son tus sueños.

—Muy gracioso. Ja-ja-ja. Qué chiste tan bueno.

Parpadea lentamente. —No fue una broma.

—¿Mis sueños? No jodas. ¿Qué es esto? ¿Una especie de trampa de palabras?

—Es una pregunta, Melissa —dice en voz baja—. Contéstala.

—Durante diez años no soñé con nada. Nunca esperé salir.

Bastien da un paso lento hacia mí. Su olor me golpea como un maremoto. Siento las rodillas débiles, de repente, inquietas por todas partes, de la cabeza a los pies.

—Patrañas —susurra. Es tan grande que consume todo el espacio frente a mí. Todo el espacio dentro de mí también—. Cuéntame qué soñaste.

Miro directamente a su pecho, porque mirarlo a los ojos podría arruinarme. —Bueno… a veces, cuando era muy tarde en la noche y no podía dormir… cuando era uno de esos días de mierda en el club que no podía soportar, con tíos babosos que me trataban como si fuera basura que les pertenecía… Me imaginaba esta vida. Esta vida que no era mía, que nunca sentí que pudiera ser mía y, sin embargo, tal vez… me imaginaba mi propia habitación. Eso es todo. Solo una habitación que era mía, con una puerta que podía cerrarse con llave. Nada tan simple jamás pareció tan difícil.

Levanto la mirada hacia la suya, aunque es una de las cosas más difíciles que hice en mi vida. —¿Es eso lo que quieres oír?

Inclina la cabeza hacia un lado. —¿Quieres saber lo que yo sueño?

Asiento temblorosamente, sin confiar en mi voz.

—Nada. Ni una maldita cosa durante toda mi vida… hasta que te conocí.

Mi aliento se queda atrapado en mi garganta. Todo lo demás se desvanece hasta que todo lo que queda es *él*, mirándome con una mirada que todavía no puedo descifrar.

—Y entonces te conocí, Melissa, y comencé a soñar. Soñé tantas cosas que ni siquiera sé las palabras para expresarlas. Pero estabas en todas ellas. Cada una de ellas.

—¿Qué pasó esta noche? —susurro—. ¿Qué cambió?

—Solo negocios.

—Bastien.

—Muchos negocios —admite—. Ayer les dimos un duro golpe a los cubanos. Y ahora la Bratva quiere un cambio.

Mi mayor temor se escapa de mis labios antes de poder siquiera considerar lo plausible que es. —¿Te irás?

—No —dice—. Quieren que sea el don aquí. Al igual que mi hermano Dmitry en Nueva York y Gavriil en Boston.

Mi corazón late con fuerza contra mis costillas. —¿Qué es lo que quieres hacer? —le pregunto con un graznido tembloroso.

Me mira y luego aparta la vista. Dios, tiene un perfil tan hermoso. Podría cantar una canción solo sobre la orgullosa protuberancia de su barbilla. La alta y noble porción de su nariz.

Él se queda allí, no me mira y no me responde.

Vuelvo a decir—: ¿Qué quieres, Bastien?

—¿En este preciso instante? —vuelve su mirada hacia mí—. Quiero escucharte cantar.

—No cambies de tema —espeto.

—No lo estoy haciendo.

—De todos modos, no puedes pagar mis honorarios. Concéntrate, Bastien. Responde la pregunta. *Dime qué quieres.*

Hay una larga pausa mientras mira fijamente la grieta que dejó en la pared. Tal vez las cosas rotas puedan repararse, si él está dispuesto a intentarlo.

—Lo que quiero —dice finalmente, con voz áspera—, es poder volver a confiar en ti. Olvidarme del pasado e intentar algo en el aquí y ahora. Lo que quiero eres tú. Aquí y ahora. Conmigo.

Me mira desde todos esos kilómetros de altura. El hombre más grande que he conocido en todos los sentidos importantes. El más fuerte. El más valiente. El más amable, aunque él no lo sepa. El más misericordioso. El más cariñoso.

El más mío.

—Puedes confiar en mí, Bastien —le susurro.

Él asiente. —Lo sé.

MELISSA

—¿Puedo saber a dónde me llevas? —le pregunto mientras me guía escaleras arriba.

—Es una sorpresa —dice simplemente—. Lo descubrirás muy pronto.

Subimos las escaleras de madera hasta el segundo piso, recorremos un pasillo tan ancho como mi antiguo apartamento y atravesamos una ornamentada puerta con pomo dorado por la que nunca pasé.

Y ahí está: una habitación.

Una habitación decorada con muebles magníficamente tallados, hermosas sábanas de seda y una hermosa vista del océano a lo lejos.

Me giro hacia él, con lágrimas en los ojos. —¿Esto… no es…?

—Las impresiones artísticas están en camino.

—Bastien —digo—. Esto no es…

—Lo es —él asiente—. Todo tuyo.

Me quedo ahí unos segundos, asimilando todo. Cada pequeño detalle. El plano nítido de las sábanas de marfil. La cálida pintura dorada de las paredes. El volante carmesí a lo largo del borde inferior de la pantalla de lámpara.

Mío. Incluso en mi cabeza, usar esa palabra para este lugar no parece encajar.

Una habitación propia.

Todo lo que quería.

Echo un vistazo furtivo detrás de nosotros. Bastien lo ve y guiña un ojo. —La puerta se cierra con llave.

Se me llenan los ojos de lágrimas. No tiene idea de lo que significan esas palabras.

La puerta se cierra con llave… este lugar realmente es mío. Puedo quedarme aquí y elegir cuándo vengo y cuándo me voy. Tengo el poder. La libertad.

Este lugar es mío. Mi puerta se cierra con llave y finalmente soy verdaderamente libre.

Puede verme luchando por encontrar las palabras. —Si vamos a estar juntos —dice—, lo quiero en tus términos. Te quiero, pero te quiero libre. De ninguna otra forma.

De todas las cosas posibles con las que podría responder a eso, elijo la peor: me río.

La mirada de Bastien se oscurece.

—¡Lo siento! —digo, emocionada como una niñita—. Solo… nunca seré completamente libre, en realidad no. No cuando me preocupo por ti como lo hago. Eso es todo.

De repente, se me ocurre algo más. —Espera… ¿entonces no dormiremos en la misma habitación?

Él arquea una ceja. —Nunca dormirías.

—Oh, oh. ¿Eres un roncador?

—No. Simplemente no podría quitarte las manos de encima.

Me sonrojo mucho, y luego lo miro a través de mis pestañas. —Sin embargo, lo estás haciendo bastante bien en este momento.

Él sonríe. —Ahora que lo mencionas…

Lo siguiente de lo que soy consciente son sus labios sobre los míos, su lengua en mi boca. En realidad, todo lo demás solo nos trajo a esto. Evitando esto, tratando de negarlo. *Nosotros*, esta perfección que ocurre cuando estamos juntos.

Él y yo. Nuestros cuerpos dando sentido a lo que nuestras mentes no pueden.

Nos besamos camino a la cama y él me toma como siempre lo hace: como si nunca pudiera volver a hacerlo. Y me entrego a él en todas las formas posibles.

Después estoy en sus brazos. Lo último que quiero hacer es irme. Bastien es un horno humano y la calidez que emana me hace sentir somnolientamente alegre.

—Parece que estrenamos la cama —le digo a la perfección de su pecho.

—Apenas estamos comenzando, *kotyonok*.

Suena una alarma. Bastien se pone rígido. —Casi lo olvido —se queja—. Será mejor que nos vayamos.

—¿A qué?

—Mis hermanos y mi madre aterrizan alrededor de la medianoche. Solo tenemos una hora, más o menos.

—¿Qué? —me siento, alarmada—. ¿De qué estás hablando?

—Vístete —es todo lo que dice. Bastardo críptico.

—¿Para qué me visto? —llamo. Pero ya está desapareciendo por el pasillo. No me importa verlo irse, si soy honesta. Extraño su calidez y su aroma, pero ver el musculoso trasero de ese hombre flexionándose con cada paso me hace cosas peligrosas.

Se me ocurre que todos los suéteres usados que Bastien me ha estado dando para usar durante las últimas semanas están A) en el sótano y B) no son adecuados para ningún evento. No sé qué haremos, pero sé que no puedo usar eso.

Actuando por impulso, me levanto y camino desnuda hacia una puerta que no había notado antes. Cuando la abro, veo…

—Ay, Dios mío.

Es un vestidor, pero probablemente podría cobrar cuatro mil dólares al mes si lo alquilara. El espacio es cavernoso, y está absolutamente lleno de arriba a abajo de ropa, zapatos y carteras.

—Jo… der —murmuro para mis adentros. Camino por los estantes, mis manos hojeando con entusiasmo un hermoso vestido tras otro—. ¡Joder!

De repente, quiero llamar a Kayla y mostrarle todo esto por videollamada. Una risa burbujea en mí. No estoy segura de si debería dejarla escapar, para que no se convierta en un llanto exagerado.

Esto es demasiado sorprendente. Demasiado tremendamente maravilloso. Demasiado bueno para ser verdad.

Me lleva unos minutos decidirme finalmente por un vestido. Ni siquiera me molesto en intentar verlos todos… eso me llevaría casi una hora. Afortunadamente, el único criterio que realmente tenía que cumplir era “no demasiado puta”. Después de todo, aparentemente voy a conocer a la familia de Bastien.

Parece un poco repentino, pues recién me ascendieron de “prisionera del sótano” a “compañera de cuarto”, pero el hombre solo sabe operar a una velocidad. ¿Quién soy yo para frenarlo?

Mientras me ducho, me maquillo y me visto, me pregunto qué les habrá contado sobre mí. *Por cierto, ella era stripper y trabajaba para los cubanos.*

Un escalofrío me recorre, aunque lo ignoro. Lo que sea que Bastien les haya dicho, probablemente no fue eso. No me parece el tipo de persona que se concentra en los detalles.

Acabo de terminar de aplicarme el rímel en las pestañas superiores cuando Bastien viene a buscarme él mismo. —¿No confiabas en que estaría lista a tiempo? —bromeo, recogiendo mi bolso.

—Ni por un segundo —dice con una sonrisa franca—. No soy ningún tonto.

—Eres muchas cosas, Bastien Nikolaev. Pero no eres tonto.

Me guiña un ojo, engancha su brazo en el mío y nos vamos.

El viaje es tranquilo y sin incidentes. Aunque el apretón de manos de Bastien en el coche es reconfortante, parece que no puedo controlar mis nervios.

—Bastien… —digo.

—No te preocupes —dice—. Mi familia te amará.

—No es solo eso —digo—. Es… José.

Un nuevo surco aparece en la frente de Bastien. —¿Qué hay de él?

—Sé que probablemente tengas todo controlado, solo… lo conozco. Le encanta el simbolismo. Si se entera de esto, hará todo lo que esté en su poder para asegurarse de que sea la última cena para ti y tu familia.

—No tengo ninguna duda de que se enteró —se limita a decir Bastien.

—Pero…

—Melissa —suspira Bastien—, ¿de verdad crees que mi Bratva dejaría un evento como este sin vigilancia? Tendremos francotiradores en los tejados cercanos y hombres en cada puerta. Evaluamos y reevaluamos dos veces a todos los que trabajan o asisten. Cualquiera que no haya pasado la prueba se ha quedado sin trabajo. Lo tenemos controlado. Confía en mí.

Pone su otra mano encima de la mía.

—Sí confío en ti, ¿sabes? —levanto mi mirada hacia la suya con una pequeña sonrisa—. Con mi vida.

—Lo sé.

—Cuéntame más sobre tus hermanos —digo, para cambiar de tema antes de ponerme demasiado sentimental—. ¿Algún consejo?

—No se necesitan consejos.

—¿Qué tal un solo consejo, singular?

—Melissa —reprende—, no hay nada de qué preocuparse. Les agradarás. Confía en mí.

—Sigues diciendo eso. Estoy empezando a preocuparme más.

—Vale. ¿Quieres el expediente Nikolaev? Gavriil es el bromista de la familia, el don de Boston. Recientemente se comprometió con Hannah Hall, que también estará aquí esta noche. Dmitry es el mayor, el don de Nueva York y esposo de Shannon. Él es padre, también, no hace mucho.

Le doy un codazo. —Así que los hermanos 1 y 2 están comprometidos. ¿Eso significa que me sacaste del sótano porque era tu turno?

—Gavriil pensó que debería llevar una muñeca sexual inflable a la cena, pero le dije que sería más divertido beber contigo.

—¡Oye! —le doy un golpe juguetón.

La mirada de Bastien se oscurece. —Créeme, esto era lo último que quería que sucediera.

—Ah, eso está mucho mejor, gracias —me burlo—. Mi corazón canta de alegría.

Él simplemente se encoge de hombros. —Dijiste que querías la verdad.

—¿Yo dije eso?

—No en realidad. Pero eso es todo lo que hago, así que tendrás que aceptarlo.

—Entonces, ¿qué pasó? —le pregunto, genuinamente curiosa—. Con nosotros, quiero decir. Te fuiste como si quisieras matarme. Y luego simplemente… ¿cambiaste de opinión?

—Podrías decirlo.

—Eso es un poco vago. ¿Podrías elaborar?

Bastien me mira con unos ojos tan penetrantes que me hace moverme en mi asiento. Como si estuviera viendo mi alma, cada cosa mala y de mierda que hice.

—Te vi tal como eres —dice en voz baja—. Y fue todo lo que necesitaba saber.

—Ah —eso es todo lo que puedo decir, después de esas palabras, bajo esa mirada.

Y luego, apoyo mi cabeza en su hombro y ya no estoy preocupada.

Solo estoy feliz.

MELISSA

Es un aturdimiento feliz, los siguientes minutos de tranquila felicidad.

Y luego, demasiado pronto, llegamos al restaurante. Bastien sale primero y me sostiene la puerta. Tan pronto como salgo, su mano toma la mía para ayudarme a levantarme.

Llegamos por la entrada dorada de dos pisos de altura del restaurante justo cuando sus hermanos y su madre llegan a la acera detrás de nosotros.

—¡Bastien! —exclama su madre, envolviéndolo en un abrazo, acompañado por el ruido de los numerosos brazaletes de oro en sus muñecas—. Qué bueno verte por fin.

Un hombre que parece una versión más dura de Bastien se ríe mientras se inclina para decir—: No deja de decir lo mucho que te extraña. Creo que fui degradado al tercer hijo favorito.

Bastien sonríe y le susurra—: Odio decírtelo, pero siempre has sido tercero, Gav.

Ah, entonces ese debe ser Gavriil. Y el otro hombre que ahora estrecha la mano de Bastien, el que tiene la misma nariz y pómulos, pero los ojos más estrechos, ese debe ser Dmitry.

—Deberías estar orgulloso —le dice Dmitry a Bastien—. Mantenerte firme como lo has hecho aquí, con todo tan desorganizado y acalorado como ha estado. Pero los cubanos recibirán lo que les espera muy pronto.

Bastien inclina la cabeza en señal de acuerdo. —Lo harán.

—Esta noche cerraremos el trato —coincide Gavriil, abrazando a sus hermanos con una sonrisa —. Pero primero, comamos, porque *me muero* de hambre.

Las dos hermosas mujeres que acompañan a los hermanos Nikolaev… una morena y otra rubia… se quedan atrás como yo mientras los chicos hablan. Me ven mirando y se acercan de inmediato con grandes sonrisas.

—¡Hola! —dice la rubia alegremente—. Soy Hannah.

—Y yo soy Shannon —añade la morena.

—Melissa —les murmuro. Me pregunto de nuevo qué habrán oído sobre mí, qué piensan de mí. ¿Elegí el vestido correcto, los zapatos correctos? ¿Sonrío demasiado o no lo suficiente?

Pero, antes de que pueda tropezar más torpemente con estas presentaciones, Bastien se acerca para rodearme los hombros con un brazo. —Madre —le anuncia a la mujer delgada y de ojos penetrantes—, ella es Melissa.

Ella me mira, fría y evaluadora. ¿Es porque ella siempre luce así, o hay algo en mí en particular que necesita una revisión cuidadosa?

—Hola —extiendo una mano. *Mantente tranquila, Mel. Todo está bien*—. Es un placer conocerte finalmente.

—Esta es mi madre —me dice Bastien—. Vanna.

Estoy a punto de salir de aquí cuando el comportamiento gélido de Vanna finalmente se quiebra. Ella extiende una mano amable y una sonrisa. —Me alegro de conocerte finalmente también, querida. He sentido curiosidad por la mujer que finalmente logró robarle el corazón a mi hijo. Estaba empezando a pensar que estaría soltero para siempre.

Por muy elegante que parezca, su apretón de manos es férreo: fuerte e implacable.

—Él es un buen hombre —le digo, sonrojándome—. Lo hiciste bien.

—Sí —concuerda Vanna—. Lo hice, ¿no?

—Es hora de hacer negocios —gruñe Bastien—. Vamos, hermanos. Señoritas, volveremos.

Sin molestarse en esperar una respuesta, pasa junto a las relucientes mesas del restaurante y se dirige hacia la parte de atrás.

Vanna sonríe con malicia. —Mientras ellos se divierten, nosotras hagamos lo nuestro.

Aunque, mientras nos dirigimos a una habitación privada en la parte de atrás, pasando junto a retratos cubistas y música de guitarra castellana de una banda de aspecto extraño, la palabra que me viene a la mente no es “diversión”. Quizás para las tres mujeres elegantes que entraron primero, pero no para mí.

Más bien “muy estresante”. Son dos palabras, pero entiendes el punto.

Entiendo que Bastien tiene un aura misteriosa que cultivar en todo momento, pero estoy un poco molesta por no haber tenido más preparación sobre cómo comportarme aquí. ¿Quedarse sola con tres desconocidas virtuales, una de las cuales es la aterradora madre de Bastien?

No es exactamente un paseo por el parque.

—Querida —Vanna hace una pausa.

Mi mirada se dispara y me doy cuenta de que soy yo por quien ha interrumpido su ligera conversación con las demás. Incluso su sonrisa más amable tiene un aire autoritario, que me hace compadecer a cualquiera que haya tenido la desgracia de ponerse de su lado malo.

—No necesitas parecer tan preocupada —continúa—. No mordemos.

—Nosotras, las chicas, tenemos que permanecer juntas —coincide Shannon.

¿Otra mujer segura de sí misma, elegante y llena de confianza por la que sentirme intimidada?

Sí, sí y… sí.

—Lo siento —murmuro—. Aún queda mucho por procesar.

—No te disculpes —Hannah encoge sus hombros con manga de seda—. La primera vez que conocí a Vanna me sudaban tanto las manos que me preguntó si me olvidé de secarlas.

—También nos dispararon —interviene Shannon con una sonrisa arrepentida.

—Ah, ¿lo hicieron? Me olvidé de eso —Hannah se ríe sarcásticamente mientras va a sentarse a la mesa—. Ya verás, Melissa. Las cosas pueden ponerse muy emocionantes por aquí.

—No tan emocionantes, espero.

Todas se ríen con gusto. ¿Porque fue gracioso o porque se compadecen de mi malestar? Probablemente una pequeña ración de cada una, me imagino. Pero lo aceptaré. Poco a poco, siento que empiezo a relajarme.

Puedo hacer esto.

Las sigo y elijo un asiento vacío en la larga mesa frente a Vanna, que todavía me mira con esos ojos oscuros, líquidos y vacíos. Un vacío que podría significar casi cualquier cosa.

¿Qué pasa con esta familia y ser innecesariamente crípticos?

—Bastien y yo nos conocimos durante un poco de caos —suelto—. Así que más tiroteos sería normal.

Las dos chicas se ríen, mientras Vanna se endereza en su asiento de madera tallada con un repentino estado de alerta, como un halcón que detecta una presa. —En realidad, Bastien no mencionó cómo se conocieron.

—Ah —puede que haya sido a propósito. Déjale a Bastien a tener tanto tacto como yo falta de él.

Vanna suspira con un gesto de su mano, recostándose en su asiento, pero de alguna manera mantiene una mejor postura que yo. —Típico Bastien: *todo en secreto*, siempre. Incluso cuando era bebé, apenas lloraba. Tenía la peor infección de oído y yo no lo sabía durante semanas. Él simplemente se sentaba ahí, esa pequeña albóndiga gordita, con esos ojos grandes y hermosos, mirando y mirando, lo más tranquilo posible —redirige esa mirada hacia mí una vez más—. Estoy segura de que tú eres mucho más habladora, ¿verdad, Melissa? Cuéntanos acerca de ti.

Trago saliva. *¿Qué debería decirles?*

¿Que soy bailarina? ¿Ex prisionera? ¿Una esclava cubana?

¿O, probablemente más sabio, ninguna de las anteriores?

Finalmente, fuerzo una exhalación. Puedo sentarme aquí retorciéndome y esperar que las cosas mejoren. O puedo ser honesta y directa y ver qué pasa.

—Era prisionera de los cubanos cuando Bastien me conoció —les digo—. Se suponía que debía espiarlo.

Tres pares de cejas se levantan. Mi corazón late con fuerza.

—Pueden ver lo bien que eso salió —les digo con tristeza.

El silencio tiene su propia pregunta: *¿Cómo sabemos que no estás espiando ahora?*

—No sé cómo hacer que me crean —digo con cautela—, pero amo a Bastien con todo mi corazón. Nunca haría nada que pudiera lastimarlo.

Más silencio. Nunca lo odié más.

—Mi querida niña —dice Vanna de pronto—. Mírame.

Miro esos inteligentes ojos plateados y trago saliva. Es fácil ver de dónde sacó Bastien, esa habilidad de atravesar mi corazón. Su mamá lo ha estado haciendo desde mucho antes de que él naciera.

—Por supuesto que lo amas —asiente con aprobación—. Puedo verlo. Y Bastien no es tonto. Si él confía en ti, yo confío en ti.

Una pequeña sonrisa está pensando en aparecer en mi cara, solo tal vez. —Gracias.

Vanna solo se ríe. —No me agradezcas. Para ser honesta, fue tu receta de salteado la que realmente me convenció —ella me guiña un ojo, solo para hacerme saber que bromea.

—¿Bastien te contó eso? —pregunto.

Resopla. —Es lo único que me diría. Nada sobre tu edad o pasado, nada. Pero ahora puedo ver que eres una mujer fuerte, con una buena cabeza sobre tus hombros.

Dios, esto se siente como recibir un cumplido de la Reina de Inglaterra.

—Y no te preocupes por cómo conociste a Bastien —interviene Hannah—. Yo era la empleada de Gavriil y dirigía su club.

—Y yo era parte de un matrimonio arreglado con una mafia enemiga —dice Shannon. Al ver mi cara, se ríe y añade—: Es una larga historia.

Eso nos hace comenzar a charlar fácilmente sobre cada hermano Nikolaev y sus peculiaridades. El vino que trae el camarero no viene mal. Parece que poco después los chicos regresan, todos sonrisas y palmadas en la espalda de Bastien.

Gavriil mueve las cejas mientras se coloca junto a Hannah. —¿Sobre qué han estado chismorreando ustedes, señoritas?

La sonrisa de Shannon es dulce. —Ay, solo de la suerte que tiene Bastien de haber encontrado a Melissa.

El ceño fruncido de Bastien es medio divertido. —Suena cierto.

Como si fuera una señal, el camarero pasa para rellenar nuestras bebidas y tomar nuestros pedidos de comida. Está apenas a un paso de distancia cuando Bastien inclina su cabeza hacia la mía. —¿Todo bien?

—Estaba súper nerviosa —admito en voz baja—. Pero en realidad todo va muy bien. Tu mamá, Shannon y Hannah han sido súper amables.

Solo alguien que conoce bien a Bastien podría darse cuenta de que un poco de tensión aparece en su rostro. —Ah, bueno. Le dije que se lo tomara con calma contigo. No es que realmente esperara que lo hiciera.

—¿Gracias, supongo?

Presiona un beso en mi mejilla. —No. Gracias *a ti*.

—¿Por?

—Por estar aquí.

—Es mejor que el sótano.

El resto de la comida transcurre en un delicioso y feliz momento. Todos conversan alegremente y tranquilamente con los demás. El vino fluye, la comida es buena. Y, con Bastien a mi lado, ya no me siento nerviosa ni tengo miedo… de nada.

Es una sensación cálida. Segura. Como si ya no tuviera que estar alerta, observando todo lo que hago o digo, observando a todos los que me rodean en busca de signos de violencia inminente.

Se siente como si… bastante loco, realmente pudiera hacer esto.

Puedo verme haciendo esto… estar aquí con todos estos rusos irónicos y descarados, al lado de Bastien. Puedo verme en esta vida en el futuro.

Tal vez.

Bastien me aprieta la mano y vuelvo en mí. Me lleva unos segundos darme cuenta de lo que pasa: la música se detuvo.

—Es tu señal —Bastien se inclina para susurrarme al oído.

Mi frente se arruga. —Mi señal… ¿para qué?

Bastien se levanta y me arrastra con él. —Vamos.

—Bastien —digo en voz baja, aunque dejo que me lleve a la habitación contigua—, no creo…

—No te preocupes —dice—. Estaré aquí.

Dentro de la sala principal, hay una plataforma elevada que estaba demasiado nerviosa para notar cuando entré. La plataforma elevada tiene un micrófono, está vacía y pasa desapercibida… por ahora.

Ay, Dios.

Nos detenemos frente a ella.

—¿Qué pasa? —pregunta, mirándome.

—Es solo que… yo solo…

¿Cómo explicarlo? Que, claro, me ha encantado cantar toda mi vida y este debería ser un día más, pero no lo es.

Que una gran parte de mí ya está abrumada por la emoción y no estoy segura de qué saldría si abriera la boca.

Que hoy ya ha ido tan bien que no quiero arruinarlo.

Pero Bastien ya me está guiando al escenario. —Puedes hacerlo.

Las cabezas se vuelven hacia nosotros. La banda está agrupada a un lado, mirándonos expectantes, con los instrumentos listos.

Bastien se acerca al micrófono y asume su personalidad con una sonrisa fácil y despreocupada.

—Y ahora, todos… amigos, familiares, colegas, empleados… quiero agradecerles por venir. Tenemos suerte de tener tantos seres queridos bajo un mismo techo.

Qué lindo tonto: se agacha sobre el micrófono y lo agarra con dos manos tensas como si fuera a salir corriendo. Al principio sonrío. Luego miro hacia el restaurante y me doy cuenta con un sobresalto de que *cada persona aquí está en la Bratva*. Al menos un centenar de rusos con ojos de acero, expectantes por lo que sea que Bastien esté a punto de obligarme a hacer.

—Tengo un regalo especial para ustedes esta noche —dice Bastien—. ¿Melissa?

Trago espesamente. Es curioso cómo he cantado tantas veces frente al micrófono que he perdido la cuenta. Sin embargo, esta vez, mientras camino hacia allí y Bastien se aleja para pararse fuera del escenario a un lado, puedo sentir que se me cierra la garganta mientras lo hago.

Me golpea de repente: *¿Qué canción?*

Sí, podría cantar una de mis canciones habituales… un montón de canciones en español que a los rusos probablemente no les gustarían. Probablemente, no la mejor idea. Por mucho que Bastien haya mantenido los labios cerrados sobre mí, tiene que haberse corrido la voz.

Y ahora todos esos ojos hostiles y ávidos se posan en mí.

Trago, pero el nudo en mi garganta no desaparece. Tampoco los golpes en mi cabeza. *Piensa, Mel, piensa*. Tiene que haber una canción. Tiene que haber algo, alguna canción de amor. Algo fácil e inofensivo…

Una sonrisa parpadea en mis labios… eso es.

Fuerzo una tos… no, parece que el nudo en la garganta llegó para quedarse… y luego le digo a la banda el nombre de la canción.

Intercambian una mirada. Es una elección extraña, pero mi mente está prácticamente en blanco en este punto, así que necesitaré que sigan la corriente.

Empiezan los tambores.

Luego la guitarra.

Y luego aquí vengo, en tres, dos…

Ay, joder, joder: ¿qué estoy haciendo?

Vuelvo a examinar a la multitud y, de repente, se me cierra la garganta. Me han inculcado diez años de condicionamiento: *no confíes en nadie*. Pero lo que estoy a punto de cantar es confianza del más alto nivel.

No puedo cantarle esta canción a literalmente extraños, no con todo lo que confiesa la letra. Quizá si Bastien y yo estuviéramos solos… pero ¿aquí?

Mi mirada se posa en Bastien, a un lado. No nervioso en lo más mínimo. Solo expectante. Seguro.

Cree en mí.

Así que no puedo decepcionarlo. No después de todo lo que hizo para hacerme sentir segura.

Justo a tiempo para apenas mi señal, canto—: *Cada vez que estoy a solas contigo / Me haces sentir como si estuviera en casa otra vez / Cada vez que estoy a solas contigo / Me haces sentir como si estuviera completa otra vez.…*

De todos modos, no le estoy cantando al público. Le estoy cantando a Bastien.

El hombre que salvó mi vida en todas las formas posibles.

El que me mostró de lo que los hombres son capaces, de la mejor manera.

Cuantas más palabras y verdades salen de mí… —Por muy lejos que estés, siempre te amaré… —más fácil se vuelve. Después de todo, solo le estoy diciendo la verdad. Las palabras se cantan solas.

Ese rasgueo final de la guitarra se desvanece y el shock me atraviesa a su paso. La habitación está en un silencio sepulcral.

Durante medio segundo, me horrorizo. He dicho demasiado. He sido obvia e ingenua.

Pero entonces, a través de la puerta, veo el rostro lloroso de Vanna. Más cerca, Bastien sonríe.

Yo sonrío. La multitud estalla en aplausos.

Lo hiciste.

Y, en ese preciso momento, la pared del fondo explota.

BASTIEN

La explosión succiona el aire de la habitación. El polvo y el hedor a humo de pólvora lo reemplazan.

Alguien llora. Alguien más grita.

Melissa…

No puedo permitir que le pase nada a Melissa.

Subo al escenario. —¡Cubran el agujero! —les grito a mis hombres.

Ya están de pie, salen corriendo de sus mesas. Detrás de mí, puedo oír a Gavriil y Dmitry, rugiendo instrucciones a sus hombres también. Delante de mí, Melissa baja lentamente del escenario, con cara de asombro.

Tengo que llegar ahí a tiempo.

Es extraño cómo, detrás de ella, la banda no reacciona como debería un grupo de músicos civiles. Se mueven con propósito y enfoque láser…

Mi mano salta hacia mi arma.

Esa no es una banda. Las bandas no llevan AK-47 en la batería.

—¡Agáchate, Melissa! —le grito.

Se da vuelta, congelada ante lo que está viendo. Lo que yo debí haber visto… *Bastien, maldito tonto.*

Era el bajista, el que estaba al fondo del escenario. El que ahora se quita una grasienta peluca negra y gafas de cuerno.

Puto José Correa.

Ya es demasiado tarde, pero Melissa se sale del escenario el resto del camino. Corro hacia adelante para atraparla.

Pero no estoy lo suficientemente cerca, no soy lo suficientemente rápido, y dos de los hombres de José que están más cerca saltan hacia adelante y la agarran en el aire.

Hago lo único que puedo hacer: levantar mi arma y dispararles a ambos en la cabeza.

Caen del escenario y sus cuerpos trajeados golpean el suelo de madera. Melissa tropieza, pero logra caer sobre manos y rodillas.

Ya casi estoy allí… tan cerca…

Pero, una vez más, no lo suficientemente cerca.

Ahora José la agarra y le rodea la cintura con el brazo. Le apunta con un arma a la sien, aunque su fea sonrisa apunta directamente a mí.

—Acércate un poco más, ruso. Adelante, inténtalo.

El brillo asesino en sus ojos me insta: *Te desafío.*

Me detengo a unos metros de distancia. Detrás de mí, hay disparos y gritos de nuestro lado, voces cubanas alzadas con alegre sed de sangre mientras atraviesan el agujero de la reciente explosión en el lado opuesto. Veinte, cincuenta, cien. Ni siquiera puedo notar.

Ya perdimos a docenas de hombres. Los escombros acabaron con cinco o seis mesas llenas de hombres de Bratva sentados cerca de la pared, y la primera oleada de disparos a través del humo despejó otro puñado. Es una puta burla.

Vuelvo a mirar a José. Me sorprende que aún no haya hecho ningún movimiento.

En cambio, frunce el ceño y mira expectante por encima del hombro, mientras murmura algo en español. Quizás otra bomba que no explotó.

Sea lo que sea, no puedo concentrarme en eso. No puedo concentrarme en nada más que en la forma en que este hijo de puta agarra a Melissa… como si fuera un trozo de carne. Como si ella le perteneciera.

Tengo tantas ganas de enterrar una bala en su cráneo que me pica. Pero no puedo arriesgar a Melissa. Tiene que haber otra manera.

—¿Otro error? —le pregunto, señalando hacia donde mira. Cuanto más pueda mantenerlo distraído, mejor.

Los ojos incoloros de José parpadean hacia mí con enojo, y sé que tengo razón.

—Esto fue una sorpresa —gruño, manteniendo mi vista fija en él—. Al menos, en eso lo has hecho bien.

La sonrisa de José es inquietantemente suave. —Hemos hecho mucho más que eso bien.

Su mirada parpadea detrás de mí ante la escena que se desarrolla. También doy otra mirada rápida en esa dirección, todavía luchando por darle sentido a lo que veo. Todo el sentido que se le pueda dar al caos puro.

Los cubanos que atacan ni siquiera parecen apuntar hacia donde disparan sus balas.

Eso coincide con los informes que he oído: que no son demasiado quisquillosos a la hora de matar. Joven o viejo, hombre o mujer, mafioso o espectador inocente… no les importa. La

muerte es muerte. Por lo que parece, incluso están dándole a algunos de sus propios hombres.

Los cabrones viciosos solo quieren sangre.

De los hombres de Bratva que sobrevivieron al ataque inicial, todos y cada uno de ellos reaccionaron como debían. Empujaron las mesas de lado como barreras improvisadas y comenzaron a responder al fuego. Por ahora, al menos, el flujo de gilipollas cubanos a través del hueco en el muro se ha ralentizado. Pero la habitación está iluminada y ruidosa por los disparos.

—Se necesita mucho más para ganar una guerra —le digo a José.

Mi mirada se dirige a Melissa… *te sacaré de esto.*

—Estaré bien —grita—. ¡Solo vete!

—Ni de coña.

—Deberías escuchar a la chica —la voz de José es agradable mientras la lleva de espaldas al escenario sin siquiera mover el arma de su sien—. Puede que no sea inteligente, pero tiene razón en esto.

—Cierra la boca —le gruño—. No quiero escuchar ni una palabra que tengas para decir.

Avanzo poco a poco al mismo ritmo lento que él retrocede.

Ante el ruido de un movimiento cercano, me giro y le disparo a un cubano en el cuello justo cuando levanta su arma para dispararme.

—Haz lo que quieras —ahora, José traza un tierno círculo con la boquilla del arma en la mejilla de Melissa—. Solo conseguirás que te maten. Ella podrá verlo.

—Te estás engañando, Correa —una bala se hunde a mis pies. Me giro y disparo por donde vino. Ni siquiera espero a ver el cuerpo del tirador caer al suelo—. Tú y tus hombres han terminado.

Mantener mi atención dividida entre José y los cubanos que piensan que soy un objetivo distraído no es fácil, pero es necesario. No dejaré que se lleve a Melissa. Ni de coña.

—Terminamos de jugar con ustedes, muchachos, sí. ¿Terminados por completo? En eso estás muy equivocado, amigo mío.

Luego, retrocede hacia la puerta batiente de la cocina mientras Melissa grita.

Corro tras ellos. Entrar en una habitación sin inspeccionar es tan estúpido como parece, pero al diablo con las reglas y procedimientos: es mi mujer a la que está manoseando. Haré lo que sea necesario para recuperarla.

Me sumerjo detrás de una mesa de preparación tan pronto como entro a la cocina. Pero, cuando me levanto, lo único que veo son más utensilios de cocina. Algunos todavía en humo. Algunos todavía chisporrotean. No hay una persona a la vista.

Joder.

Luego, al fondo de la habitación, veo una puerta moviéndose sutilmente. *Por allá*.

Corro hacia ella, la abro de una patada y pillo a José intentando arrastrar a Melissa hacia la esquina. Parece como si ella le hubiera apretado los dientes en el antebrazo. Sangra y maldice y, mientras observo, le da un fuerte golpe en la mandíbula con la pistola. Su mordida se afloja. Su grito me hiela la sangre.

—¡Déjala ir! —rujo—. Déjala ir y podría incluso matarte misericordiosamente.

José simplemente sonríe y transfiere la punta de su arma a la sien de Melissa. —Me gustan mis probabilidades tal como están.

Ver a Melissa así… puños agarrados a su propio vestido con impotencia, ojos verdes muy abiertos y planos por la sorpresa… hace que apriete más el arma.

Me duele cuánto tenso el dedo para evitar que instintivamente apriete el gatillo.

Sin importar las probabilidades, nunca había reprimido un tiro como este. Jamás. Siempre he sido el mejor tirador, el más rápido. Pero esta vez no puedo apostar. No puedo correr el riesgo.

Si me apresuro… podría matarla.

No, necesito cronometrar bien. No tendré una segunda oportunidad.

Hago una pausa y, manteniendo la mitad de mi concentración en José, uso la otra mitad para orientarme.

La mitad trasera de la cocina es muy parecida a la primera. Electrodomésticos de cromo reluciente, ollas hirviendo cuando todos huyeron ante el sonido de la explosión. Veo verduras medio cortadas en cubitos, y cuchillos todavía clavados en las tablas de cortar.

—Me dolió mucho cuando supe lo que hiciste —le dice José a Melissa. En realidad, me está hablando a mí. Burlándose de mí con su vulnerabilidad. Retándome a hacer algo al respecto.

Continúa—: Después de todos esos años que te cuidamos, te alimentamos, te vestimos y te dimos un lugar donde quedarte. Te tratamos como familia… ¿y así es como nos pagas? ¿Relacionándote con putos rusos sucios? ¿*Traicionándonos*?

Cuando ella todavía no responde, él la sacude nuevamente.

—Quítale tus manos de encima —gruño.

La mirada de José se desvía hacia mí, casi aburrida, como si recordara que estoy aquí. Todo parte de su acto. Los hombres enfermos como él viven para estos espectáculos. —Tu no entiendes. “Encima de ella” es donde pertenecen mis manos. Ella es mía, después de todo.

—Nuevamente equivocado.

José muestra una sonrisa de dientes largos. —Crié a la perra. ¿O no te lo dijo? —suspira con tristeza—. No importa. Ahora es el momento de que regrese a casa.

—Te mataré —gruño—. Te mataré como a una puta oveja.

—Ah, no dudo que te *gustaría* —su voz es agradable. Su mirada tímida—. Muchos hombres han deseado lo mismo. Y, sin embargo, aquí estoy.

Si no lo supiera mejor, pensaría que este hombre es un cobarde, una comadreja. Es al menos treinta centímetros más bajo que yo y cincuenta kilos menos. Regordete y flaco al mismo tiempo, con la boca abierta y los ojos apagados. El rostro de un hombre que debía pasar desapercibido por la historia y morir sin que una sola persona asistiera a su funeral.

Pero él eligió un camino diferente.

Se convirtió en un capo. Se convirtió en el dios de Miami.

Y ahora se ha convertido en un hombre muerto que camina.

Aunque tengo que andar con cuidado. Una mirada a José y lo puedo ver: la gente lo ha estado subestimando toda su vida. Sería fácil cometer el mismo error… demasiado fácil.

Y fatal, para uno o ambos.

—Tú te hiciste esto a ti mismo, ¿sabes? —comenta José—. Viniste a mi ciudad, tan arrogante y orgulloso, y pensaste que simplemente podías tomar, tomar, tomar. Típicos rusos: solo se preocupan por ustedes mismos. No se trata de qué es lo mejor para tu gente, tu ciudad. Podría haberte dejado ir tranquilamente… si hubieras aceptado irte.

—De alguna manera, no lo creo —arrastro las palabras.

Él se ríe. —Quizá no. Aprendí que el mejor regalo de despedida para un ruso es un cuchillo en la espalda. Te he traído un regalo así. ¿Te gustaría tenerlo ahora?

—Ven y dámelo —me burlo de él, adoptando una postura de lucha—. Si puedes.

Se limita a chasquear los dientes como si estuviera decepcionado. —Eres un hombre brutal, Bastien Nikolaev… pero tan *directo*. ¿No sabes que no siempre hay que tomar el camino más difícil? Cada hombre tiene sus debilidades. Es mucho, mucho más fácil ir tras ellas.

Quita el cabello caído de Melissa de su mejilla y le da un suave beso allí. Incluso desde el otro lado de la habitación, puedo verla estremecerse.

—Esperaba conseguir a las mujeres de Gavriil y Dmitry —continúa—. Pero, como tienes una erección con esta puta, tendré que conformarme con ella.

Justo en ese momento, veo un destello de movimiento cuando la mano de Melissa baja para agarrar… ¿agarrar qué?

En definitiva, no importa. José la golpea en la cabeza con el arma y ella se desmorona con un grito de dolor.

Un rugido se escapa de mi boca mientras levanto mi arma para disparar. Pero José ya está levantando la suya y dispara.

En el segundo siguiente, el dolor explota en mi hombro izquierdo, donde se encuentra con mi cuello. Media pulgada más cerca de la línea media y estaría muerto.

Respondo con mi brazo bueno. Las balas rebotan por todas partes. Mis disparos lo frenan, pero no lo detienen: hay demasiados putos electrodomésticos, mostradores y tonterías en el camino.

Hasta que aparece en la línea de fuego y puedo alcanzarlo, si apunto con cuidado, justo *allí*, así

que aprieto el gatillo y…

CLIC. Vacío. No más balas.

Gruño y tiro mi arma a un lado. Me lanzo para cubrirme, pero soy demasiado lento. José sonríe mientras se levanta y apunta el tiro mortal.

Soy un blanco fácil sin forma de defenderme.

Esto es todo.

Pero, en lugar del chasquido final de una bala, escucho ese ruido una vez más.

CLIC.

Él también está fuera. En lugar de eso, lo escucho maldecir en español y luego el estrépito de un arma arrojada a un lado.

Nuestras miradas se encuentran en comprensión.

Es hora de resolver esto a la antigua.

Al segundo siguiente, corremos el uno al otro. El dolor de mi hombro golpea a través de mi cuerpo, pero salto hacia él con un rugido gutural.

Nuestras manos se agarran mientras luchamos. El pequeño cabrón es nervudo y fuerte. Que mi brazo lesionado sea un pedazo de mierda inútil tampoco ayuda. El sudor caliente y la sangre nos cubren a ambos. Mi visión comienza a nublarse.

Al ver su ventaja, José presiona sus dedos en la herida abierta de mi hombro. Grito de dolor.

Con la otra mano, blande un cuchillo… *¿cuándo carajo lo cogió?* y trata de clavarlo en mi garganta expuesta.

Levanto la mano, justo a tiempo para detener el descenso. Mis dedos se aferran a los suyos, pero están resbaladizos por la sangre, así que no puedo arrancarle la espada de las manos.

Luchamos, flexionándonos, resbalándonos y deslizándonos impotentes en el piso de la cocina, con la muerte en juego.

Entonces, para mi horror, mi mano se resbala. Simplemente hay demasiada sangre para agarrar con fuerza. Los ojos de José brillan con sed de sangre y el cuchillo viene, viene, viene…

Y luego se detiene y cae ruidosamente de la mano repentinamente fláccida de José.

José se estremece. Mi mirada se dirige a Melissa, de pie sobre su hombro.

Luego, al cuello de José.

Y allí veo un destello de bronce, que brilla entre un océano de sangre.

Es la llave de mi casa.

Quiero decirle algo. Decirle que la amo, que la necesito, que me enfrentaré al mundo entero si eso significa mantenerla a salvo.

Pero la pelea terminó y con ella se va mi adrenalina. Aparentemente, lo único que me mantenía consciente.

Mi visión se desvanece. José cae pesado y muerto encima de mí. Y por encima de todo está ella.

Lo que sea que me pase a mí, lo más importante es que ahora ella está a salvo. Ella es libre.

Melissa va a estar bien.

MELISSA

Es gracioso… cada vez que Kayla y yo veíamos películas de terror y el personaje principal hacía algo irrealmente estúpido o patético, como quedarse congelado cuando el monstruo estaba a punto de arrancarles la garganta, siempre juraba que, si me enfrentaba a algo, en la misma situación, yo no lo haría mejor. Me congelaría. Me asustaría. Sería total y completamente inútil.

Y, sin embargo, tan pronto como veo a Bastien caer al suelo, corro a su lado.

Incluso mientras acuno su cabeza en mi regazo, sus ojos se cierran. —No te atrevas, Bastien Nikolaev —le advierto—. No te atrevas a desmayarte.

Miro a mi alrededor frenéticamente. José está desplomado al lado de Bastien, muerto bien muerto. Buen viaje para ese malvado bastardo.

Pero eso no es lo importante ahora. Más allá de él, el agua caliente de la pasta se derrama por los lados de la olla y cae al suelo. Sigo el goteo hacia abajo, pasando por cartuchos de bala gastados y sangre corriendo por las ranuras de las baldosas para ver… *sí*, una toalla.

La agarro y la presiono contra el hombro de Bastien. Se empapa instantáneamente. Sangre. Tanta sangre…

Aparto la mirada y fuerzo mi respiración para mantener la calma. Si me asusto, Bastien muere. Tan simple como eso. Tengo que mantener la cabeza despejada y decidir qué hacer.

No va a durar mucho así. Necesita ayuda… y la ayuda más cercana está afuera de la puerta del restaurante, donde todavía puedo escuchar disparos y algún que otro grito ahogado.

La lucha sigue encarnizada. Tratar de buscar ayuda podría traer a algunos cubanos directamente aquí o hacer que me peguen un tiro. No le haré mucho bien a Bastien si estoy muerta.

Mi mirada se desliza hacia la puerta trasera. No está muy lejos. Quizá, si yo solo…

Agarro su hombro ileso y empiezo a tirar. Hace precisamente… nada.

—Maldita sea —murmuro. El hombre *pesa*.

Vuelvo a agarrar su brazo y tiro con todo lo que tengo. Se mueve media pulgada.

Sí, claro, puedo moverlo. Solo que puede que me lleve el resto de mi vida natural llevarlo a esa puerta trasera. No durará tanto en este estado.

—¡Joder, joder, joder! —maldigo, golpeando mi palma contra el azulejo repetidamente.

Me siento en el piso al lado de Bastien y miro de un lado a otro entre las dos puertas. Una se aleja del peligro. Una conduce a ello. Ambas parecen imposibles.

Pero tengo que elegir.

Así que uso el mostrador para ponerme de pie, respiro profundamente… y corro hacia la puerta que conduce de regreso al restaurante.

Abro la puerta un poco y miro hacia afuera. Por lo que puedo ver, la habitación está dividida y cada lado contiene una mitad. A juzgar por la gran cantidad de cadáveres cubanos en el suelo, parece que los rusos están ganando.

Sin embargo, eso no significa que sea seguro. Todo lo que se necesita es una bala perdida que me encuentre… y hay muchas de sobra por ahí.

—Venga —murmuro para mis adentros. Luego, antes de poder dudar de mí misma, empiezo a correr.

Corro por la habitación, las balas chocan contra donde estaba segundos antes. Es un caos aquí. Puro puto caos.

Pero, mientras corro, casi entiendo por qué a Bastien le gustan este tipo de cosas. Qué descarga de adrenalina. Nunca me sentí más viva.

—¡Sal de ahí! —oigo a Vanna gritar desde el bar detrás del que se esconden ella y Shannon.

Tiene razón: en un lugar abierto como este, soy un blanco fácil. Más bien, un blanco corriendo. Práctica de tiro para el ejército cubano.

Pero no puedo volver ahora. No hasta que encuentre ayuda.

El hombre Bratva más cercano es Dmitry. Agazapado detrás de una mesa, dispara de forma intermitente. Corro hacia él y todas mis palabras salen en un apresurado revoltijo. —Bastien… le dispararon… mal… en la cocina… sangre y se desmayó. Necesita ayuda. ¡Necesita ayuda!

—Guíame —dice sombríamente, con toda la calma posible.

Elegimos el camino más seguro posible de regreso a la cocina mientras los soldados de Bratva nos cubren. Tengo esperanzas. *Todo va a estar bien.*

Hasta que entro y mi corazón se hunde.

Está donde lo dejé, rodeado de aún más sangre. Su piel parece demasiado pálida y húmeda al tacto.

—Por favor, Dios, no —gimo.

Más hombres de Bratva llegan detrás de nosotros. Trabajan rápido, levantándolo y alejándolo hacia la puerta trasera que parecía tan lejana cuando intentaba arrastrarlo yo misma.

Mientras lo sacan, camino a su lado, tomándole la mano. —Todo va a estar bien, lo prometo —le susurro—. Tiene que estarlo.

Tiene que estarlo.



La próxima semana pasa borrosa.

Comida rápida hospitalaria demasiado salada. Olor a desinfectante industrial. Sus hermanos y sus esposas, su madre, una interminable sucesión de médicos con cara de piedra.

Una enfermera es agradable. La otra es una perra. Las luces fluorescentes son demasiado brillantes y su zumbido me produce dolor de cabeza.

Duermo en un catre que me dejan en la habitación. Le canto a Bastien cuando solo estamos nosotros. Creo que le gustaría eso.

Hoy canto esa misma canción de la que parece que pasó tanto tiempo. —*Cada vez que estoy a solas contigo / Me haces sentir como si estuviera en casa otra vez / Cada vez que estoy a solas contigo / Me haces sentir como si estuviera completa otra vez…*

Las últimas notas se desvanecen. Mis ojos están cerrados, más que nada para mantener las lágrimas a raya, al menos por un rato, y es por eso que lo escucho antes de verlo.

—Sigue…

Abro los ojos y veo a Bastien mirándome. Sonríe, o al menos lo intenta, aunque parece más una mueca de dolor.

Él agarra mi mano débilmente. Luego su agarre se afloja y sus ojos se cierran de nuevo.

Me acurruco a su lado y espero. Él lo logrará. Sé que lo hará.

No todos los que amo morirán.



Al día siguiente, tengo una visita.

Es Dmitry quien la trae. —¡Dios mío, Kayla! —exclamo tan pronto como veo ese primer destello de uñas de color violeta brillante.

Corro hacia ella y la tacleo en un abrazo. Si no fuera por la pared, nos caeríamos al suelo en una maraña de extremidades.

Le exprimo la vida y luego, por si acaso, le doy un beso descuidado en la mejilla. Cuando me alejo, ella sonríe de oreja a oreja.

—Nena, nena, es tan bueno verte.

Huele igual: ese perfume cálido de melocotón que usaba cuando José no insistía en que nos cubriéramos con esencia de guayaba.

Doy un paso atrás y busco su rostro, pálido y pecoso. —Tú… ¿Esto significa…?

Kayla simplemente asiente, su cola de caballo castaña se balancea con una sonrisa tan grande y amplia que me hace sonreírle de vuelta.

—Justo así —murmuro. No puedo creerlo del todo.

—Justo así —repite con una sonrisa irónica—. Después de que se supo la muerte de José, comenzaron las luchas internas. Él era lo que mantenía unidos a los cubanos… todos le tenían un miedo terrible.

—¿Qué hiciste?

—¿Yo? —se encoge de hombros—. No fue muy difícil escabullirse cuando los perros guardianes habituales de José estaban ahí afuera, compitiendo por el poder y eligiendo bando como el resto de ellos —ella inclina la cabeza hacia un lado y me mira con un brillo divertido en sus ojos—. ¿Qué tal tú? Si la mitad de lo que he escuchado es verdad…

—Ay, Dios, ¿quiero siquiera saber?

Kayla ya se está riendo. —Bueno, la historia cuenta que tú sola luchaste contra José y le pateaste el lamentable trasero a la otra vida. Que lo llevaste a una trampa que hizo que los rusos se acercaran a él y a sus hombres. Que has estado trabajando para la Bratva desde el principio.

Yo también me río. La realidad es a la vez más salvaje y mucho más tranquila que la historia. —Y, *¿tú* qué piensas? —bromeo.

Kayla se acomoda en un asiento. El vestido azul con estampado de margaritas se asienta a su alrededor en una bocanada final de aroma a melocotón. —Creo que tú me lo vas a decir.

Así que lo hago. Se lo cuento desde el principio: desde el encuentro con Bastien y el encierro en el sótano, hasta cómo, poco a poco, nos fuimos enamorando. Hasta la noche en el restaurante, cuando pensé que todo había terminado.

—Así que apuñalaste a José —dice Kayla cuando termino—. Siempre supe que eras una perra ruda.

—No fue tan impresionante —me acerco para apretar la mano inconsciente de Bastien—. Bastien fue quien hizo el trabajo.

Kayla no parece convencida. —Pero, aun así… ¿una llave a la garganta? Eso es rudo. Deberían hacer una película sobre ti —su voz adquiere un tono más sombrío. Me mira seriamente y dice —: ¿Se sintió bien? Se lo merecía. En realidad, merecía algo peor. Se la pusiste fácil.

—¿Honestamente? Se sintió increíble —masajeo sin pensar la mano de Bastien, como si fuera una pelota antiestrés—. Pasamos tanto tiempo viviendo con su correa alrededor de nuestras gargantas, Kay. Tantos años encogiéndonos a su sombra. Incluso cuando estaba encerrada en el sótano de Bastien, me sentía más segura que en cualquier otro lugar… y, sin embargo, en el fondo de mi mente, José aún estaba allí. Esperando. Realmente me hizo mal.

Kayla asiente enfáticamente. —Dímelo a mí, hermana. Cuando escuché que estaba muerto, sentí como si finalmente me cortaran una cadena de alrededor del cuello. No podía entender por qué

todas las personas que conocía en la calle o fuera de casa no sonreían como yo. Y ahora que soy libre…

Su mirada se encuentra con la mía y luego la aparta. Sabe. Por supuesto que lo sabe.

Libre. Una palabra tan inocua, que tan fácilmente se da por sentada. Y, sin embargo, una palabra que estuvo fuera de nuestro alcance durante tanto, tanto tiempo.

Ahora que la tenemos, parece demasiado bueno para ser verdad. ¿Libres para tomar nuestras propias decisiones, ser nuestra propia gente? ¿Libres de cerrar nuestras propias puertas por la noche? No puede ser.

Pero lo es.

—Sí *es* guapo —Kayla mira el rostro dormido de Bastien—. Aunque supongo que tendremos que hacer las presentaciones más tarde.

—Él te amará —prometo.

Kayla arquea una ceja. —¿Ah?

La golpeo juguetonamente. —No de *esa* forma, puta.

Ella sonríe. —Solo estoy jugando contigo, gatita enamorada.

Me sonrojo, pero otra oleada de alivio me invade. Eso era otra cosa que me preocupaba: cómo podrían ser las cosas entre Kayla y yo después de todo esto.

Pero ahora está claro que no había motivos para preocuparse. Kayla y yo vivimos un infierno juntas. Ya nada en el mundo puede separarnos.

Kayla se muerde el labio. —En realidad, yo también tengo algo que decirte. Alguien a quien tendrás que conocer.

—No puede ser —la miro a los ojos para ver si me está jodiendo—. ¿No es Pierre?

Kayla asiente, con las mejillas en llamas. —El mismísimo.

—Pero, ¿cómo…?

—Simple. Caminé hasta él y lo besé ayer —en medio de mi risa, agrega—: Nuestra segunda cita es esta noche.

—Te desearía buena suerte —le digo con un empujón, todavía riendo—. Pero ustedes dos son almas gemelas, así que…

Kayla simplemente sonríe.

Esa es otra cosa que somos libres de hacer: amar. José ahuyentó durante tanto tiempo a cualquiera que se atreviera a acercarse a nosotras, que casi olvidé que es posible sentir el amor de un hombre y no temer por su vida. Por la mirada de sus ojos, Kayla sabe exactamente de qué estoy hablando.

Ahora puede aventurarse en ese mundo. Tal vez le rompan el corazón, tal vez se case y tenga

treinta hijos. Pero será libre de elegir su propio camino. Eso no tiene precio.

—De todos modos —dice Kayla, revisando su teléfono—, tengo que prepararme para eso, así que debería irme. Pero ¿vamos de compras más adelante, esta semana?

—Definitivamente me anoto —le digo—. Lamento no haber…

—No te disculpes —me interrumpe—. Bastien estaba herido. Lo entiendo. Tú también has pasado por muchas cosas últimamente. De todos modos, espero que se mejore pronto.

Nos despedimos con un abrazo.

—Ah, casi lo olvido —dice, demorándose en la puerta—. Algunas buenas noticias más. Gracias a las luchas internas entre los cubanos, parece que los rusos prácticamente se han apoderado de Miami —ella mueve su barbilla hacia Bastien—. Parece que acabas de ligar con un rey.

Y luego se va, dejándome pensando.

Supongo que, al final del día, realmente no importa. Nuevo don de Miami o no, Bastien siempre será *mi* rey.

~

LOS PRÓXIMOS DÍAS se desarrollan lentamente. Bastien se queja de sus vendajes y de lo que él llama la comida de “gusanos de harina” que proporciona el hospital.

—Dios, sé que odias la comida —me quejo cuando me aprieta el muslo entre bocados reacios de lo que la cafetería llama generosamente albóndigas suecas—. Iré a buscarte algo mejor. No hay necesidad de ponerse manoseador.

—No es eso —dice en voz baja.

—Entonces, ¿qué es?

—Quería esperar a que estuviéramos solos —desliza su mano arriba y abajo por mi antebrazo—. Pensé que era obvio.

Resoplo. —Contigo, nada es obvio.

—Después de esto, las cosas serán diferentes.

—¿Sí? —mi expresión gruñona se rompe con el comienzo de una sonrisa que quiere creer, pero no lo hace. No exactamente. Aún no.

—Sí. Iguales. No captor y prisionera.

—Vaya, qué generoso.

Bastien hace una mueca juguetona. —Supongo que me lo merezco.

—Te mereces mucho más que eso, amigo.

Me río, pero él no. Tiene esa mirada seria de Bastien en sus ojos. Como si esperara algo.

—¿Bueno? —dice finalmente.

—Bueno —lo miro. El hermoso movimiento de esa nariz. El orgulloso acantilado de su barbilla —. Es un alivio. No tenía muchas ganas de escapar de aquí. Pero, ¿estás seguro?

—Estás bromeando.

—Justo… antes… parecías tan…

—Por supuesto que estoy seguro —dice—. Sé lo que quiero y eres tú, Melissa. Además… me salvaste la vida.

—No —me giro y entrelazo mis dedos entre los suyos—. Tú salvaste la mía.

Con una sacudida repentina, me atrae hacia él y mis labios caen sobre los suyos.

—¡Bastien! —lo regaño, alejándome—. El doctor dijo…

Con esfuerzo, levanta la mano para tomar mi nuca y atraerme hacia él. —Que se joda el doctor. Ven aquí.

Y, durante los siguientes minutos, Bastien demuestra que está mucho más curado de lo que pensábamos.

Para cuando su familia regresa con la comida exterior que exigió, Bastien está inconsciente y ronca. Nos sentamos a comer en las sillas alrededor de su cama. Pero una mirada al puré de papas con ajo me hace correr al baño para vomitar.

—¿Qué demonios? —le gimo a mi vómito en el baño.

Yo no me enfermo. Jamás. Ni siquiera por esos horribles tacos de pescado en El Palacio, que provocaron intoxicación alimentaria a la mitad de las chicas durante una semana.

Pero, pensándolo bien, mi cuerpo *sí* se ha estado comportando raro últimamente.

Como mi período, por ejemplo. ¿Cuándo fue la última vez…?

Tiro la cadena del inodoro y me doy la vuelta con una sacudida. No puede ser. No puede ser, joder.

Menos mal que estoy en un hospital. Las pruebas de embarazo no son precisamente escasas.

Compro una en la farmacia de abajo, me encierro en un cubículo, orino encima y espero. Respirando con dificultad, el corazón acelerado.

Cuando aparecen dos líneas azules, las miro como si pudiera borrar la segunda si me esfuerzo lo suficiente.

Ay, Dios.

¿Esto arruinará todo?

BASTIEN

La puesta de sol entra a través de los ventanales traseros, arrojando la mesa del patio de hierro forjado en un dorado reflectante. El jardín es un patio de juegos de sombras y luces. Una brisa de primera hora de la tarde pasa a nuestro lado como un beso.

Melissa me da la espalda mientras continúa poniendo la mesa, pero no necesito ver su sonrisa para saber que es diabólica mientras habla.

—…Les diremos que salvaste mi vida de un atroz atraco a manos de un notorio criminal y que te dispararon en el proceso.

—Eso podría funcionar —la rodeo con mis brazos—. Pero vayamos con "intento de secuestro". Me hace sonar más heroico.

Deja escapar un pequeño suspiro, uno de esos muchos ruidos suaves que hace y que tanto me gustan. —Bastien.

—Melissa.

Deja que su cabeza se apoye en mi pecho, aunque mantiene el resto de su cuerpo tenso. —Sigue tocándome así y nunca estaremos listos para ellos.

La abrazo con más fuerza, hundiendo mi cara en su cabello. Sé que lo odia, pero no me canso de ese aroma a guayaba. —¿Y eso sería algo malo porque…?

Clavando un codo en mi estómago, Melissa se escapa y mueve un dedo regañado. —No voy a dignificar eso con una respuesta.

Suspiro con tristeza mientras ella sigue poniendo la mesa. —Vale. Volvamos a la historia.

Se muerde el labio, examinando la colocación del tenedor y ajustándolo ligeramente. —Tal vez un intento de secuestro no sería la peor idea. Ya sabes, apegarse a la verdad tanto como sea posible es la regla fundamental de la mentira —ella pone una mano en su cadera y le da a su cabeza una inclinación majestuosa—. Podrías agregar que soy de la realeza europea, para darle un poco de estilo. Una princesa de Transnistria, o algún lugar así.

—¿Trans-qué?

—Es un país, tonto. Al menos, eso creo. O… espera —sus ojos brillan de alegría mientras piensa —. ¿Tal vez fuiste al campo de entrenamiento para volver a alistarte, pero te patearon el trasero

con tanta fuerza que estás reconsiderándolo?

—Excelente —dejo un vaso sobre la mesa con un fuerte golpe—. Así que, en lugar de parecer un héroe, parezco una perra.

—Pareces un soldado —corrige—. Es creíble.

—Es cierto —concuerdo—. Aunque, como dije, siempre podríamos cancelar esto y reprogramarlo para una fecha posterior. Una para cuando tengamos nuestras historias claras. Si esperamos lo suficiente, es posible que incluso me haya curado por completo y ni siquiera necesitemos una historia.

Melissa hace una pausa y dirige una mirada de reojo hacia mí. —¿De verdad quieres hacer eso?

Sacudo la cabeza. —No. Dios sabe que Randy volverá a molestarme cada dos días si lo hago. Es mejor terminar con esto de una vez. Como arrancarse una curita.

—Sí —asiente Melissa en voz baja.

La miro. Desde que salí del hospital hace unos días, está callada y retraída. Sus estallidos de descaro y humor son cada vez menos frecuentes.

Mi mano toma la suya antes de que se aleje. La atraigo hacia mí, pero, incluso ahora, no quiere mirarme a los ojos.

—¿Qué? —pregunta, un poco nerviosa.

Me mantengo firme. —Podría preguntarte lo mismo.

Melissa se libera. —Ahora no es el momento de ser críptico, Bastien. ¿Qué pasa?

—Algo anda mal contigo —la mantengo en su lugar para examinarla—. Y no sé qué es.

—¿Qué te hace decir eso? —Melissa no me mira a los ojos, pero siempre dice que mis ojos son “demasiado intensos para una conversación normal”, así que quizá solo estoy siendo paranoico.

Pero la conozco. No creo.

—No eludas la pregunta.

Suspira. —Probablemente no sea nada. Es solo que… —se muerde el interior del labio y luego exhala por la nariz—. Fui suya durante tanto tiempo que no puedo creer que todo haya terminado. Que José no aparezca de la nada y me arrastre de regreso.

La rodeo con mis brazos, disfrutando de la suavidad de su cuerpo contra el mío. Aquí es donde ella pertenece… a mi abrazo. —Eso no va a suceder.

—Lo sé —se retuerce, sin éxito, para soltarse y finalmente suspira, permitiéndose por fin disfrutarlo—. Te dije que no era nada.

—Nos hemos apoderado de todos los negocios de los cubanos —continúo—. Ejecutaron a los pocos que se atrevieron a intentar resistir y exiliaron al resto. Los cubanos están terminados, princesa. Nunca más tendrás que preocuparte por ellos.

Ella sonríe con tristeza. —Sigue hablando. Me gusta cuando dices cosas así.

Mis manos van a sus hombros, comienzo a masajear la tensión allí. —Ahora soy el don de Miami. Esta es nuestra casa. Te mantendré a salvo aquí.

Se relaja en mis brazos y, desde arriba, no puedo distinguir cómo luce su cara. Si mis palabras funcionaron o no.

Pero algo en mi interior dice que no del todo. Es solo un sentimiento, y normalmente no le doy mucha importancia.

Siento que hay algo que no me está contando.

Pero no tengo la oportunidad de seguir profundizando porque, en ese momento, alguien toca la puerta. Respondo y veo a Randy y Amy parados en el umbral, con los brazos llenos de productos para el almuerzo y con enormes sonrisas en sus rostros.

—Ay, ¡qué lindo! —dice Amy efusivamente mientras los conduzco hacia atrás. Señala el jardín trasero más allá del patio—. Creo que nunca había visto tantas lilas en un solo lugar.

—Eran los favoritos de mi madre —dice Melissa mientras sirve bebidas para todos—. Y Bastien me dio rienda suelta con el jardín, así que… lilas serán.

—Mejor tú que yo —digo con una sonrisa—. Sería un campo de tierra si estuviera a cargo.

Randy se ríe. —Estoy contigo, vecino. Déjame decirte: Amy es un genio con las flores. ¿Yo? Pésima mano con las plantas.

Amy le da una suave palmada en el hombro. —Como te he dicho, cariño, si las riegas todo el día, todos los días, ahogas a las pobres cositas.

—Bueno, que así sea. Sé dónde pertenezco y dónde no —la cara regordeta de Randy está rosada pero complacida cuando vuelve su mirada hacia mí—. En cualquier caso, me alegro de que finalmente podamos hacer esto, Bastien.

—Nosotros también —digo—. Y, nuevamente, no podemos disculparnos lo suficiente por el “Incidente de la Pelota de Golf”.

Randy levanta una mano. —No. Aprendí una lección importante ese día, una que ya debería haber sabido: mantente alejado de las casas de otras personas. Y ahora también estoy restringiendo toda práctica al campo de prácticas.

—Además… —Amy ya me está lanzando una mirada comprensiva y azul, mi brazo en cabestrillo—. No podríamos seguir enojados, aunque quisiéramos. ¡Solo mira tu estado! —y añade en voz baja—: Creo que es muy valiente que hayas intentado alistarte de nuevo, incluso si… no terminó bien.

Me estremezco.

No estoy particularmente contento de que Melissa haya ido con la explicación de “el campo de entrenamiento le pateó el trasero” apenas unos segundos después de que los Finch cruzaran la puerta, pero ella cree que es gracioso y es más fácil que explicar la verdad.

De ninguna manera la historia real sería bien recibida. *Estoy bien, vecino… solo fue un tiroteo entre nosotros y la mafia cubana, no hay de qué preocuparse. Ya no nos molestarán durante mucho tiempo. Después de todo, soy parte de la Bratva rusa. De hecho, yo dirijo todo el puto asunto.*

Correrían gritando hacia las colinas y, sinceramente, no quiero eso. Me empieza a gustar este vecindario, con perro pastor y todo. Incluso podría quedarme.

—Esas galletas que enviaste ayer ayudaron —dice Randy—. Después de media docena de esas, no podría enfadarme contigo, aunque lo intentara.

—Todo fue Melissa —lo delego.

—Fue un placer —dice—. Conseguir que este coma es una lucha y media, así que estoy feliz de tener a alguien que disfrute lo que horneo.

—Si comiera todo lo que *esta* me hace —respondo—, no encajaría en la casa.

Todos nos reímos de eso. Le robo otro apretón rápido a la mano de Melissa debajo de la mesa y me doy cuenta de repente: esta vez con los Finch se siente diferente. Estas sonrisas, estos chistes, estas risas no son solo para el espectáculo… son reales.

De hecho, estoy disfrutando, Dios sabe cómo.

Mientras cojeo hacia el baño, miro hacia atrás. Randy y Amy están contando una historia, Melissa sonríe mientras inclina su vaso de jugo hacia atrás para tomar un sorbo.

Ella se ve hermosa, por supuesto. *Realmente te has adaptado a la felicidad doméstica, ¿no?* gruñe una voz irónica en mi cabeza.

Muevo mis hombros con inquietud. Es verdad.

Demonios, pensé que Dmitry y Gavriil estaban locos cuando se lanzaron a este tipo de vida. Sin embargo, debo admitir que tiene sus ventajas.

O, en mi caso, una ventaja en particular.

Ha sido extraño despertarme abrigado y sonriendo junto a ella desde que llegamos a casa del hospital. Ni siquiera he tocado un arma en más de una semana, pero no tengo esa picazón familiar de revisar y volver a revisar la munición. De asegurarme de estar listo para la guerra en un abrir y cerrar de ojos.

El impulso simplemente… desapareció.

Al regresar a la mesa, encuentro a Melissa inclinada y mirando el teléfono de Amy.

—…El otro día saqué estas viejas fotos de bebé de mi almacenamiento y ahora no puedo dejar de mirarlas —se entusiasma Amy—. ¿Puedes ver esas mejillas regordetas? Dios, Helen era una preciosidad.

—En serio —el rostro de Melissa está radiante, pero extraño, con una mirada que no puedo identificar—. Era absolutamente adorable.

—Ya verás —dice Randy con confianza—. Puedes pensar que los bebés son lindos ahora mismo,

pero, cuando tienes el tuyo propio: *¡bam!* Todo un mundo nuevo.

—Apuesto a que sí —dice Melissa en voz baja.

Nuestras miradas se encuentran. El tiempo suficiente para captar un ligero brillo en la suya. Ella mira hacia otro lado.

Joder, ¿me estoy imaginando cosas?



MÁS TARDE ESA NOCHE, una vez que Amy y Randy se fueron, hago mi movimiento. Melissa intenta poner todo tipo de excusas: que tiene que llamar a Kayla, limpiar, sacar la basura.

Pero finalmente la arrincono.

—Melissa —digo.

—De verdad, Bastien, yo…

—No lo hagas —gruño—. Dime.

—¿Decirte qué? —su voz tiene toda la desorientación de los inocentes, pero no me mira a los ojos.

—Sea lo que sea que realmente te molesta. Qué está sucediendo.

—Te dije —intenta pasar a mi lado—. No es nada.

La bloqueo. —No te dejaré ir hasta que me lo digas.

El fuego destella en sus ojos mientras saltan hacia mí. —Ah, volvemos a esto, ¿verdad? ¿Tú estás a cargo y yo no tengo más remedio que escucharte?

—Melissa —aprieto los dientes para mantener la calma—. Por favor.

Ella exhala y vuelve a mirar hacia otro lado. —¿Tenemos que hacer esto ahora? La pasé muy bien y…

—¿Y cualquier cosa que tengas que decir arruinaría eso? Melissa, solo dime qué te pasa.

Su mirada se desliza hacia la mía, y luego cae de nuevo. —Estaba pensando… si estás en contra de acercarte demasiado a mí, ¿cómo manejaríamos a un bebé?

Parpadeo, sorprendido. De todas las cosas que esperaba que Melissa confesara, esta no era una.

—¿Cuándo dije eso? —pregunto—. ¿Que estaba en contra de acercarme demasiado a ti?

—Las acciones hablan más que las palabras —dice en voz baja—. Lo veo en tus ojos, en tus manos. Tienes miedo de esto.

—Escúchame —gruño, acercándome a ella—. No tengo miedo de nada. Vi todo lo que hay que temer en este mundo. Pero cuando te miro no hay miedo. Ni una gota. Cuando te miro, todo lo que veo es lo que podría ser.

Ella está callada. Sus ojos están nublados por las lágrimas no derramadas.

—En cuanto a un bebé —continúo—, ¿de dónde viene esto?

Ella no dice nada.

—Melissa. ¿Estás embarazada?

—¿Y si lo estoy? —susurra. Ya se está preparando para la respuesta que teme.

Me golpea como un maremoto. Está embarazada. Con mi bebé.

—Está bien —dice con una especie de voz forzada que parece demasiado preparada para esto. Como una frase para una obra de teatro que practicó frente al espejo una y otra vez—. Sé que todo esto es demasiado rápido, que apenas estábamos empezando a acostumbrarnos el uno al otro. Entenderé si esto es demasiado ahora, pero por supuesto que eres bienvenido en la vida del bebé, incluso si no quieres tener mucho que ver conmigo…

La tomo de la mano. —¿De qué diablos estás hablando?

—No tienes que hacer esto —dice en voz baja, con los ojos inclinados con orgullosa tristeza—. No quiero tu lástima.

Dejo caer su mano. —¿Cuándo dije algo sobre lástima?

—Te conozco, Bastien —se da vuelta—. Difícilmente querías dejarme entrar en tu vida, ¿y ahora esto? Es demasiado. Lo entiendo.

—No hables por mí.

Su mirada vuelve a mí, esperanzada y temerosa al mismo tiempo.

—Esto ha sido una loca montaña rusa —digo—. Eso no significa que no sepa lo que quiero. Ya te lo he dicho antes: siempre sé lo que quiero.

—Bastien, no estás diciendo…

—Te quiero a ti, Melissa —tomo su mano y la aprieto—. Quiero a nuestro bebé.

Me inclino y la beso en la mejilla. Su cuerpo se presiona contra el mío, luego se aleja un poco y sus ojos se cierran con un suspiro de pies a cabeza.

Pero todavía no puede soltarse del todo. Está esperando.

Que yo diga más… o retire todo.

—Ya basta de tonterías —llevo su mano a mis labios y le doy un beso en los nudillos—. Seremos una familia. Los tres.

Su mano tiembla en la mía mientras su mirada busca mi rostro. —¿Lo dices en serio?

—Déjame mostrarte cuánto.

Mis labios van hacia los de ella, mis manos hacia su vientre. —Te amo —susurro—. Y amo a este bebé.

Melissa suspira en mi boca. —Repítelo.

—Te amo a ti. Amo a este bebe. Te amo a ti. Amo a este bebe. Amo todo, todo lo que tienes. Y todo lo que tengo es tuyo.

Ella me devuelve el beso con más fuerza. Su cuerpo cede al mío mientras mis manos masajeando la arrastran, en redescubrimiento, disfrute y esperanza.

Se siente tan bien en mis brazos. Muy bien.

La beso hacia la sala de televisión y en el largo sofá de cuero. Le quito el vestido verde de verano de lunares que resalta sus ojos hasta que queda casi desnuda ante mí.

Encima suyo, observo las hermosas curvas bronceadas de su cuerpo, incluso mientras se retuerce bajo mi mirada.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

—Disfrutándote —digo. Luego cubro su boca con la mía.

Huele a guayaba y sabe a todo lo que siempre quise.

Joder, cómo la amo.

Me encanta cómo su cuerpo encaja con el mío. Me encanta cómo se mueve conmigo. Me encanta cómo me saca de mí mismo.

Amo cada maldita cosa de ella.

Cada beso es más apasionado que el anterior. Su lengua responde a la mía. Su pelvis se arquea para encontrarse conmigo incluso antes de que le quite las bragas.

Están empapadas de emoción. Yo estoy duro por eso. Sus piernas están enganchadas a mi alrededor, abrazándome, acercándome.

Maldita sea.

Melissa ya ha sido muchas cosas para mí. Enemiga. Prisionera. Amante. Novia. Pareja.

Ahora, ¿madre de mi hijo? Es demasiado para creer.

Ella me arranca la camisa y yo le quito el sujetador. Sus pechos rebotan con nuestras caderas moviéndose. Tomo uno en cada mano, muerdo su cuello, respiro mi lujuria directamente en su piel.

—Jodidamente hermosa —gruño.

—Bastien —es todo lo que logra decir—. Dámelo.

Me gusta esa mirada desesperada, pero soy codicioso. Quiero ver más. —Di por favor.

—¡Gilipollas! —sisea. Ella se retira del beso, tomando mi labio parcialmente.

Aprieto sus pechos con fuerza y gime y se desmorona hacia adelante, con la frente apoyada en mi pecho.

—Tú… —dice, respirando fuerte, su coño presionado contra mi erección—. Tú…

—Te amo —le digo—. Eso es.

Toda la lucha, incluso las bromas, se nos escapa. Nuestros labios se reencuentran. Nos quitamos lo último de esta ropa inútil y nos fundimos unos con otros.

Ella es tan suave, tan buena, tan mía. Y con cada movimiento de nuestras caderas juntas, cada gota de sudor y cada suspiro que compartimos, ella se vuelve más mía. Me vuelvo más suyo.

La pongo de rodillas y la tomo por detrás. La pongo boca arriba y la penetro tan profundamente que me pregunto si podrá soportarlo todo.

Pero por supuesto que puede. Melissa está hecha de una materia dura.

—Eres mía, Melissa —la atraigo hacia mí y le meto más la polla—. Y yo soy tuyo.

Y, cuando la embisto de nuevo, puedo sentir las paredes de su coño contraerse y apretarse mientras su cuerpo se hunde sobre mí, entregándose a mí, total y completamente.

Un gemido largo y bajo… de ella o mío, no estoy seguro. No importa. Tiembla. Yo tiemblo. Nos corremos.

Yo no lo digo y ella tampoco necesita hacerlo. Porque nuestros cuerpos lo están diciendo, con cada último pulso, con cada último temblor…

Te amo.

~

Epílogo Ampliado

GRACIAS POR LEER *BASTIEN NIKOLAEV*, ¡pero no te detengas ahora! Haz clic en el siguiente enlace para descargar el exclusivo Epílogo Ampliado!

DESCARGA EL EPÍLOGO AMPLIADO DE BASTIEN NIKOLAEV